Dr. Frederik Koning

INCUBOS Y SUCUBOS

EL DIABLO Y EL SEXO



Otros Mundos

«Hay otros mundos, pero están en éste»

ELUARD

Dr. Frederik Koning

INCUBOS Y SUCUBOS

EL DIABLO Y EL SEXO

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Título original:
INCUBES ET SUCUBES

Traducción de
R. M. BASSOLS

Primera edición: Enero, 1977

Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-31103-9 — Depósito Legal: B. 1.088 - 1977

GRAFICAS GUADA, S. A. — Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

ÍNDICE

Tercera parte

LAS INVASIONES DE ÍNCUBOS Y SÚCUBOS EN LA SOCIEDAD MEDIEVAL OCCIDENTAL Y SU RELACIÓN CON LAS HEREJÍAS DE ESTE PERÍODO

Cuarta parte

LAS REGLAS DEL PACTO DE LOS ÍNCUBOS Y LOS SÚCUBOS CON LOS BRUJOS Y LAS BRUJAS

Quinta parte

LAS POLÉMICAS TEOLÓGICAS Y CIENTÍFICAS SOBRE LA INFLUENCIA DIABÓLICA EN LAS RELACIONES SEXUALES CONYUGALES Y SOBRE LA POTENCIA SEXUAL Y A LA FERTILIDAD DE LOS ÍNCUBOS Y SÚCUBOS EN SUS RELACIONES CON LOS SERES HUMANOS

... que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires.

SAN PABLO, *Epístola a los efesios, VI, 12.*

El diablo es frío, incluso como amante, pero no es feo, ya que puede adoptar la forma que le plazca.

H. HEINE, *Cuadros de viaje por Alemania.*

El espíritu que he visto puede ser un diablo; el diablo tiene el poder de disfrazarse de figura seductora.

SHAKESPEARE, *Hamlet.*

Tú no eres más que un voluptuoso íncubo inferior, que engaña a la carne lasciva...

WILLIAM ROWLEY, *El nacimiento de Merlín.*

INTRODUCCIÓN

El ser viviente, bien sea el hombre, o bien el más simple organismo unicelular, no sólo debe su existencia a la procreación de la cual es el producto, sino también, y a partir del momento de su génesis, a los mecanismos de su organismo que forman parte del sistema incorporado de defensa contra las innumerables fuerzas hostiles a las que está expuesto continuamente, porque forman parte de su medio natural, y a las que debe estar siempre dispuesto a reaccionar de la manera más eficaz posible.

Este misterio de la defensa, de la reacción contra las influencias peligrosas que amenazan su salud y su vida, es una de las mayores maravillas dentro del conjunto de las funciones vitales. En el hombre no es solamente de naturaleza física, sino también psíquica, ya que la unidad entre cuerpo y alma se manifiesta como interacción en todo lo que sucede en uno u otra. Por ello, a las reacciones humanas ante ataques de fuerzas hostiles, no sólo pertenecen, junto a las reacciones físicas, las reacciones conscientes de la mente, sino también las reacciones inconscientes que llevan con frecuencia al espanto y a la angustia, los cuales forman parte esencial de la naturaleza humana, de forma que la historia de la Humanidad es también la historia de sus angustias y de sus efectos sobre el comportamiento del hombre que, desde el principio de su existencia, hace ya dos millones de años, ha vivido

en la necesidad de defenderse contra las amenazas de destrucción procedentes de todas partes.

Para nosotros, aunque conocemos más o menos su naturaleza y estructura causal, cataclismos como los terremotos, tornados, ciclones, inundaciones, erupciones volcánicas, sequías y epidemias no han perdido su carácter espantoso. Tanto más terroríficos fueron, pues, en épocas pasadas, provocando el sentimiento de estar abandonado a fuerzas destructivas imprevisibles e incomprensibles, como lo eran asimismo los efectos mortales del rayo, las repentinas olas de frío o de calor ardiente, las tormentas de arena, las granizadas, la plaga de la langosta y tantos otros azotes.

No sabemos cuándo, en el transcurso de su existencia prehistórica, comenzó el hombre a atribuir todos los peligros de índole incomprensible a acciones arbitrarias de fuerzas sobrenaturales. Existen diversas indicaciones de que, en la última fase del período Paleolítico —fase caracterizada por la industria de la piedra tallada, y cuya duración fue de varios centenares de miles de años—, del año 100.000 al año 12.000 antes de nuestra Era, hubo, por lo menos entre ciertos grupos de habitantes de las cavernas, una primitiva creencia en algunos tipos, algunas formas de divinidades, de fuerzas sobrehumanas de vaga concepción.

Tales indicaciones no son directas, sino que derivan de otras, más concretas, que dan una cierta imagen de las capacidades espirituales y su desarrollo. En el comienzo del Paleolítico hay sólo bastas herramientas de sílex, y todavía no existe manifestación alguna de un sentimiento artístico, pero gradualmente los útiles de sílex van siendo mejor moldeados, y no sólo utilizados como cuchillos, sino también como armas, sobre todo como puntas de flecha, mientras hacen su aparición los primeros grabados y dibujos en las paredes de las cuevas. En el período que se denomina Auriñaciense —según una estación prehistórica que existe cerca de Aurignac, en el sur de Francia—, las láminas de sílex están finamente retocadas, y junto a los útiles de piedra aparecen ya los enseres de hueso. En la última época, el Magdaleniense —por el refugio prehistórico de La Madeleine, en el departamento de Dordoña—, la industria del hueso ha alcanzado su apogeo, con azagayas y arpones, y también el arte pictórico, en las cuevas de Lascaux (en el sur de Francia) y de Altamira (en España).

Todo esto indica un enorme desarrollo de la inteligencia, subrayado por los testimonios de la práctica de una cirugía elemental, encontrados por arqueólogos. El hombre prehistórico sabía extraer el cuerpo extraño que lastima, inmovilizar los huesos rotos y desbridar con sílex lo que estaba encerrado y era penoso o peligroso. En muchos cráneos prehistóricos se han encontrado cavidades circunscritas, algunas de las cuales son el resultado de traumatismos curados espontáneamente, o de una osteomielitis —una forma de inflamación de los huesos— localizada. Pero la mayor parte son efecto de una trepanación instrumental —taladro quirúrgico de un orificio en un hueso, y más particularmente en la bóveda craneal— y, con toda probabilidad, en su mayoría formaban parte de una terapéutica, por lo demás, quizá ritual. De cualquier forma, un gran número de pueblos primitivos de nuestra época ha tratado de urgencia ciertas fracturas craneales con una técnica análoga.

En verdad, los conocimientos médicos del hombre prehistórico eran puramente empíricos. Pero las trepanaciones constituyen la mejor prueba de que poseía no sólo un espíritu de observación muy vivo, sino también una lógica que le hacía atacar la causa real o aparente de un mal, cuando tenía la ocasión de hacerlo. Sus intervenciones demuestran que, ya en época remota, el hombre prehistórico comprendió que los agentes exteriores visibles no explican todos los trastornos físicos. Tuvo que llegar a la conclusión de que factores tales como la temperatura exterior pueden causar enfermedades, así como la alimentación. Tuvo que llegar a la conclusión de que hay determinadas correlaciones entre la ingestión de cier-

tas cosas, por un lado, y ciertas excreciones y secreciones, por otro. Y estos descubrimientos debieron de conducirlo a establecer analogías. Es decir, comenzó a atribuir los trastornos internos —cuya correlación entre ingestión y excreción o secreciones no encontraba— a intervenciones extrañas e invisibles, a fuerzas análogas a las que causaban los fenómenos naturales y los cataclismos.

Las trepanaciones terapéuticas y la estructura causal razonada que está en su origen hacen muy probable también que en este mismo período el hombre prehistórico descubriera la existencia de los venenos vegetales, así como las virtudes de ciertas plantas medicinales.

El conjunto de tales conocimientos, y la atribución, por analogía, de los efectos incomprensibles a fuerzas desconocidas, debió de conducirlo, en época muy remota, a una distinción entre fuerzas, imperceptibles para los sentidos, benéficas o maléficas. Y en sus cuidados hacia los enfermos, esto debió de llevarlo a alguna forma de medicina mágica como arma contra las fuerzas maléficas.

De esta manera, su propia vida, su propia experiencia, el reconocimiento de su vulnerabilidad por las fuerzas hostiles, le elevó a una concepción metafísica, que gradualmente transformó las fuerzas, invisibles, aunque tan concretas en sus efectos sobre él, en divinidades.

Cuando, a fines del quinto milenio antes de nuestra Era, el hombre entra en la Historia, en Mesopotamia y en el valle del Nilo, está rodeado no sólo ya por todo un panteón de divinidades, que reina soberanamente —y arbitrariamente— desde su residencia en los cielos, sobre todo lo que sucede en la Tierra, sino también de legiones de espíritus, buenos y malos que, invisibles, aunque para él tan reales como los dioses y las diosas, comparten la Tierra con él.

El hombre prehistórico también debió de haber sido consciente del poder de su propia voluntad, ya que, cuando entró en la Historia, ya se atribuía el poder influir a distancia sobre otras personas, tanto en bien como en mal —y sobre todo en mal—, como lo que se refiere al «mal de ojo», el maleficio y el encantamiento.

Según algunos arqueólogos, una pintura de la cueva de los Trois Frères, que data del Auriñaciense, hacia el 50.000 antes de nuestra Era, sería la más antigua representación conocida de un brujo-curandero. La figura está vestida con pieles de animal y lleva en la cabeza un cráneo de ciervo.

Esta figura tiene un gran parecido con ciertas representaciones de bronce del primer período sumerio, que representan, aparentemente, sacerdotes-médicos. Y ello es tanto más probable cuanto que hubo un desarrollo que comenzó, quizás antes del Auriñaciense, desde el médico-mago, pasando por el médico-brujo, hacia el sacerdote-médico y el sacerdote-exorcista de los sumerios, que en su comportamiento, indumentaria, aspecto y procedimientos, se rodeaban de una atmósfera de misterio y rareza que corresponde a los misterios y rareza de las divinidades y los espíritus malvados que causan enfermedades al poseer a hombres, mujeres y niños. Y a esta atmósfera de misterio pertenece también, en esta primera fase histórica, gran número de tabúes, prácticas en las que dominan las supersticiones, ritos con encantamientos verbales o coreográficos u otras formas de excitación, como encontramos también en nuestros días en varias regiones de África, Malasia, Australia y América Latina.

Varios de estos ritos fundamentales encuentran probablemente su origen en motivos de orden médico. Uno de los ritos más arcaicos es el de la sustitución, en el que se realizan sacrificios humanos o animales. La víctima es considerada aquí como sustituta de la personalidad sufriente, en cuyo favor se celebra la ceremonia de curación, o para expiar en su lugar, si la causa del sufrimiento es considerada culpa suya.

De este último aspecto volvemos a encontrar una forma generalizada en el Antiguo Testamento (Levítico, XVI), que trata del gran día de las Expiaciones. En el décimo día del séptimo mes, un culto divino y general fue realizado por el Sumo Sacerdote, a fin de reconciliar con Yavé a toda la nación judía. El Sumo Sacerdote sacrificó un novillo por los pecados cometidos por los sacerdotes, y luego un macho cabrío por los pecados de la nación. Entonces puso sus manos sobre la cabeza de otro macho cabrío, confesó los pecados del pueblo y lo ahuyentó hacia el desierto. Se trataba de la víctima propiciatoria.

Hay pocas dudas acerca de que, en la Prehistoria, las víctimas eran tanto hombres como mujeres, de los que se comían algunas partes del cuerpo, pues el consumidor creía así incorporar a él cualidades físicas o virtudes morales, que le hacían falta. Esta forma de canibalismo ritual ha sido perpetuada entre algunas tribus salvajes. Y al comienzo de la Historia encontramos en Egipto y Sumer indicaciones bastante claras de que persistía el recuerdo de tales ritos.

A otros ritos de curación o de expiación pertenecían las mutilaciones diversas, sobre todo genitales, efectuadas tanto en el hombre como en la mujer. Y todavía existen en algunos pueblos salvajes.

En lo que concierne al rito de sustitución, los textos médicos y religiosos sumerios y babilonios proporcionan muchos ejemplos, así como de encantamiento y exorcismos, como el siguiente, que da instrucciones al sacerdote-médico:

«Para efectuar el cambio en favor de un hombre deseado por la diosa de la muerte: Al ponerse el Sol, el hombre enfermo colocará en su lecho un cabrito. Al salir el Sol, te levantarás y te inclinarás ante el dios (del Sol). El hombre enfermo llevará el cabrito en sus brazos a una casa en donde haya un tamarisco. Harás acostarse sobre el suelo al hombre y al cabrito. Tocarás el cuello del hombre con un puñal de madera, y cortarás el cuello del cabrito con un puñal de bronce... Entonces colocarás vestidos alrededor del cabrito, pondrás las sandalias sobre él, pondrás cosmético en los ojos del cabrito y ungirás su cabeza con aceite. Tomarás el cubrecabezas del hombre enfermo y lo pondrás en la cabeza del cabrito. Pondrás el cabrito en un ataúd y lo tratarás como a un hombre difunto. El hombre enfermo se levantará y se mantendrá de pie en el vano de la puerta, mientras tú repetirás tres veces un encantamiento. El hombre enfermo se quitará el vestido y te lo dará y partirá. Entonces llorarás por el hombre enfermo, y dirás, "¡Fulano o Zutano está muerto!". A continuación darás órdenes para que se inicien las lamentaciones... y enterrarás el cabrito.»

Este texto proporciona no sólo una imagen clara de la sustitución tal como era practicada en la medicina primitiva de carácter mágico, sino también de la atmósfera de superstición —que para ellos era una realidad— en la que transcurrió la vida cotidiana. Da asimismo la imagen de una cultura que, por lejana que esté de nosotros, ha dejado muchas huellas en la Historia hasta hoy. Huellas de misterios, de formas de mística, impregnadas todas de angustias profundas.

PRIMERA PARTE

LOS ÍNCUBOS Y LOS SÚCUBOS EN LA ANTIGÜEDAD

Perros y gatos salvajes se reunirán allí,
y se juntarán allí los sátiros.
También allí Lilit descansará y hallará
su lugar de reposo.

ISAÍAS, XXXIV, 14

La enfermedad roerá su piel,
y devorará sus miembros el primogénito de la muerte.
Será arrancado de su tienda, en la que
se sentía seguro, y tú puedes conducirle
al rey de los terrores.

JOB, XVIII, 13, 14.

I. LILIT

«La Historia empieza en Sumer», afirmó un historiador. Pero aún no se ha decidido si es realmente así. La posibilidad de que empiece en el valle del Nilo no parece totalmente excluida. Pero no hay duda de que la historia de los súcubos comienza en Sumer. Con Lilit, o Lilitu, tal como es su nombre en acadio, la antigua lengua perteneciente a las lenguas semíticas, hablada principalmente en Asiria, al norte de la Mesopotamia. Lilit es uno de los innumerables espíritus malignos que amenazaban a los sumerios, babilonios y asirios sin descanso, noche y día, incluso durante el sueño. Tales espíritus están al acecho en todas partes, causando desgracias, enfermedades y la muerte. Extendían su siniestro poder tanto sobre el ganado del hombre, como sobre sus campos o sus huertos. Ni los peces estaban a salvo en el agua.

Tales demonios, «incubados en las montañas del Oeste» como «hijos de Anu», uno de los dioses supremos del panteón de esos tres pueblos, eran a menudo llamados «los Siete», pero este nombre debió de haber sido originalmente el de un solo grupo, pues había más de siete especies diferentes de demonios. Estaba Lamashtu, el temible espíritu femenino, que amenazaba a las mujeres durante el parto y robaba sus hijos mien-

tras ellas les daban el pecho. Más temible aún era Namtaru, el demonio que provocaba plagas y era el mensajero del dios Nergal, el dios de los Infiernos; Rabisu, el vagabundo, que andaba siempre al acecho en las entradas de las casas y en los rincones oscuros; estaba también Pazuzu, hijo del dios Hanbi, el rey de los demonios malignos del viento; Labasu, el ladrón; y los malignos alu, asakku, gallu, shedu y utukku-demonios. Y estaba también Lilit, el más antiguo de los súcubos.

Aunque ya en las primeras escrituras los sumerios y babilonios poseían un panteón muy extenso, la religión sumeriobabilonia era fundamentalmente un animismo, una adoración de fuerzas ocultas y de los espíritus. Los propios dioses no estaban libres de los ataques de los demonios. El eclipse de Luna era visto como uno de esos ataques a Sin, el dios de la Luna, que temporalmente llevaba la peor parte, tal como se expresa en el mito siguiente:

«Los siete espíritus malignos apresuraban su camino de la Tierra a los Cielos, y se alineaban furiosamente alrededor del dios de la Luna... Enlil veía cómo el héroe Sin era oscurecido en los cielos; el Señor Enlil llamó a su visir Nusku (el dios del fuego): "¡Oh, visir Nusku, lleva mis palabras al Abismo! Cuenta a Ea, en el Abismo, lo que ha ocurrido con mi hijo Sin..." Ea, en el Abismo, escuchó el mensaje. Llenó su boca de lamentaciones y llamó entonces a su hijo Marduk y le dijo: "¡Ve, Marduk, hijo mío...!" Sigue luego una descripción del rito que aparentemente era señalado para la época de un eclipse de Luna, a fin de proteger al rey y su pueblo contra los maleficios de los siete espíritus malignos.»

Naturalmente, el hombre y la mujer necesitaban una protección continua contra los ataques de los representantes del mal. Y la religión se la procuraba en diferentes formas. Había amuletos profilácticos que, en general, portaban una imagen del demonio contra el que debían proteger al portador. Y en

el reverso llevaban una inscripción, un encantamiento, que evocaba la ayuda de los grandes dioses contra los malhechores sobrehumanos.

«Encantamiento: A aquel que se acerca a la casa, me echa de mi cama, me desgarra, me hace ver pesadillas. Al dios Bine, el cancerbero de los Infiernos, que le concierne, por orden de Ninurta, dios de los Infiernos, por orden de Marduk, que mora en Esagila, en Babilonia. Hace saber a la puerta y al cerrojo que estoy bajo la protección de los dos Señores. Encantamiento.»

Entre el gran número de tales amuletos, no hay ninguno que pida protección contra Lilit, pese a que hay varios encantamientos que piden dicha protección, sobre todo en los ritos para la purificación y protección de las casas. Dicho rito empezaba con una enumeración de las posibles causas del mal que podían ocurrir a la morada y a sus habitantes, como:

«Bien sea que se trate de un espíritu maligno o un espectro maligno, o un monstruo violador de tumbas, o un vagabundo maligno, o una Lamashtu, o un Labasu, o el Ladrón, o Lilitu, o una sirvienta de Lilitu, o la Mano-de-un-dios, o la Mano-de-una-diosa, o el demonio de las plagas, o el demonio que da las malas cosas de la vida, o la Muerte, o la Fiebre, o el Asesino... sea quien sea... que lleve desgracia a la casa de un hombre...»

El miedo del hombre por Lilitu y sus servidoras tenía triple fondo. En primer lugar, eran demonios malignos y, como tales, terroríficos. Pero sus acciones diferían de las de los otros demonios, pues visitaban a los hombres en su sueño, causando sueños lascivos, agotadores. Y todo lo que ocurría al hombre en sus sueños era, por la rareza de la experiencia, por la incomprensibilidad de las propias acciones, una influencia angustiosa sobre él. En tercer lugar, estaba el hecho de que, cuando Lilitu o sus sirvientas habían podido lograr, con acciones y palabras lascivas, su objetivo, es decir, dejarse fecundar

por el hombre, alumbraban demonios monstruosos, sin cara (los alu y los gallu), que desgarraban aquello que podían capturar y que, reuniéndose en torno al lecho de muerte del hombre que los había engendrado, esperaban el momento en que podían apoderarse del espíritu de su padre, cerrándole el camino hacia el reino de las sombras, haciendo de él un espíritu errante, temido por todo hombre y mujer y niño vivientes.

Nosotros, gentes de este siglo, con lo que consideramos nuestra fría razón, y que hemos sido capaces de enviar realmente hombres a la Luna, tenemos planteado, por lo que se refiere a Lilitu —cuyo nombre no quiere decir otra cosa que demonio de la noche, el más antiguo de los súcubos, término que está compuesto por las palabras latinas *sub* (debajo) y *cubare* (estar acostado); así, pues, aquella que se ha acostado debajo de un hombre—, tenemos planteado, decimos, un enorme número de problemas y misterios.

Ciertamente, para nosotros Lilitu sólo es, según nos dice nuestra fría razón, la demonificación de la fantasía sexual, que siempre y en todas partes ha ofrecido a los hombres, y a las mujeres, compañeros seductores y llenos de fogosidad, realizando de esta manera la satisfacción de deseos que en la realidad de la vida no podían ser satisfechos. Ciertamente, hay también en la actualidad fantasías sexuales que tienen un carácter quimérico, terrorífico, pero sabemos, o creemos saber, que semejantes fantasías tienen un fondo en ansiedades sexuales reales. Pero nuestro conocimiento de estas cosas nos dice también que la mayor parte de las fantasías sexuales no son espantosas; a lo sumo, y sólo al comienzo de semejante experiencia, más o menos incómodas. Y pese a que en la literatura sumeria y babilonia no hay ninguna descripción de Lilitu o sus sirvientas, el análisis de nuestras fantasías sexuales actuales nos proporciona la certidumbre de que, en la mayor parte de los casos, Lilitu y sus sirvientas debieron de mostrarse a sus víctimas como muy bellas y seductoras, y también con una gran fuerza de persuasión que al comienzo de sus esfuerzos debió

de haber convencido a sus víctimas, pues la angustia es, en general, una de las más eficaces inhibiciones de la erección y la eyaculación. Aunque hay también aquí, como en todas las reacciones fisiológicas humanas, excepciones, casos en que la angustia provoca la erección y puede llevar incluso a la eyaculación, pero entonces se trata sólo de un porcentaje muy pequeño. Y los antiguos sumerios, babilonios y asirios, con su fuerte sensualidad, con sus costumbres y prácticas sexuales que daban libre expresión a la aspiración y a la satifacción de sus deseos sexuales, no eran ciertamente esas excepciones. El aspecto angustioso de las visitas de Lilitu y sus sirvientas a los hombres sólo pudo comenzar después del despertar y el descubrimiento de la eyaculación, descubrimiento que debe de haber despertado la quimera de los demonios —alu y —gallu, y su terrorífica presencia en el lecho de muerte.

Son curiosos también otros dos hechos. En primer lugar, no se encuentra por ninguna parte en la literatura sumeria, babilonia y asiria, un equivalente masculino de Lilitu, que visite a las mujeres en sus sueños. Por tal motivo, se podría llegar a la conclusión de que el estado de la mujer en esas sociedades —auténticas sociedades de hombres en donde la mujer no desempeñaba un papel activo— no era considerado lo bastante importante como para preocuparse de lo que ocurría en sus sueños. Pero en realidad, y sobre todo en las primeras épocas de la historia sumeria y babilonia, el estado social de la mujer era de una elevadísima distinción. Entre los sumerios y babilonios, el matrimonio era monógamo, en el sentido de que un hombre no podía tener más que una mujer, que era reconocida como tal y que gozaba de una consideración social correspondiente a la de su marido. Por otra parte, esas sociedades otorgaban al hombre el derecho de tener una o varias concubinas, así como el derecho de comercio carnal con las hieródulas, las muchachas y mujeres esclavas de los templos, principalmente los dedicados a las divinidades de la fecundidad. Y cuando, probablemente a comienzos del IV milenio,

la institución de la esclavitud se convirtió en una característica general de esas sociedades, con esclavos como propiedad privada, uno de los empleos principales, si no el principal, de las esclavas femeninas, era el comercio carnal, lo cual las convertía en concubinas, aunque sin los derechos de la concubina. Seguían siendo esclavas, y sus hijos eran esclavos, excepto si su dueño los reconocía formalmente como sus hijos legítimos. Pero las mujeres legítimas podían incluso servir en los templos, en otras funciones que las de sacerdotisa o hieródula, y las mujeres de algunos príncipes, como las de Lugalanda y Urukagina, ocupaban posiciones de gran importancia. Por otra parte, tanto en el panteón sumerio como en el babilonio había un gran número de diosas que gozaban de mucho prestigio entre los dioses y desempeñaban un importante papel en los consejos de las divinidades. Hay también múltiples indicaciones de la existencia de la poliandria en el III milenio, pues algunos textos señalan que ciertas mujeres tenían más de un marido a la vez.

Por tanto, sigue sin respuesta la pregunta de por qué Lilitu no tiene un equivalente masculino en la vida de sumerios, babilonios y asirios, lo cual resulta más asombroso aún cuando tenemos en cuenta el hecho de que entre otros pueblos del Próximo Oriente —por no mencionar los pueblos orientales que tenían ya relaciones comerciales con éstos— la relación sexual de una mujer con los espíritus no era totalmente excepcional.

El segundo hecho curioso es lo que se podría considerar como la transición de Lilitu a Lilit. A partir de mediados del II milenio, Lilitu no aparecía ya en las escrituras babilonias y acadias —los sumerios, como pueblo, habían desaparecido a comienzos del II milenio—, lo cual no significa que hubiera desaparecido de la vida de los babilonios y asirios, pues el hecho que apareciera en el Antiguo Testamento y en

los escritos rabínicos es la mejor prueba de que estaba viva también entre los pueblos vecinos de la Palestina.

La aparición más antigua de Lilit, el monstruo de la noche, en hebreo, la tenemos en el libro de Isaías, quien, en el año 740 antes de nuestra Era, fue nombrado profeta. En el capítulo VIII, Isaías predice el fin de Edom, pequeño Estado situado el sur de Palestina, una región de colinas de arenisca rojiza, mucho menos fértil que Palestina. Aunque los israelitas reconocen tener el mismo origen —los edomitas tenían como antepasado a Esaú, hijo de Isaac y hermano gemelo de Jacob—, había existido siempre una hostilidad declarada entre los dos pueblos, que en varias ocasiones se había vuelto activa. En la predicción de Isaías (XXXIV, 11-14), Edom se convertiría en un desierto: «Y echará Yavé sobre ella las cuerdas de la confusión y la plomada de la desolación; y habitarán en ella los sátiros, y todos sus nobles dejarán de existir. Allí no habrá reino, y desaparecerán todos sus príncipes. Y en sus palacios crecerán los zarzas, en sus fortalezas las ortigas y los cardos, y serán morada de chacales y refugio de avestruces. Perros y gatos salvajes se reunirán allí, y se juntarán allí los sátiros. También allí Lilit descansará y hallará su lugar de reposo.»

En esta imagen de ruina, de destrucción; en este ambiente desértico, el autor ha tomado de los centenares de demonios, dioses y diosas —quienes, por lo demás, eran para los israelitas sólo demonios— únicamente a Lilit, y la ha colocado entre animales del desierto y sátiros, que, por otra parte, no son de origen oriental, sino griego, de forma que su presencia en el libro de Isaías es una de las numerosas pruebas de la influencia helenística ya en ese período. Y el hecho de que la haya preferido para esta imagen significa que, para él, Lilit era más peligrosa aún para el bienestar de su pueblo que los dioses Moloc de sus vecinos, los moabitas; y Dagán, de los filisteos, quienes durante tanto tiempo tuvieron una gran fuerza de seducción sobre los israelitas; y Astarté, la diosa de los sidonios; y Milkom, el dios de los amonitas, que durante los

últimos años del reinado de Salomón hallaron tantos fieles entre los israelitas, divinidades cuya adoración estaba vinculada a orgías sexuales. Contra ellos, el clero pudo, al menos, advertir al pueblo y, a menudo, también tomar enérgicas medidas. Pero semejante defensa contra las peligrosas influencias debía de ser vana contra el demonio de la noche, que penetraba en los sueños de los hombres, los seducía con retozos llenos de voluptuosidad y, de esta manera, los debilitaba aún más contra las seducciones de las divinidades en torno a Canaán. Y en la frase: «también allí Lilit descansará y hallará su lugar de reposo», el profeta expresa el más profundo deseo de que su pueblo sea, al final, protegido contra ese peligro esencial.

El autor desconocido del libro de Job —que lo escribió, tal vez, a comienzos del siglo V antes de nuestra Era—, seguramente conoció el texto de Isaías. Le otorgó a Lilit un lugar en su descripción del destino del hombre malvado:

Sí, se apagará la luz de los perversos,
no brillará su ardiente llama.
La luz se apagará en su tienda,
y su lámpara se extinguirá encima de él.
Se recortan sus pasos vigorosos,
y su propio consejo le hará tropezar;
pues ha sido arrojado por sus pies a la red,
y caminará sobre una trampa;
un lazo le atará los tobillos
y le aprisionará el cepo;
oculta está en la tierra su cuerda,
y su trampa sobre el sendero,
de todas partes le asaltarán terrores,
le seguirán, pisando los talones.
Su opulencia se tornará en hambre,
y la desgracia está presta a su lado.
La enfermedad roerá su piel,
y devorará sus miembros el primogénito de la muerte.

Será arrancado de su tienda, en la
que se sentía seguro,
y tú puedes conducirle al rey de los
terrores.
Podrás habitar en su tienda, ya no suya;
se esparcirá azufre sobre su morada.

El Primogénito de la Muerte es, sin duda, la peste, el rey de los espantos es una persona de la mitología oriental, la cual manda sobre espíritus infernales, especie de Furias que acosan a los criminales. El azufre pertenece al Antiguo Testamento, como una materia de castigo para los peores pecados. Yavé hace llover azufre sobre Sodoma y Gomorra; el Salmo XI, 6, lo repite: «Lloverán sobre los impíos carbones encendidos, fuego y azufre», e Isaías (XXXIV, 9), en su maldición de Edom, llena también el domicilio de Lilit con azufre: «Y sus torrentes [de Edom] se convertirán en pez, y su polvo en azufre, y será su tierra como pez que arde día y noche.»

Isaías da también una especie de visión anticipada de lo que sería, siglos más tarde, la imagen del infierno, en donde los pecadores deberían expiar sus pecados, torturados por los demonios, los servidores de Satán, Señor también de los súcubos, pero que en este período no tenía aún dicha personalidad y tampoco ese nombre. Pues aunque el Mal tenga al menos la misma edad que la Humanidad —no podemos imaginarnos bien cuál habría sido su función antes de la encarnación—, el nombre de Satán aparece sólo muy tarde en la Historia, y no directamente como la personificación del Mal. En el libro de Job es donde encontramos por primera vez su nombre, y no está en absoluto relacionado con demonios. «Sucedió un día —comienza Job, I, 6— que los hijos de Dios fueron a presentarse ante Yavé, y vino también entre ellos Satán.»

Los hijos de Dios constituyen en ese libro, así como también en algunos más del Antiguo Testamento, la corte de Yavé y su consejo. Como el libro de Job, todos los del Antiguo

Testamento en que encontramos esta imagen pertenecen a lo que se ha llamado la «tradición yaveísta», que se caracteriza por un estilo que es, a la vez, expresivo e imaginativo, dando una imagen antropomórfica de Dios y una representación de la Historia que se caracteriza por la bendición o la maldición de Dios. El prólogo de Job es un ejemplo claro de ello:

> «Y dijo Yavé a Satán: "¿De dónde vienes?" Respondió Satán: "De dar una vuelta por la Tierra y pasearme por ella." Y dijo Yavé a Satán: "¿Has reparado en mi siervo Job, pues no lo hay como él en la Tierra, varón íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?" Pero respondió Satán a Yavé diciendo: "¿Acaso teme Job a Dios en balde? ¿No le has rodeado de un vallado protector a él, a su casa y a todo cuanto tiene? Has bendecido el trabajo de sus manos, y sus ganados se esparcen por el país. Pero extiende tu mano y tócale en lo suyo, (veremos) si no te maldice en tu rostro." Entonces dijo Yavé a Satán: "Mira, todo cuanto tiene lo dejo en tu mano, pero a él no le toques." Y salió Satán de la presencia de Yavé.»

Por tanto, Satán es representado aquí como un agente provocador, primero, contra el propio Yavé, y después, con el consentimiento de éste, contra Job, a fin de inducirle a la tentación de pecar. Sólo más tarde actuará por propia iniciativa, convirtiéndose por sus acciones en el enemigo de Dios y la personificación del Mal. En calidad de tal, ocupa un lugar importante en el Nuevo Testamento, en donde es el Señor del Reino del Mal, y tiene como súbditos a los demonios, que son los descendientes de los ángeles caídos, presos en la oscuridad eterna, como es presentado en la segunda epístola de San Pedro, II, 4:

> «Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, precipitados en el tártaro, los entregó a las cavernas tenebrosas, reservándolos para el juicio...»

Y en la epístola de San Judas, 6:

> «...y como a los ángeles que no guardaron su principado y abandonaron su propio domicilio los reservó con vínculos eternos bajo tinieblas para el juicio del gran día.»

Y, a través de su descendencia, Satán tienta al hombre para hacer el mal.

Lilit no aparece en el Nuevo Testamento, ni, por lo demás, en otras escrituras religiosas cristianas. Tan sólo diferentes escritos rabínicos, sobre todo angelologistas, se ocupan de ella, y en distintas versiones.

En una de ellas, Lilit es la mujer de Satán. Dios, previendo que Satán procrearía con ella, lo castró, al objeto de impedir el nacimiento de demonios.

Otra versión dice que Lilit era la primera mujer de Adán. Y esta versión es la base de otras dos: ella lo abandonó, tras haber discutido sobre quién de los dos tendría autoridad sobre el otro. La segunda causa de ese abandono sería que ella fue seducida por Satán, y lo habría seguido.

Hay una versión según la cual Adán y Eva, tras el nacimiento de Abel, estuvieron separados durante cerca de cien años, y que durante ese tiempo Adán y Eva tuvieron relaciones sexuales con espíritus (en el caso de Adán, con Lilit). Sus hijos eran súcubos.

Otra variación del tema de la relación Adán con Lilit hace de ella la personificación de una imaginación sexual, de forma que el semen de Adán no habría fecundado un «espíritu real», sino que cayó sobre el suelo, naciendo de ese semen íncubos y súcubos, es decir, «seres» que no tendrían una madre.

Un comentario rabínico, quizá del siglo III d. de J. C., dice que, parcialmente, esta versión se basa en la historia de Onán, el segundo hijo de Judá, como se lee en el Génesis (XXXVIII, 6-10):

> «Tomó Judá para Er, su primogénito, una mujer llamada Tamar. Er, primogénito de Judá, fue malo a los ojos de Yavé, y Yavé le mató. Entonces dijo Judá a Onán: "Entra a la mujer de tu hermano, y tómala, como cuñado que eres, para suscitar prole a tu hermano." Pero Onán, sabiendo que la prole no sería suya, cuando entraba a la mujer de su hermano, se derramaba en tierra para no dar prole a su hermano. Era malo a los ojos de Yavé lo que hacía Onán, y le mató también a él.»

El comentarista quiere ver también en el semen de Onán la causa de un nacimiento de súcubos e íncubos.

Por otra parte, hay una teoría ocultista contemporánea, según la cual, la imaginación sexual de hombre o de mujer, cuando es excitada por imágenes voluptuosas e impúdicas, secreta un semen espiritual. De la unión de ese semen espiritual del hombre con el de la mujer habrían nacido íncubos y súcubos.

En una leyenda judía, Lilit es la mujer de Asmodeo, un demonio que aparece en el libro de Tobías, uno de los libros históricos del Antiguo Testamento, del cual se hablará más tarde. Otra leyenda judía hace de Lilit la hija de Naama, o Nahema, la cual era considerada como la madre de todos los súcubos. Pero, en general, los angelologistas judíos consideran a Lilit como tal. Ninguno de ellos se ocupa de la cuestión de cómo el esperma humano podría engendrar un súcubo. Muchos siglos más tarde, esto se convertiría en un asunto importante.

II. HIJOS DE DIOS E HIJAS DE LOS HOMBRES

> «Cuando comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la Tierra y tuvieron hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron de entre ellas por mujeres las que bien quisieron.
>
> Y dijo Yavé: "No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne. Ciento veinte años serán sus días."
>
> Existían entonces los gigantes en la tierra, y también después, cuando los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres y les engendraron hijos. Éstos son los héroes famosos muy de antiguo.»

Este texto del Génesis (VI, 1-4), escrito en algún lugar durante el siglo IX antes de nuestra Era, pero sin duda perteneciente a la más antigua tradición judía, ha colocado a los exegetas ante dificultades que no siempre han sabido solucionar totalmente.

Hay una posibilidad de que esta tradición se remonte a la primerísima fase de la historia de Israel, la migración de Abrahán, el primer patriarca judío, de la Ur de los caldeos,

en Mesopotamia, al país de Canaán, la que debió de ocurrir al comienzo del II milenio antes de nuestra Era. Algunos historiadores sitúan esta migración hacia 1850 a. de J. C., y otros, uno o dos siglos antes. En cualquier caso, ya existía en este período en Babilonia el rito de fertilidad, llamado el Matrimonio Sagrado, cuyas primeras descripciones datan de mediados del III milenio. La fiesta del matrimonio sagrado se celebraba cada año, y se mantuvo al menos durante dos milenios, pues el historiador griego Heródoto, llamado el Padre de la Historia (484-420 a. de J. C.), que visitaba Babilonia, todavía lo encontró. El momento culminante de esta fiesta era la unión sexual entre la Gran Sacerdotisa del dios Marduk con el propio dios, que descendía a la cámara nupcial sagrada del templo divino.

Y hace mucho tiempo hubo en la tradición judía un paralelismo con esta idea de la unión sexual de una novia con un dios. El sabio judío Rashi (del siglo XI a. de J. C.), que escribió un comentario sobre los dos primeros versos del Génesis, VI, dice de ello:

«Rabbi Yuadan ha dicho: ... cuando hubieron adornado a la novia, antes de su entrada en la cámara nupcial, entró también un Gadol y la poseyó primero.»

Gadol significa Grande; éste era un nombre para señalar a un ser sobrenatural, un ángel.

Tenemos también las palabras de San Pablo a los corintios (XI, 10):

«Debe, pues, llevar la mujer la señal de la sujeción por respeto a los ángeles.»

Estas palabras pueden tener como fondo la misma idea. San Pablo conocía la anunciación de la Virgen María, y, con un espíritu profundamente cristiano, pudo haber trazado un paralelismo con su «por respeto a los ángeles».

Se ha buscado alguna respuesta parcial en los nefilim, una raza, más bien mítica, de semidioses que pueden ser comparados con los titanes de la mitología griega. También se ha pretendido verlos como descendientes de la unión de los hijos de Dios con las hijas de los hombres, pero no ha sido posible hallar la conformidad, necesaria en esta construcción, con la segunda parte de este versículo del Génesis, VI, que recalca la simultaneidad de los nefilim con los héroes, esos hombres famosos, pero que no da ninguna base para la identificación de ambos.

Había —y, según parece, especialmente en Palestina— antes de la conquista por los judíos, algunos pueblos de elevada estatura, restos de las poblaciones prehistóricas, como los refaim, los emin, los zamzumim y los anaquim, de los que habla el Deuteronomio. El rey Og, de Basán, último de los refaím, tenía, según el Deuteronomio, III, 11, «un lecho de hierro, se ve en Rabat de los hijos de Annón, de nueve codos de largo y de cuatro codos de ancho, codos humanos». El codo corriente era la distancia entre el codo y la extremidad del dedo medio; así, pues, unos 50 centímetros. Probablemente no se trataba de una cama de hierro, sino de su sarcófago de hematites, aunque también en este caso las medidas del cuerpo del rey debieron de ser formidables.

Por tanto, no es imposible que en esta fase de la Historia, como aparece mencionado en los capítulos del Génesis anteriores al Diluvio, en algún lugar del sur de Mesopotamia se tuviera conocimiento de tales razas de gigantes, y que éstas hubieran entrado así a formar parte de la tradición judía.

Pero nunca se han encontrado en Palestina osamentas humanas que aportaran alguna confirmación de la existencia de semejantes razas, cuyos últimos supervivientes fueron aniquilados por los israelitas, hacia el 1200 antes de nuestra Era.

Por todo ello, cabría suponer también que, en lo relativo a los gigantes del Génesis, VI, la influencia griega, con su mitología llena de héroes, gigantes y semidioses, se hubiera

manifestado ya en la tradición judía del siglo IX antes de nuestra Era.

Hay otro texto en el Antiguo Testamento, en el libro de la Sabiduría (XIV, 6), que dice:

«Y habiendo perecido al principio los orgullosos gigantes, la esperanza del mundo escapó al peligro en una balsa que, gobernada por tus manos, dejó al mundo semilla de posteridad.»

El libro de la Sabiduría fue escrito en lengua griega, a mediados del siglo I a. de J. C. —es, por tanto, el libro más reciente del Antiguo Testamento— por un judío de Alejandría, ciudad que en ese período era el centro del helenismo, de suerte que ese testimonio no tiene una gran fuerza como argumento.

Pero este mismo texto, que asimismo constituye una referencia al Diluvio y al arca de Noé, se convirtió en la base para apoyar la tesis de que los gigantes del Génesis, VI, no se distinguieron solamente por su elevada estatura, sino también por su fuerza física, sus depredaciones y su tiranía, y, por ello, fueron la primera y principal causa del Diluvio.

Esta tesis aparece en el *Comentario sobre el Génesis*, del jesuita holandés Cornelius Cornelii a Lapide (Cornelis Cornelissen van der Steen, 1567-1637), autor de gran número de amplios comentarios sobre casi todos los libros del Antiguo Testamento. Se ocupó detalladamente de los gigantes, sin haber llegado, por lo demás, a una conclusión sobre su origen, pero cita a otros que han dado su punto de vista sobre dicho origen. En primer lugar, Filón el Judío, de Alejandría, filósofo griego de origen judío (13 a. de J. C. - 54 d. de J. C.), cuya filosofía era una mezcla de Platón y del Antiguo Testamento, y que tuvo una cierta influencia sobre el neoplatonismo y sobre la literatura cristiana. Para él, los gigantes no habrían sido otra cosa que hijos de bribones totalmente depravados. Cita

entonces a Burgensis, un demonólogo contemporáneo, quien afirmaba que los gigantes eran demonios que habían tomado la figura de hombres de elevada estatura. Cita también al médico español Francisco Valesio, el cual tenía una gran reputación como traductor y comentarista de obras médicas de la Antigüedad y la Edad Media. Para Valesio, la solución del problema no era difícil: los gigantes eran hijos de íncubos que se habían unido a mujeres. Esto significa que, para él, los hijos de Dios, que habían tomado a las hijas de los hombres como mujeres, eran demonios.

Valesio no fue el primero en formular semejante opinión acerca del origen demoníaco de los hijos de Dios.

Flavio Josefo, el historiador judío (37-95), autor de las *Antigüedades judaicas*, ya lo había enunciado. San Justino, nacido hacia el año 100 y martirizado en el 165, autor de una *Apología de la religión cristiana*, era de la misma opinión, así como Clemente de Alejandría (150-212), uno de los grandes apologistas del siglo III y maestro de Orígenes; asimismo, Tertuliano (160-220), otro apologista de gran valía. Todos ellos consideraban a los hijos de Dios del Génesis, VI, como íncubos, ángeles caídos que se habían abandonado al pecado de voluptuosidad con mujeres.

Hubo también otra opinión: la de «que los hijos de Dios era el nombre dado a los hijos de Seth, el hijo de Adán nacido después de que Caín hubiera matado a Abel. Y que las hijas de los hombres no habrían sido más que las hijas de Caín. Ello, porque Seth era un hombre virtuoso en todos los sentidos, mientras que Caín era todo lo contrario, y que lo mismo ocurría con sus hijos», como lo afirma un célebre demonólogo: el padre Sinistrari d'Ameno, 1622-1701.

San Juan Crisóstomo *(Boca de Oro)* —nacido el 344 y muerto el 407, uno de los Padres de la Iglesia, patriarca de Constantinopla, célebre por su elocuencia— era uno de los

primeros hombres importantes que enunció esta opinión, expresando también así su valoración, más general, de la mujer, valoración que era compartida por muchos otros padres y demás figuras importantes de la Iglesia. San Cirilo (376-444), patriarca de Alejandría, que combatió el nestorianismo, cuya condena provocó en el Concilio de Éfeso, en el 431, coincidía con él, al igual que San Hilario, Papa desde 461 al 468, y muchos otros. Pero eso se debía sólo a que el texto del Génesis, VI, no era explícito, ya que tampoco había duda para ellos de que los demonios podían engendrar hijos con las mujeres. Y en dicha creencia abundaban otras opiniones. Dionisio de Halicarnaso (68-7 a. de J. C.), historiador griego y célebre retórico, escribe que Servio Tulio, el sexto rey de Roma (578-534 a. de J. C.), tuvo por padre a un demonio. Plinio *el Viejo* (23-79), famoso naturalista romano, cuyos 37 tomos de su *Historia Natural* constituyen una auténtica enciclopedia de la ciencia de la Antigüedad, lo afirmaba así. Tito Livio (59 a. de J. C. — 17 d. de J. C.), historiador latino, autor de una historia romana desde los orígenes hasta el año 9 a. de J. C., atribuyó a Rómulo y Remo, los legendarios fundadores de Roma, un demonio como padre, y Plutarco (50-125), el célebre historiador griego, pensaba del mismo modo. Diógenes Laercio, historiador griego del siglo III d. de J. C., autor de una biografía de los filósofos, pretendía lo mismo de Platón, y San Jerónimo, padre y doctor de la Iglesia, apologista vigoroso y violento, traductor de la Biblia al latín (la *Vulgata*), era de la misma opinión. La lista es mucho más larga, abarcando a figuras célebres como Alejandro Magno; Escipión *el Africano*; Aristómenes, un general griego; Augusto, el primero emperador romano; Nerón; Merlín, el famoso brujo que habría tenido por madre a una hija de Carlomagno; Roberto *el Diablo*, duque de Normandía desde 1027 al 1035; y Martín Lutero; pero ninguno de los que hicieron tales afirmaciones aportaron la prueba de ello. ¡Naturalmente!, dice nuestra fría razón del siglo XX. Todas esas personas, por importantes que fueran, no poseían el sentido crítico que no-

sotros hemos desarrollado. Pero..., ¿puede negarse un sentido *crítico* a espíritus tan extraordinarios como San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Alberto Magno, el maestro de Santo Tomás, como el venerable Duns Scoto, *el Doctor sutil*, como Roger Bacon, todos ellos hombres cuya obra constituye una parte tan grande de la base de nuestra cultura, así como a otros centenares que han colaborado también? ¿Es que podemos, sin más, atribuirles una credulidad, un carácter supersticioso?

San Agustín (354-430), obispo de Hipona, en la Tunicia de nuestros días, que se convirtió, tras una juventud borrascosa, en el más célebre de los Padres de la Iglesia latina, teólogo, filósofo moralista, dialéctico de gran talla, autor de obras de la máxima importancia, todas las cuales dan prueba de gran sentido crítico en sus razonamientos, escribió en *La ciudad de Dios*:

> «En todos los lugares se ha creído —y esta creencia ha sido confirmada por el testimonio directo o indirecto de personas totalmente dignas de fe—, que silfos y faunos, a los que se da, en general, el nombre de íncubos, han molestado frecuentemente a mujeres, deseando y obteniendo de ellas el coito. Hay incluso demonios, llamados dusos o elfos por los galos, que regularmente se abandonan a semejantes prácticas: el hecho ha sido atestiguado por tantas autoridades importantes, que sería desvergonzado no creerlos.»

Se dedicó ampliamente a gran número de problemas concernientes a los demonios, lo cual será tratado más adelante, cuando algunos de esos problemas sean considerados en el contexto de los capítulos correspondientes. Y aunque algunas de sus ideas sobre esta materia cambiaron, permanecía intacta su convicción de la existencia de demonios y de su lascivia.

Lo mismo puede decirse de Santo Tomás de Aquino (1225-

1274), cuyas obras, como la *Summa contra gentiles, Summa Theologica* y otras, en las que construyó un sistema de teología dogmática, adoptada oficialmente por la Iglesia católica, testimonian una inteligencia extraordinaria. También se ocupaba de un gran número de problemas, sexuales y legales, relacionados con las acciones de los demonios, y en ninguna parte de su obra aparece la menor expresión de duda acerca de su realidad o de su poder sexual.

San Alberto Magno, llamado también Alberto de Colonia (1193-1280), dominico, teólogo y filósofo, *Doctor Universalis*, un auténtico espíritu universal, estaba tan seguro como los anteriores de los demonios y sus acciones sexuales. Y Juan Duns Scoto (1266-1308), teólogo inglés de enorme erudición, defensor del «realismo» en la Filosofía y, por ello, adversario de santo Tomás en lo que atañe a los conceptos filosóficos y teológicos, nunca tuvo tampoco duda alguna sobre la existencia de demonios y de sus actividades sexuales con los hombres o con las mujeres.

Roger Bacon (1214-1294), hombre de ciencia universal, el primer sabio europeo que comprobó las bases de la Química en su *Espejo de la Alquimia*, y que se fiaba sólo de la experiencia, lo cual le hizo predecir, en su obra *Tratado de las obras secretas de la Naturaleza y el Arte*, inventos tales como volar por los aires, el puente colgante, el coche sin caballos —cosa que, por lo demás, y por una amarga ironía del destino, le valió el encarcelamiento por brujería—, creía inquebrantablemente en la existencia de los demonios y en sus tendencias lujuriosas.

Todo ello lo convierte en algo tan aceptable, que el texto del Génesis (VI, 1-4), así como la tradición en la cual está basado, no ha encontrado eco alguno de crítica en las escrituras rabínicas. Incluso nuestra actual crítica no zanja la cuestión, por más que trata de considerar el espíritu de la época en que debe de encontrarse el origen de la tradición, o el espíritu de la época en que fue escrita, así como tener en cuenta tanto unas posibilidades que hayan dado una forma casi caótica al texto, como los errores de los copistas. Sigue sin dilucidarse una cuestión importante: ¿Eran los hijos de Dios ángeles caídos? Y, de ser así, como creían muchos exegetas de los cinco primeros siglos de la Era cristiana y la Edad Media, ¿por qué podían, al igual que los peores pecadores, convertirse en padres de hijos que «son los héroes de la Antigüedad, esos hombres famosos»? ¿Es que hay aquí algún vínculo que podría llevar hasta el origen paterno de Platón, Alejandro Magno, Rómulo y Remo, o Merlín? ¿Y si no eran ángeles caídos, sino ángeles obedientes? ¿Acaso hay aquí alguna forma de solución para el problema del versículo 3?: «Y dijo Yavé: "No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne. Ciento veinte años serán sus días."»

Si los ángeles, hijos de Dios, eran unos ángeles que no se habían rebelado contra Él —y ello es tanto más aceptable cuanto que los ángeles caídos fueron aprisionados en la oscuridad del abismo—, ¿habrían podido dar a sus descendientes, seres de carne, la inmortalidad que les pertenecía?

En la historia sumeria o babilonia no hay nada que indique la posibilidad de la inmortalidad de un descendiente de un dios y una mujer. Gilgamesh, el gran ejemplo del héroe de dicha descendencia, no era inmortal. Tampoco hallamos en su epopeya ningún dato sobre su edad. Pero pudo haber sido el prototipo de los héroes del Génesis, VI, 4. Ellos formaron parte, por tanto, de la más antigua tradición judía. Pero en toda la historia que abarca el Génesis —la historia prediluviana y la historia de los patriarcas—, no encontramos nada sobre héroes, sobre hombres famosos en el sentido heroico. Se podría decir que el Génesis es más bien lo contrario, la historia de la corrupción de la Humanidad, primero antes del Diluvio, y luego después que el germen de una generación nueva, en el arca de Noé, comenzó a crecer y a repoblar la Tierra.

El Génesis no tiene nada de poema épico. Los héroes aparecen sólo en el Éxodo, y sobre todo en el Deuteronomio y el libro de Josué. Es decir, en el mismo período que describe el poema épico que lleva el nombre de *Ilíada*, el período de los héroes griegos, muchos de los cuales (como Hércules, Teseo, Perseo, Pólux, etc.), tenían como padre a un dios, y como madre a una mortal, o lo contrario. ¿Acaso en algún momento, entre finales del siglo XIII a. de J. C. —durante o poco después de las heroicas acciones de la conquista de Canaán, comenzada en el 1220— y el siglo IX, época en que fue escrito el Génesis, la influencia griega hizo aparecer los héroes en el versículo 4 del capítulo VI del Génesis?

Juzgado en función de nuestro conocimiento actual de tales períodos, parece imposible dar una respuesta concreta a esta pregunta. No obstante, echemos una mirada a estos héroes y a sus padres íncubos, o sus madres súcubos, ya que, en el Occidente cristiano, muchos íncubos y súcubos tienen cierta relación con los de la antigua Grecia.

III. DIOSES E HIJAS DE LOS HOMBRES, DIOSAS E HIJOS DE LOS HOMBRES

El paso de los hijos de Dios, que se unían con las hijas de los hombres, a los dioses y diosas griegos —y también a otros dioses y diosas inclinados también a la unión con miembros del género humano—, no es tan grande si salimos de la definición de los términos íncubo y súcubo: espíritus que, en forma humana o en otra forma, conveniente a su intención, buscan y realizan la unión sexual con un ser humano. En general, el súcubo busca en esta unión la posición que indica su nombre, y el íncubo —del latín *incubare* (estar acostado encima)— también; pero, teniendo en cuenta los extraños caminos por los que marcha la imaginación del hombre y la mujer, y por ello también su imaginación sexual, no hay duda de que los íncubos y los súcubos tienen también una gran facultad de adaptación a los deseos secretos, a menudo más o menos inconscientes, de sus compañeros humanos, tal como se ha establecido claramente en muchos protocolos de interrogatorios de brujos y brujas y en las actas de los procesos contra ellos —aproximadamente desde mediados del siglo XIII hasta finales del XVIII—, en los que las víctimas han dado una imagen viva de la fantasía sexual de sus amantes demoníacos.

Por otra parte, el término demonio deriva de la palabra griega *daimon*, voz que significaba originalmente sólo espíritu, divinidad, sin un carácter maligno. Los dioses y las diosas griegos no tenían, en lo que concierne a este respecto, nada en común con Lilitu. Por el contrario, la mitología griega aporta una imagen —de un pronunciado antropomorfismo— de la búsqueda del placer del amor, un placer muy variado, tanto en lo que atañe a los compañeros, como a las maneras de alcanzar el objetivo de ese juego.

Si el contacto nocturno con Lilitu-Lilit no hubiera dejado tan amargos sabores de boca, se podría decir que hacía lo posible por satisfacer los más profundos y secretos deseos sexuales de los hombres. Los dioses y diosas griegos, que tenían mucha menos afición a los enredos dramáticos, y a menudo sangrientos, de sus colegas del panteón babilonio-asirio, prestaban mucho más interés a la buena vida, con las delicias de la voluptuosidad, realizando de esta forma los sueños de los hombres que no tenían los medios económicos para satisfacerlos por sí mismos.

Hesíodo, el gran poeta griego del siglo VIII antes de nuestra Era, nos da, en su *Teogonía*, una enumeración de los amores del dios supremo, Zeus, con mujeres mortales, entre ellas, Alcmene, la esposa de Anfitrión, rey de Tirinto, la cual concibió de él a Hércules, sin —por otra parte— saberlo ella, ya que Zeus había adoptado los rasgos de su marido. Níobe, hija de Tántalo, rey de Lidia, y mujer de Anfión, rey de Tebas, tuvo de Zeus a Argos. Epafos era hijo del dios supremo con Io, sacerdotisa de Hera. Dánae, hija del rey de Argos, concibió a Perseo, después que Zeus llegara a ella en forma de una lluvia de oro. Europa, a la que raptó, tras haberse transformado en toro, le dio cuatro hijos: Minos, que se convirtió en rey de Creta; Eaque, Radamante y Sarpedión. Por último, Leda, mujer de Tíndaro, rey de Esparta, se convirtió en la madre de Cástor y Pólux después que Zeus la visitara en forma de cisne.

El porqué de todas estas uniones sigue siendo uno de los misterios de la mitología griega.

Afrodita concibió a un hijo, Eneas, de su unión con Anquises, el más bello de los troyanos. Apolo, el más hermoso de los dioses, tuvo muchos hijos con ninfas y mujeres mortales. Ares, dios de la guerra, hijo de Zeus y Hera, amó también a varias mortales, especialmente a Aeropé, de la que tuvo un hijo. Hermes, hijo de Zeus y Maya, había tenido muchas relaciones amorosas con mortales. Y, según una tradición, Penélope, antes de convertirse en la mujer de Ulises, tuvo relación carnal con Hermes, y de esta unión nació el dios Pan, protector de los pastores, alque se representaba en forma medio humana, medio animal, y que perseguía con insistencia a las ninfas, a las muchachas e incluso a los muchachos. En compañía de algunos sátiros y de Silene, Pan formaba parte del cortejo de Dionisos. El nombre de Pan ha dado lugar a controversias etimológicas. Según otra versión, era hijo de Zeus y una ninfa, o bien de Urano y Gea, o también, según la tradición más extendida, de Hermes y la ninfa Driope. Símbolo de la Naturaleza, se le atribuía un aspecto análogo al de los sátiros: cabeza con cuernos, patas velludas, pie de cabra.

Los sátiros, genios de los bosques, eran feos, con una gruesa nariz, orejas puntiagudas, cuerpo de macho cabrío con cola y pies hendidos. Tenían un carácter bestial, y se emborrachaban gustosamente.

Los egipanes, bastante parecidos a los sátiros, eran genios agrestes como ellos. Entre los romanos, los faunos y los silfos de que habla San Agustín correspondían a los egipanes y los sátiros de los griegos. Igual que hizo con los dioses, el cristianismo los transformó en demonios, llenos de la más elemental lascivia. Volveremos a encontrarlos como íncubos, participando en los *sabbats*.

En lo que concierne a los héroes griegos, sus leyendas —que tienen siempre un elemento maravilloso y algo de so-

brenatural— pertenecen a la Mitología, debido asimismo al hecho que no están sometidos a todas las contingencias humanas. Para Homero, los héroes eran también hombres, que se distinguían del hombre común por su fuerza y su coraje. Según Hesíodo, los héroes habrían vivido en una época en que los dioses y los hombres tenían frecuentes relaciones y eran seres, de apariencia humana, nacidos de la unión de una divinidad con un mortal o una mortal. Por tanto, sin dejar de ser ellos mismos, estaban sometidos al tiempo y a la muerte, seres medio humanos, medio divinos, por su ascendencia. Seres que —aunque de carne y, por tanto, mortales— eran en parte sobrenaturales, una forma, podría decirse, de superhombres.

En Hércules, esta naturaleza divina es la más evidente. Como la mayoría de los héroes, era objeto de un culto, y no, como en la mayor parte de los casos, limitado a una región particular, sino extendido por toda Grecia.

Hércules; Teseo, el héroe de Atenas; Perseo, el gran héroe de Argos; Belerofonte, el héroe de Corinto; los héroes de la antigüedad, esos hombres famosos. No tienen igual ni siquiera en la historia de la conquista de Canaán por los israelitas, en donde los héroes eran hombres corrientes, empujados por el espíritu de Moisés y el talento militar de Josué. Pero, entre 1200 y 850, la tradición pudo transformarlos en héroes semejantes a los griegos, y pudo referirlos a épocas remotas, cuando los hijos de Dios se unían con las hijas de los hombres.

Y no sería la primera vez que la tradición originara semejante transición. ¿También aquí con el fin de dar el verdadero sentido a las palabras de Yavé?

SEGUNDA PARTE

LOS ÍNCUBOS Y LOS SÚCUBOS VISITAN A LOS ERMITAÑOS Y A LAS MONJAS

Los demonios son animales etéricos, porque participan de la naturaleza de los cuerpos etéricos.

SAN AGUSTÍN, *Epístola 115 a Hebridius.*

... un gigante monstruoso cuya cabeza llegó a las nubes.

SAN ANTONIO, 251-356: *de una de sus descripciones de Satán.*

Los ángeles se apareaban con las mujeres, y de esas uniones salían demonios. Tales demonios introdujeron el mal en el espíritu de los hombres, no sólo la voluptuosidad, sino también el asesinato, la guerra y todos los demás vicios.

SAN JUSTINO MÁRTIR (105-165), *Apología de la religión cristiana.*

I. LOS SUBORDINADOS LÚBRICOS DE SATÁN

Ninguna persona de mente sana puede eludir el reconocimiento de que el mal opera continuamente en el mundo, que siempre hay gentes que cometen el mal por amor al mal. La historia de la Humanidad es también la historia de la lucha entre el bien y el mal. Y no existe cultura, no ha existido ninguna cultura, en la que el hombre no haya personificado el mal, pues para la mente humana la tensión causada por amenazas de una o de algunas fuerzas totalmente desconocidas, es mucho más difícil de soportar, mucho más destructiva para su necesaria armonía interior, que las amenazas que, de alguna manera, son al menos, parcialmente reconocibles. Por ello, en todas las culturas ha habido personificaciones del mal, espíritus malvados, bien en forma de divinidades, bien en formas más «comprensibles» que las divinidades, más imaginables, como los espíritus de los muertos que no han podido encontrar un lugar de reposo y vagan por la Tierra, buscando hacer el mal como venganza por su suerte; o como los demonios en todas sus formas, organizados con frecuencia en jerarquías, con príncipes y princesas, o solitarios como los *djins* de los árabes, las larvas de los romanos, los lemures de los etruscos, que se instalaron también en Roma, como los egipanes y los

sátiros de Grecia, los *gholes* o *goules* de la tradición rabínica, espectros que devoran los corazones de los cuerpos o se alimentan de sangre humana, y muchísimos más, gran número de los cuales se encuentran aún en las tradiciones regionales.

En nuestra cultura cristiana son los demonios pertenecientes a las legiones infernales de Satán, el cual se dedica infatigablemente a eliminar y destruir el bien y a sembrar el mal. No es sólo el enemigo de Dios; lo es, principalmente, del hombre. Y cada vez que convence a una persona de que sus caminos son los que más convienen a sus intereses, gana otro asalto en ese gran juego de ajedrez en el cual el ser humano no parece tener más libertad que elegir entre el bien y el mal, sin poder cambiar, por sus propias fuerzas, el curso de los acontecimientos, que son como una corriente contra la que él no puede nadar.

Y nada hay que subraye mejor la amplitud de la operación de las legiones de Satán que el último versículo del Padrenuestro:

«Y no nos dejes caer en la tentación,
más líbranos del mal.»

Contrariamente al Antiguo, el Nuevo Testamento se ocupa ampliamente de Satán, sus demonios y sus acciones. La enorme importancia de la personificación del Mal se demuestra directamente, tras el bautismo de Jesús por Juan Bautista y el descenso del Espíritu Santo, en forma de paloma, sobre Él: nos referimos a la tentación por el diablo en el desierto. Únicamente después de haber soportado esta prueba, Jesús se pone a predicar, a enseñar y a curar, no sólo enfermos, sino también endemoniados.

En ningún capítulo del Antiguo Testamento se habla de endemoniados, y tampoco, por lo tanto, de exorcismo. Pero el exorcismo es un arma potencial de Jesús en la lucha con Satán y sus hordas. De los tres primeros evangelios se desprende la fuerte impresión de que Jesús es consciente por completo

de que su principal tarea es destruir a Satán, su obra y su poder, y el Evangelio de San Juan y el Apocalipsis lo confirman enteramente.

En el Antiguo Testamento, Yavé es el único adversario del Mal, el cual ha ganado la primera batalla seduciendo a Eva, y a través de ella, a Adán, provocando su caída. Pero el propio Yavé no ataca nunca directamente el Mal. Jesús, en cambio, tras su victoria en el desierto, no deja de atacarlo. Y parece como si los tres años de su verdadera tarea sobre la Tierra sean la preparación para la lucha final, descrita en el Apocalipsis, que terminará con su victoria definitiva.

Sólo el Nuevo Testamento da una idea bastante clara de lo esencial de los ángeles caídos, como en la epístola de San Judas, versículo 6:

«...y cómo a los ángeles que no guardaron su principado y abandonaron su propio domicilio, los reservó con vínculos eternos, bajo tinieblas para el juicio del gran día.»

Y en las epístolas de San Pablo encontramos su convicción de que los ángeles moraban en las esferas más elevadas, y Satán y los demonios, en las más bajas.

Todo ello es prueba de que Jesús estaba convencido de la existencia auténtica del reino del mal, gobernado por Satán, que en el Nuevo Testamento ostenta asimismo el nombre de Belcebú.

Pero en ningún lugar del Nuevo Testamento hallamos indicación alguna de las acciones de demonios como íncubos o súcubos. Los demonios contra los que luchan Jesús y sus discípulos —quienes han recibido de Él el poder de exorcizarlos cuando se han apoderado de una persona— se ocupan sobre todo de esta forma de trastornar la mente de sus víctimas, o las tientan a abandonarse a toda forma de mal, e igualmente

a las disipaciones, pero en estos últimos casos no toman parte ellos mismos. Tampoco aparecen indicaciones de que los brujos y las brujas colaboraran con los demonios, aunque, sin duda, tales prácticas —que desde el comienzo de la Historia existían en Sumer y Babilonia, y que estaban también difundidas en Grecia y en casi todas las regiones del Imperio romano— no fueron totalmente desconocidas en Palestina en el siglo I de nuestra Era.

El motivo de esta omisión sigue siendo un problema insoluble, pero es cierto que, en el siglo II, los subordinados de Satán demostraron que, según su naturaleza, son auténticos demonios lúbricos, pues aparecen ya en las cartas de San Ignacio (50-115), obispo de Antioquía, llamado también Teóforos (*Luz de Dios*), a contemporáneos suyos, como Policarpo, obispo de Esmirna, en tanto que San Justino mártir, como hemos visto, se ocupó, sobre todo en su *Diálogos*, del nacimiento de demonios, descendientes de la cópula de ángeles con mujeres.

Por otra parte, también en otro terreno los demonios eran ya diligentes en este primer período de la cristiandad: sembraban la discordia entre las filas de cristianos, alineándose a corrientes que pronto eran rechazadas por los verdaderos fieles de Cristo como herejías: los gnósticos, que ya en el año 60 de nuestra Era sostenían que el conocimiento, en lugar de la fe, era la clave de la salvación del alma, golpe maestro en la lucha contra los fieles de Jesús, cuyos efectos son todavía perceptibles en nuestra sociedad occidental; las herejías frigias, como la de Montano, de Teodoto, de Temiso y tantos otros; los ebionitas, que negaban la divinidad de Jesús; los adopcionistas, quienes sostenían que Jesús era hijo de Dios sólo por adopción; y, sobre todo, los maniqueos, los adeptos de Mani, o Manes, o Maniqueo (215-275), filósofo persa que recogía la base de la antigua religión de los persas, el mazdeísmo, y del que Eusebio (265-340), padre de la historia religiosa, dice en su *Historia de la Iglesia*:

«Mientras tanto, el maníaco, cuyo mismo nombre es un reflejo de su herejía, inspirado por el demonio, estaba armándose con el trastorno mental, porque el demonio, el adversario de Dios, el propio Satán, lo había empujado a causar la ruina de gran número de almas. Un bárbaro en su manera de vivir, como lo demostraban sus palabras y su comportamiento, y de naturaleza maníaca y demoníaca, actuaba como tal, y trató de hablar como Cristo; en cierta ocasión, incluso, se presentó como el Paráclito, el propio Espíritu Santo, demostrando que no sólo era un maníaco, sino también un fanfarrón; otro día imitó a Cristo, y eligió a doce discípulos como compañeros de sus locas ideas. Combinando doctrinas falsas y blasfemas con gran número de herejías, tiempo ha extinguidas, fabricó un mamarracho, trayendo de Persia un veneno mortal con el que infectó nuestro propio mundo. De él procede el nombre impío de maniqueo, que se sigue usando.»

Debido a que, en la fase de la historia de la Europa Occidental —en la que los íncubos y los súcubos podían alimentarse de los desenfrenos con hombres y mujeres, desde el siglo XII hasta mediados del XVIII—, el táctico Satán jugaba sobre todo su baza, llamada maniqueísmo, hemos de insistir aquí sobre los fundamentos de esta herejía, como, por lo demás, también sobre el gnosticismo, que desempeñó un importante papel en esos siglos, y que todavía existe.

El mazdeísmo es la antigua religión de los iranios. Probablemente tiene el mismo origen que la religión de los indoarios, pueblos seminómadas de las estepas asiáticas, cuyos libros sagrados y tradiciones muestran un culto común: la deificación de las fuerzas naturales, el culto al fuego y, sobre todo, la importancia de los sacrificios.

El nombre mazdeísmo procede de *mazdao*, que significa luminoso, omnisciente, epíteto que acompaña al nombre del «gran dios» Ahura, Señor de los señores. Más tarde, en algún momento del siglo VII antes de nuestra Era, esta religión fue organizada y definida entre los medas por Zoroastro, o Zaratustra, quien estableció un clero, llamado el «colegio de los magos», y expuso los grandes acontecimientos de su vida y su doctrina en las Escrituras Santas del zoroastrismo, el *Avesta*. Dicha doctrina es profundamente dualista, ya que distingue entre Ahura-Mazda —que, bajo los sasánidas, dinastía persa del 226 al 651 d. de J. C., se convirtió en Ormuz—, el dios creador, el dios bueno, y Ahura-Many o Arimán, el espíritu del Mal, cuyos hijos, los devas, son espíritus malignos.

Ambos dioses están continuamente en lucha, hasta el triunfo final del Bien. Ahura-Mazda es un dios inaccesible al hombre, y se manifiesta sólo a través de entidades que no son más que aspectos de la luz.

Hay también divinidades inferiores y ángeles. El alma del hombre es inmortal, pero debe ser juzgada según sus méritos ante un tribunal severo, que distribuye equitativamente penas o recompensas; las penas se han de cumplir en el infierno de las torturas y el premio es la felicidad en la eterna luz.

El hombre se halla aquí constantemente dividido por las influencias divergentes del Bien y del Mal, pero está dotado de libertad para elegir entre dos, y puede, por tanto, contribuir al triunfo del Bien mediante una vida virtuosa.

Manes, el filósofo persa, vivió, al parecer, a comienzos del siglo III de nuestra Era, entre sectas baptistas. Tuvo visiones y revelaciones que lo llevaron a proclamar sus doctrinas. Realizó viajes al Asia Central, India y Persia, donde fue bien acogido por el rey Shapur I. Pero al regresar a Susania sufrió la hostilidad de los adoradores del fuego, fue arrestado y encarcelado, y sucumbió en la prisión. Esta «pasión» de Manes se convirtió para sus discípulos en un ascenso hacia la iluminación.

Manes pensaba fundar una religión universal, englobando todas las religiones anteriores y contemporáneas de su tiempo, tal como él mismo explicó en muchas obras. Dicha religión, el maniqueísmo, constituía un sincretismo del mazdeísmo, el cristianismo y el budismo, con algunos rasgos gnósticos. Lo esencial de su doctrina era el dualismo, la lucha entre el Bien y el Mal, del reino de la luz con el de las tinieblas, del espíritu contra la materia.

El hombre es aquí la creación de un demiurgo maligno, y las almas son fragmentos de luz encerradas en la materia carnal. Dicha materia carnal es la expresión del mal original, del que las almas deben tratar de liberarse. Sólo la gnosis, el «conocimiento real», puede aportar la iluminación. La vía de esta liberación del alma debe ser obtenida por ascesis y por la práctica de las virtudes.

La sociedad está dividida en dos grupos: de un lado, los perfectos, o elegidos, que renuncian al mundo y buscan el ideal de la salvación; de otro, los imperfectos o auditores, cuya tarea principal es servir a los perfectos, garantizar su vida ordinaria, pero siempre de una manera pura y recta, regulada por un ritual de penitencia, en el que los castigos son el ayuno y la confesión.

El maniqueísmo poseía un clero bien jerarquizado, con un jefe, doce apóstoles y numerosos obispos. Y, aunque fue rigurosamente combatido por las autoridades cristianas, pudo sobrevivir hasta el siglo X. De gran importancia en lo que concierne a este libro, es que influyó e impregnó fuertemente gran número de sectas de la Edad Media, en primer lugar (durante el siglo VII), a los paulicianos, y más tarde, a los bogomiles, los patarines, los euquetas y los cátaros, de los que trataremos más adelante.

El gnosticismo, una extraña mezcla de creencias, cuyos partidarios pretendían poseer un conocimiento absoluto, que lo abarca todo y trasciende la naturaleza y los atributos de Dios, fue el principal rival del cristianismo ortodoxo durante los primeros siglos de su existencia. Su tesis esencial era la de que la creación de la materia pertenecía al mal y que el alma humana estaba aprisionada en ella durante su vida terrestre. El único medio de escapar a la degradación de la materia —como principio del Mal, porque el Mal es cósmico— era el conocimiento absoluto. Cuando éste es logrado, gracias más bien a la intuición que al razonamiento, lleva a una iluminación salvadora.

Y como el gnosticismo despreciaba la materia, no atribuía ninguna importancia al pecado.

El dualismo del gnosticismo se revelaba en su razonamiento de que el verdadero Dios no podía haber creado algo tan despreciable como el mundo material. Su Dios era una figura abstracta, la personificación de la verdad absoluta y de la luz, y reinaba en un reino celeste invisible. El ser más inferior en dicho reino era una mujer, Sofía —la palabra griega para designar la sabiduría—, que ofendió al ser supremo engendrando un hijo sin la intervención del hombre. Ese hijo, Yaldabaoth, un dios malo, creó el mundo material.

Esta visión pesimista fue ciertamente un reflejo del sentimiento de desesperanza y derrotismo que desde el siglo III antes de nuestra Era se había extendido por el mundo en torno al Mediterráneo. La conquista del antiguo mundo del Próximo Oriente por Alejandro Magno había perturbado profundamente muchas de las antiguas relaciones, y su repentina muerte traía aún más incertidumbres e inquietudes. La degeneración cultural y política de Grecia, comenzada ya antes de la supremacía de Filipo II de Macedonia, a causa de la ruinosa guerra del Peloponeso, se aceleraba aún más. El desaliento de Roma por las dos primeras guerras púnicas y por la guerra civil habían dejado huellas profundas en el espíritu humano, que el

Imperio romano no había logrado borrar con todas sus riquezas, con todo su materialismo. Persistían las perturbaciones y agitaciones espirituales. Prueba de ello era la propagación tan rápida del culto a Mitra en todo el Imperio, a comienzos de la Era cristiana, un culto que, pese a contener tendencias monoteístas y soteriológicas —la soteriología es la doctrina de la salvación— poseía demasiados elementos de otro tipo para no ser hostil al cristianismo.

Por otra parte, el Imperio romano era su mayor adversario. Las numerosísimas conversiones, poco tiempo después de la muerte de Jesús, inquietaron al Gobierno de Roma. Aunque era muy tolerante en lo que concierne a los cultos orientales, no podía mantener dicha actitud hacia una religión que se negaba a rendir culto al emperador. Éste fue el comienzo de dos siglos de persecuciones, un período lleno de las tensiones angustiosas que son el destino de aquellos que han despertado la furia de las autoridades. Satán debe de haber visto en semejante situación una buena oportunidad para aumentar las penas de sus enemigos, dando a los demonios la orden de seguir contra los cristianos, especialmente contra sus jefes, la táctica de la seducción sexual, adoptando su disfraz de íncubos y de súcubos.

II. LA ATRACCIÓN DEL DESIERTO PARA ERMITAÑOS Y DEMONIOS

La tradición pretende que durante el proceso a San Justino mártir, en el que fue condenado a muerte por decapitación, dijo al emperador Marco Aurelio que todas las divinidades, con la sola excepción del verdadero Dios de los cristianos, eran demonios.

Ésta no era una idea nueva. Hallamos sus gérmenes ya en Israel, en diversas advertencias de los profetas relativas a los peligros de la adoración de otros dioses que no fueran Yavé. Marco Aurelio, famoso por su sabiduría —enteramente estoica, vertida en su *Pensamientos*— y su moderación, conocía, probablemente al menos, una parte de la obra de Justino —éste le hizo llegar, tras haber abierto en Roma la primera escuela cristiana, una copia de *Una segunda defensa de nuestra fe*— y no pudo indultarlo si la tradición es en este caso la verdadera imagen de la realidad. Pues, aunque la deificación de los emperadores ya no se practicaba, el culto a Augusto seguía existiendo. Y como en la tradición hay muchas veces gran parte de verdad, no queda totalmente excluido que esas palabras de Justino, siendo seguramente la proclamación de una convicción viva entre los cristianos, no sólo influyeran la actitud de

Marco Aurelio hacia ellos —durante su reinado se produjeron, después del martirio de Justino, otros varios—, sino que fueran también una de las causas del recrudecimiento de la persecución que duraría más de cien años, y se convertiría, bajo el reinado del emperador Decio, en sistemática y general para todo el Imperio, alcanzando el máximo de su violencia con Diocleciano, entre los años 284 y 305.

Es preciso considerar estos hechos en el contexto pagano del Imperio. En el siglo III y primera mitad del IV, todavía se celebraban en Roma más de ciento cincuenta ceremonias religiosas y fiestas paganas al año que, con mucha frecuencia, eran también motivo para todo tipo de desenfreno. La acritud de las advertencias y protestas de muchos cristianos, sacerdotes y laicos renombrados, eran como verter aceite en el fuego del odio de sus adversarios, sobre todo de los situados en lugares destacados.

Resulta comprensible que muchos espíritus menos valerosos, aunque permaneciendo fieles a la fe, buscaran, ya durante las persecuciones decretadas por Nerón y Domiciano, en el siglo I de nuestra Era, un refugio en lugares aislados, sobre todo, aquellos que buscaban la espiritualidad. En los tres siglos siguientes, su número se incrementó grandemente. A algunos de estos ermitaños se les atribuyó la santidad, siendo llamados los «Padres del desierto». El primero de ellos fue San Pablo, de Tebas, en el Alto Egipto, conocido, sobre todo, por la obra de San Jerónimo *Vida de Pablo, el primer eremita*, escrita entre el 374 y el 378.

De nuevo es Jerónimo quien aporta la historia del primer encuentro entre el abad Antonio —que fue canonizado, y que es conocido especialmente por el gran número de tentaciones a que lo sometieron los demonios, sobre todo súcubos, cuando hubo seguido el ejemplo de Pablo— y este último.

> «Después de caminar durante varios días, encontró a un centauro y le preguntó dónde podía encontrar la morada del ermitaño. El centauro, farfullando al viajero algunas palabras casi incomprensibles o ininteligibles, indicó una dirección con su brazo extendido y huyó al galope hacia un bosque, donde desapareció. Antonio prosiguió su camino en la dirección indicada, y encontró, al atravesar una llanura de arena, a un hombrecillo, casi un enano, con manos como garras, frente baja provista de cuernos y extremidades inferiores peludas, cuyos extremos eran pies de cabra.
>
> Ante semejante visión, Antonio, que conocía las cosas de Satán y temiendo que aquel hombrecillo fuera un demonio, se infundió valor a sí mismo santiguándose con grandes movimientos. Pero en lugar de salir como un rayo, tal como hacen los demonios cuando una persona, atacada por ellos, hace el signo de la cruz, el hombrecillo se acercó a él y le tendió, como si se tratara de una oferta de paz, algunos dátiles para refrescarse.
>
> Antonio le preguntó quién era, y él respondió: "Soy un mortal, uno de los habitantes del desierto, que los paganos, incurriendo en uno de sus numerosos errores, adoran con el nombre de faunos, o sátiros, o íncubos. He partido en una misión para mi pueblo: os pedimos que queráis orar por nosotros a Dios, del que sabemos que ha llegado para salvar al mundo, y cuyas alabanzas cantan en todas partes."
>
> Regocijándose profundamente de la gloria de Cristo, Antonio volvió su cabeza hacia Alejandría, y golpeando con su bastón en el suelo, gritó: "¡Desgracia para ti, ciudad prostituida, que adoras a los animales como si fueran dioses!"»

Este texto prueba cuán cerca se estaba aún, en los siglos III y IV, de la mitología griega. Y existe otra historia, en la tradición de este período, que constituye también una prueba.

Se trata en ella de un joven cristiano que había tenido

durante mucho tiempo relación íntima con una hermosa joven, la cual, finalmente, le propuso casarse. Porque se sentía ligado a ella, y sobre todo porque la muchacha había satisfecho siempre todos sus deseos sexuales, consintió. Pero cierto filósofo que estaba invitado al banquete de bodas notó en seguida que había algo raro en la muchacha, y advirtió al joven que se trataba de un súcubo. Tras ello, la recién casada desapareció, emitiendo un rugido inhumano.

Una historia bastante parecida encontramos en el libro *Vida de Apolonio de Tiana,* escrita hacia el año 220 por el autor romano Filostrato, según —como él mismo declara— anotaciones de un tal Damis, de Nínive, que habría sido testigo ocular de los acontecimientos de la vida de Apolonio de Tiana, descritos en dicho libro. El escenario no es Alejandría, sino Corinto, en donde una hermosa mujer encuentra a un joven extranjero y lo invita a su casa, ricamente amueblada. Ella desea una relación, y él acepta tras alguna vacilación, de la misma forma que acepta, poco tiempo después, el matrimonio que ella le propone. Apolonio de Tiana, invitado a la boda, descubre su verdadera naturaleza de lamia, cierto tipo de súcubo —desde 1400, se denomina lamias a los demonios disfrazados de viejas que roban niños para asarlos—, y resiste a sus súplicas para que no la traicione. Tras su negativa, ella desaparece, así como también la casa y todo lo que había en ella, en el mismo momento de su negativa.

Caben pocas dudas de que Filostrato utilizó en este caso una de las numerosas historias sobre brujos y espíritus malignos de la antigua Grecia. Pero, sea lo que fuere, los escritos de San Jerónimo; de su contemporáneo, el hermano Rufino; de San Hilarión, discípulo de San Antonio; de San Hilario, que fue Papa desde el 461 al 468; de Sulpicio Severo, discípulo y biógrafo de San Martín, el cual era discípulo de San Hilarión, y otros de menor importancia, han descrito la imagen de las tentaciones de los ermitaños en el desierto: muchachas desnudas de gran belleza, de gestos y lenguaje lascivos, invitando a

los excesos más voluptuosos, a veces incluso de una gran brutalidad, como lo son a menudo las prostitutas que se ofrecen en la calle, y todo, para minar la sólida virtud de los servidores de Dios y de Cristo.

San Antonio tuvo una vez incluso la visita de un demonio que, durante la noche, y sin que el ermitaño lo hubiese oído, cubrió las paredes de su ermita con dibujos y pinturas pornográficos. Cuando, con la salida del Sol, se despertó el ermitaño, se vio rodeado de las peores escenas de relajación moral, que no desaparecieron hasta que hubo rociado con agua bendita las cuatro paredes.

En general, las tentaciones diabólicas fracasaban contra la fuerte convicción y sólido dominio de sí mismos de los sometidos a asedio, pero había algunos casos en los que los demonios lograban la victoria. El hermano Rufino, teólogo y autor, cuenta el caso de un ermitaño que había empezado a alimentar un gran orgullo por su piedad. Semejante debilidad fue descubierta por un demonio, que se le acercó en forma de una mujer muy bella, la cual le dijo que se había extraviado en el desierto y le preguntó si podía pasar la noche en su cabaña, pues tenía miedo de los animales salvajes. El orgullo que sentía por su piedad ya había vuelto obtusa su agudeza mental, por lo que la hizo entrar. Pronto empezó con sus seducciones, haciéndole caer. Sin embargo, al tratar de realizar el acto sexual, la mujer desapareció con una risa insultante, e inmediatamente después el eremita fue rodeado por toda una horda de demonios, que lo arrastraron a una orgía. El ermitaño abandonó su vida religiosa, volvió al mundo y sucumbió a los vicios sexuales, convirtiéndose en un esclavo de Satán.

El hermano Rufino cuenta que San Macario (301-392), llamado *el Egipcio*, que había seguido también el ejemplo de San Pablo, el primer ermitaño, fue testigo ocular del hecho de que, durante una reunión de ermitaños, éstos se vieron rodeados de

pronto por demonios voladores, negros como etíopes, que les gritaban proposiciones indecentes.

Pero, en general, sus tentaciones eran más seductoras y prometedoras, ya directamente —acercándose en forma de hermosas mujeres, jóvenes muchas veces, pero en ocasiones también de edad madura, adaptándose aparentemente a los gustos inconscientes de aquellos que habían elegido como objeto de su actividad—, ya indirectamente, como lo había experimentado también San Antonio.

Cierto día —cuenta San Jerónimo—, San Antonio recibió la visita de un monje, quien le relató su experiencia con un demonio que le había prometido enviarle tantas prostitutas como quisiera, y que él garantizaba que eran verdaderas maestras en el juego del amor. Cuando el visitante empezó a entrar en detalles, San Antonio comenzó a desconfiar e interrumpió al otro diciendo que antes de proseguir sería mejor rogar a Dios que aumentara su fuerza para resistir semejantes actos diabólicos. Y, poniéndose de rodillas, hizo la señal de la cruz. Al punto, el monje desapareció, dejando tras de sí un olor fétido.

Por otra parte, no sólo San Antonio recibía promesas de toda clase de desenfrenos, sino que también San Benito de Nursia (480-547), fundador del monasterio de Montecassino y de la Orden de los benedictinos —que ha contado entre sus miembros a gran número de sabios que, como los únicos eruditos verdaderos de la Edad Media, conservaron para la posteridad la mayor parte de las obras maestras de la literatura griega y latina— tuvo esta misma experiencia, así como San Martín (316-397), discípulo de San Hilario y fundador del primer monasterio de Francia, en Ligugé, cerca de Poitiers. Tampo San Victoriano, su contemporáneo, escapó a semejantes ataques. La tradición afirma que sucumbió una sola vez, aunque aparentemente sin el efecto final que perseguía Satán.

San Jerónimo —Hieronymus significa «que posee un nombre sagrado», del griego *hiero* (sagrado) y *onyma* (nombre)—, biógrafo de San Antonio y cuyas experiencias con los demonios tentadores, como el de San Antonio, han dado motivos, a un gran número de célebres pintores, desde el siglo XIII al XVIII, para cuadros impresionantes —que representan las seducciones sexuales a las que estaban expuestos, bien en el desierto o, como ocurría con frecuencia cuando Jerónimo era la víctima, en su mesa de trabajo— era un hombre de enorme erudición. Nacido en Estridón, Dalmacia, cursó sus estudios en Roma, visitó a Gregorio Nacianceno en Constantinopla, donde dicho teólogo tenía gran renombre, Padre de la Iglesia griega, obispo de la nueva capital del Imperio romano, y le confió los trabajos de exégesis concernientes a su traducción de la Biblia del hebreo al latín: la *Vulgata*. Dejó una inmensa obra de traducciones, de historia de la Iglesia, de cartas y discusiones y de sermones, todos ellos escritos brillantemente.

Tras haber sido ordenado sacerdote en Roma, San Jerónimo pasó tres años en el desierto de Siria como ermitaño, aspirando al ideal del ascetismo. Era un apasionado partidario de la virginidad, tanto del hombre como de la mujer. Para él, el matrimonio no sólo era una alternativa secundaria, sino que sostenía que el marido que ama a su mujer con exceso, sobre todo arrastrándola al amor físico, era un adúltero. Todo ello se manifestaba también en su acerba crítica de las costumbres libres de los paganos en todo el Imperio durante ese período, pese a que el cristianismo estaba reconocido como religión del Estado.

De vuelta a Roma tras su experiencia en el desierto —en donde, según él mismo y sus biógrafos, los demonios hicieron lo imposible por convencerle—, se encontró con su amigo, el hermano Rufino, convertido, a su vez, en un sabio importante, y con el que, posteriormente, habría de sostener espectaculares disputas sobre diferencias doctrinarias.

En Roma llegó a ser pronto el centro de un círculo de ricas

viudas cristianas y de sus hijas, a las que advertía constantemente contra la vida ligera de los paganos. Éstos, en venganza, propagaban historias escandalosas sobre sus relaciones con las viudas, de forma que hubo de abandonar la ciudad. Seguido de la viuda Paula y de su hija Eustoquia, se estableció en Belén, donde ayudó a Paula y a su hija a fundar un monasterio y convento para sí mismas.

La tradición pretende que, incluso en ese monasterio, los demonios no lo dejaban tranquilo, por más que deberían haber sabido que su perseverancia era en vano. Pero, aparentemente, no sólo muchas acciones humanas son incomprensibles; también Satán y sus legiones nos ofrecen gran número de cosas incomprensibles, de forma que ya San Juan Crisóstomo (344-407), *Boca de Oro*, Padre de la Iglesia de Oriente, patriarca de Constantinopla —y cuyas obras, sobre todo las homilías, están consideradas como monumentos entre las de los Padres de la Iglesia— se asombraba, porque había tantas personas que desearan seguir a Satán, que las envía al infierno, en lugar de a Cristo, que les promete el Paraíso.

Gran número de hombres preeminentes de la Iglesia, así como laicos, algunos de los cuales encontraremos más adelante, se han ocupado de tales problemas. Nosotros, disponiendo hoy de muchas más posibilidades de atacar a una parte de ellos, con la ayuda de multitud de datos procurados por las ciencias exactas y, sobre todo, con ayuda de la Psicología, nos sentimos inclinados a relegar todas esas historias de demonios —que tientan a los ermitaños en el desierto— al fenómeno de la alucinación sexual, causada por la represión intensiva de todos los deseos sexuales, de todo pensamiento de la mujer como objeto de deseo. Una represión que, durante el sueño, se venga en forma de fantasías de carácter sexual, procedentes de la imaginación, pero proyectadas al exterior. Conocemos un poco ese proceso psíquico de una percepción, tenida por persona despierta, de un objeto sensible que no existe en la realidad.

Sabemos que el niño normal, durante el período que transcurre entre los tres y los diez años de edad aproximadamente, la imagen eidética —nombre que se ha dado a esta forma de seudopercepción ocurrida en el estado de vigilia, según la palabra griega *eidos* (imagen), bien sea en sus formas elementales, como resplandores, o sonidos, o sensaciones de tacto, o sabores u olores, todos ellos borrosos, bien en formas más complejas y concretas, como personas, objetos, palabras, frases, etc.— desempeña con frecuencia un papel en su percepción y, a través de ella, en su íntima convicción de lo que le parece real.

Puede referirse a los cinco sentidos, lo cual depende a menudo de la agudeza predominante de uno o varios de ellos. Para el niño, tales percepciones son «realidades», y a ellas se debe con frecuencia el hecho de que el testimonio de un niño se base en tales «realidades».

El adulto normal no está totalmente libre de ellas. Sus sentidos pueden engañarlo también, pero en la mayor parte de los casos posee una capacidad de razonar bastante crítica, que lo lleva a la conclusión de que no puede haber observado lo que «cree» haber observado.

Pero cuando en el adulto es más pronunciada esta forma de «falsa» percepción, sabemos que puede ser, bien un efecto de una excitación patológica de los receptores sensoriales —que puede ser de índole física, como la migraña, capaz de trastornar las percepciones visuales; o una otitis, que puede perturbar las percepciones auditivas; o un tumor cerebral, o una afección difusa del sistema nervioso, debida a infecciones o intoxicaciones, así al abuso del alcohol, o causada por otras materias tóxicas—, o bien esta excitación patológica puede ser de naturaleza psíquica, como fuertes tensiones afectivas o de otro tipo, o también el síntoma de alguna enfermedad mental, sobre todo, en el caso del delirio crónico con alucinaciones.

En cualquier caso, toda alucinación es una composición

de elementos eidéticos. Y parece —pues no lo sabemos con exactitud; por lo demás, sólo sabemos muy poco de los procesos psíquicos, normales y anormales— que las alucinaciones están ligadas a algún trastorno de la conciencia y al mecanismo psicológico de la proyección. Es decir, que la persona que sufre alucinaciones proyecta sus sentimientos al mundo exterior en forma de percepción, lo cual quiere decir que actualiza algunos de sus pensamientos latentes en forma de percepciones visuales, auditivas, táctiles, olfatorias o gustatorias, o bien en combinaciones de dos o varias de ellas.

Sabemos que la proyección es un mecanismo psicofisiológico de defensa del ego, que consiste en la atribución inconsciente a otros —y, más generalmente, a percibir en el mundo exterior— de sus propias pulsiones, de sus propios conflictos interiores. De esta forma podemos, inconscientemente, liberarnos de las tensiones que se han hecho demasiado grandes.

El mecanismo de proyección está muy extendido entre los individuos normales, provocando, en el mismo momento en que opera, falsas impresiones, ciertos errores de juicio, de valoración, tanto en la relación afectiva con una como con varias personas, pero que en la mayor parte de los casos son prontamente corregidas por el sentido de autocrítica, que pertenece también a la estructura psíquica del individuo normal.

Sabemos también que la inhibición o rechazo, ya como proceso patológico inconsciente, ya como proceso consciente —en este último caso se habla de represión— pertenece a la defensa del ego, proceso mediante el cual, todo lo que está en desacuerdo con la estructura de la personalidad es mantenido, en la medida de lo posible, fuera del campo de la conciencia. Pero lo que rechaza el ego, el estado consciente del ego, sigue, sin embargo, confuso y confinado en el inconsciente, esa esfera misteriosa de nuestro ser en la que se halla también nuestra memoria. Y en el inconsciente, muchas cosas inhibidas o reprimidas no pierden, o no lo pierden totalmente, su potencial dinámico, lo cual quiere decir que, de una manera u

otra, tratan de expresarse o manifestarse, lo que obliga al ego a esfuerzos de inhibición o represión continuos.

En lo que concierne a la esfera sexual humana, donde se producen las operaciones fisiológicas inconscientes —la formación de las células reproductoras, la secreción de las hormonas sexuales, que tienen su función en el proceso biológico de la reproducción, el cual es el objetivo biológico esencial de todo ente sexual—, todo lo que aquí es inhibido inconscientemente y reprimido conscientemente posee, a causa de la fuerza enorme de la sexualidad en su aspiración biológica a la procreación, un elevado potencial dinámico; así, pues, puede exigir de la persona normal un gran esfuerzo, que tiene como efecto que el mecanismo de defensa se ponga en movimiento.

En la represión —que es, por tanto, voluntaria—, el sujeto rechaza de su conciencia, con su razón, los sentimientos que por algún motivo le resultan penosos, al objeto de reducir o eliminar las tensiones que entrañan. Con bastante fuerza de voluntad, se puede de esta manera aprender a reprimir pensamientos y sentimientos indeseables. Pero, al igual que en la esfera de la necesidad de alimentación, donde no se pueden reprimir impunemente los deseos de comer y beber, así tampoco se puede reprimir totalmente el deseo sexual biológico y los pensamientos y deseos que están ligados a él. Y cuanto mayor sea la fuerza de la sexualidad del individuo, tanto mayor debe ser la fuerza de represión, pero con el resultado de que la acción del mecanismo de defensa se hará más fuerte, la cual puede ser de carácter eidético.

Incumbe a nuestro sentido de crítica científica, lógica, el tratar de encontrar la solución del problema de las tentaciones demoníacas en el marco de los efectos eidéticos de las represiones de deseos sexuales por parte de los ermitaños y las monjas. Y con los hechos científicos conocidos, no parece difícil construir una estructura causal con la que pueden ser respondidas las preguntas sobre la tentación demoníaca sexual en la forma de este período de la Historia.

Consideremos, en primer lugar, el escenario histórico. El lento, pero continuo declinar hacia una desintegración de la potencia mundial que era Roma, unido a una degeneración moral de la mayoría de las autoridades y de la clase acaudalada —combinación que encontramos en todos los procesos de descomposición del poder en la Historia—, tenía sus influencias destructivas en todos los terrenos de la vida. La decadencia de las costumbres sexuales romanas, iniciada ya a finales del siglo III antes de nuestra Era, bajo la influencia de la decadencia de Grecia, tras la caída del poderío de Atenas en la guerra del Peloponeso, y que durante el reinado de los disolutos emperadores Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón había penetrado todos los niveles sociales en el Imperio, no había podido ser detenida por la siempre relativamente pequeña influencia cristiana, tanto después del Edicto de Milán (en el 313), por Constantino, que proclamaba la libertad de todos los cultos, como tampoco posteriormente, con la proclamación del cristianismo como religión de Estado, en el año 380, por el emperador Teodosio.

Pues incluso en esta primera fase de la victoria del Cristianismo, el número de cristianos en el Imperio romano era pequeño: en Roma, Constantinopla y Alejandría, los grandes centros de la fe cristiana, no llegaba aún al 20 % de la población; y en muchas regiones, sobre todo fuera de la península italiana, había muy pocos, incluso en los siglos III y IV. Las culturas paganas seguían siendo predominantes, y mostraban con frecuencia una tendencia, abierta o más o menos secreta, de hostilidad o de odio hacia el cristianismo y los cristianos, quienes, por otra parte, tenían también sus trastornos internos, con herejías que muy a menudo amenazaban con producir cismas, situación ésta que casi siempre era explotada por sus enemigos. Eusebio, en su *Historia de la Iglesia*, enumera, en el período de 65-250 d. de J. C., más de cuarenta herejes. Y su lenguaje, al tratar de sus aberraciones, es una prueba del encarnizamiento y de la violencia de esa lucha interna.

Todo ello creó un ambiente en el que, también durante el siglo IV, la confesión de pertenecer al cristianismo seguía exigiendo, junto a una firme convicción, gran valor. Y tanto más para aquellos que habían dedicado su vida a la propagación de su fe. La mayoría de estos últimos —hombres y mujeres—, debieron de poseer un ardor impulsivo y entusiasta, unido a una gran perseverancia. Casi siempre, semejantes caracteres fuertes y fogosos poseen al mismo tiempo una robusta sexualidad.

Desde luego, estaban casados la mayoría de los que profesaban dicha fe en ese primer período del cristianismo. Y podían hallar todas la satisfacción de sus sanos deseos dentro del ambiente conyugal, tan claramente descrito por San Pablo en su primera Epístola a los Corintios (VII, 3-5):

> «El marido otorgue lo que es debido a la mujer, e igualmente la mujer al marido. La mujer no es dueña de su propio cuerpo: es el marido; e igualmente el marido no es dueño de su propio cuerpo: es la mujer. No os defraudéis uno al otro...»,

palabras imperiosas que, por vez primera en toda la historia de la Humanidad, predican la igualdad total de los derechos sexuales de los esposos. Y no cabe duda de que, para ellos, esta máxima debió de ser un fortísimo sostén en una sociedad hedonista llena de seducciones de todo tipo. Su tarea religiosa se realizaba en la plenitud de la vida social. Y no hay siquiera ninguna leyenda que ligue su vida a tentaciones diabólicas como las que experimentaban los ermitaños, quienes diferían de sus correligionarios sobre todo en lo que concierne a su espíritu contemplativo, su naturaleza de introvertido.

No eran menos valientes que los otros, y sabían —como lo demuestra la vida de San Antonio, San Jerónimo y tantos otros— luchar contra la hostilidad del mundo hacia ellos; pero su espíritu, dirigiéndose hacia los misterios de la creación y

del vínculo de la criatura humana con su Creador, hacia el misterio de la encarnación de Jesucristo, de la muerte y la resurrección, los llevaba, al mismo tiempo, a esa severa y voluntaria disciplina física y moral, de austeridad y mortificación, que es la ascesis y que tiene por objeto la purificación y la elevación moral del alma.

El ascetismo, que consiste en satisfacer lo menos posible los instintos de la vida animal, en dominar sus deseos, en inhibir aquellos que más amenazan el objetivo de la purificación del alma, no era específicamente cristiano. Vista la naturaleza espiritual fundamental del ser humano y su diferenciación fundamental en los dos tipos, introvertidos —una minoría— y extrovertidos, lo más probable es que en el momento en que el hombre empezó a contemplar su relación con las fuerzas sobrehumanas —así, pues, la formación de una religión—, hubiera ascetas más o menos rigurosos. Se han podido descubrir señales de ascetismo entre los arios, pueblo del Asia Central que, hacia el año 1500 antes de nuestra Era, invadieron y conquistaron la India, en donde florecía la religión hindú en su forma contemplativa, con diferentes sistemas de salvación del alma inmortal, uno de los cuales, el yoga, se desarrollaba en forma de disciplina espiritual, cuyo texto fundamental de las ideas metafísicas, los *Yoga Sutras*, es atribuido a Patanjali, que viviría en algún momento del siglo II antes de nuestra Era, pero cuya tradición debe de ser muy antigua, así como la propia disciplina ascética del yoga.

Los griegos, que desde el siglo V a. de J. C. poseían colonias en Bactriana —región situada al norte del actual Afganistán, en la frontera noroeste de la India— tuvieron al menos algún conocimiento del yoga, pues en el desarrollo del estoicismo, doctrina panteísta y materialista —que se hizo célebre sobre todo por su moral, y que nació a finales del siglo IV a. de J. C.—, hay una serie de rasgos que condúcían también a un ascetismo de carácter, de renunciaciones y de ejercicios que debían dar la fuerza para dominarse y volverse indiferente a las circunstancias exteriores, todo ello con vistas a un perfeccionamiento espiritual.

Aunque ni el Antiguo Testamento ni el Nuevo, proporcionan indicaciones concretas sobre el ascetismo, es muy probable que los profetas, los portadores de la palabra de Dios —que, sin duda, poseyeron una clara conciencia de haber recibido esas palabras divinas— llevaron una vida ascética. Pero Filón el Judío, Flavio Josefo y Plinio el Viejo hablan, en sus obras, de los esenios, una secta del judaísmo palestino, originaria tal vez de principios del siglo II antes de nuestra Era, y cuyos miembros llevaban una vida ascética. Estaban agrupados en pequeñas comunidades, de un estilo casi monástico, practicaban el celibato y estudiaban el Antiguo Testamento. Tras la toma de Jerusalén por los romanos, en el 63 a. de J. C., fueron perseguidos por los conquistadores, porque se negaban a toda colaboración con ellos. Al mismo tiempo, eran odiados por los judíos ortodoxos. Esta secta existió hasta mediados del siglo III, y fue conocida por los primeros ermitaños cristianos. Pero no se sabe si tuvieron también experiencias de tentaciones diabólicas. Cabe suponerlo poco probable. Satán no se aparecía ya en el Antiguo Testamento desde que fue escrito el libro de Job; el libro de Tobías, escrito en el siglo IV o III antes de nuestra Era, y probablemente en la diáspora, quizás en Egipto, es el último libro en el que aparece un demonio, un espíritu maligno. Y tampoco hallamos en las demás escrituras judías religiosas de los tres últimos siglos a. de J. C. —entre ellas, los manuscritos de los esenios, encontrados en 1947 en una cueva cerca del mar Muerto— indicaciones de que Satán y sus demonios ocuparan los pensamientos de los judíos.

Esto resultaba indiferente por completo para los ermitaños cristianos. Su contacto intensivo con los libros del Nuevo Testamento les traía continuamente a la mente, desde el comienzo, la tentación de Jesús por Satán en el desierto, la imagen del príncipe del Mal y sus servidores, imágenes que, en

los Evangelistas y en el Apocalipsis, eran descritas con una claridad que no dejaba nada a la imaginación.

Estaba, además, la realidad cotidiana del Padrenuestro: «Y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal», súplica que, en la soledad del desierto, tuvo ciertamente una mayor fuerza de penetración en la conciencia que en las circunstancias normales de la vida social.

Y en verdad que para ellos las palabras de San Pablo de la primera Epístola a los Corintios, VII, 5: «*No os defraudéis uno al otro, a no ser de común acuerdo por algún tiempo, para daros a la oración, y de nuevo volved a lo mismo a fin de que no os tiente Satanás de incontinencia*», contenían una amenaza más profunda para ellos, para quienes la continencia era continua, que para sus cofrades casados.

Todos estos factores psicológicos pudieron haber tenido, según nuestras consideraciones científicas, una influencia estimulante sobre el inconsciente, y desencadenaron el mecanismo de la proyección eidética, que para ellos se convertía en la realidad de la tentación sexual.

Y a esta conclusión, a esta explicación, se podría añadir también la pregunta: «¿Por qué Satán habría derrochado tanto esfuerzo, sabiendo que no obtendría resultados, mientras que podía seducir a tantas almas con mucha más facilidad? ¿O hay que ver, como en el caso de Job, tales tentaciones cual auténticas pruebas para la perseverancia en la fe, con todas las consecuencias que semejante explicación implica para el razonamiento lógico?

Pero, ¿dónde queda el valor intrínseco de esta lógica, ante la realidad innegable de la existencia del mal? ¿Y ante esta otra realidad con que nos enfrentamos en el Nuevo Testamento, la realidad de Satán y sus demonios, realidad en la vida del Hijo de Dios?

Y persiste aún este misterio: aunque no hay fe que no exija el reconocimiento de la existencia del mal, éste no pertenece exclusivamente a la fe; existe también al margen de ello; es

perceptible en sus efectos para todos. Como tampoco existe nadie consciente de sí mismo que no conozca la experiencia, aunque sea sólo como un relámpago, de haber deseado hacer el mal conscientemente.

III. ÍNCUBOS Y MONJAS HASTA FINES DEL SIGLO V DE NUESTRA ERA

En todas las historias de tentaciones sexuales sufridas por ermitaños, tales tentaciones son rigurosamente heterosexuales. No hay ningún caso conocido de tentación homosexual.

Considerando que los resultados de todas las investigaciones científicas actuales sobre la naturaleza de la homosexualidad masculina llevan a la conclusión de que el carácter de los homosexuales muestra rasgos de molicie o de bajeza, indolencia, apoltronamiento y abulia, acompañados, casi sin excepción, de anomalías en las concepciones de carácter moral, cualidades todas ellas que no se puede atribuir su verdad a los ermitaños, se podría no sólo ver en ello la afirmación de una estructura psicológica sexual fundamentalmente normal, sino también sacar la conclusión de que Satán reconocía aquí ciertos límites. Y no sólo en lo que concierne al terreno de la homosexualidad, sino también al de la posesión demoníaca, pues no hay ningún caso conocido de un ermitaño poseído por el demonio, en tanto que el Nuevo Testamento no deja ninguna duda acerca de que los demonios encontraban en toda Palestina bastantes posibilidades de tomar posesión, solos o en grupo, de hombres y mujeres. Sobre todo, de mujeres (1).

(1) Véase, del mismo autor, *Posesión demoníaca y exorcismo.*

Y ello nos conduce a otro aspecto característico de esa época: con respecto a las mujeres, los demonios seguían una táctica distinta que para los ermitaños. Las visitaban casi sin excepción durante su sueño, provocando en ellas fantasías voluptuosas. Scribonius Largus —importante médico romano de finales del siglo I, que se distinguía también por su elevada valía moral— hablaba de ellas en una de sus obras; Tertuliano, el escritor y apologista —muy interesado asimismo por la Medicina, a la que considera como la hermana de la Filosofía, y que proclamó que el instinto de conservación es normal y saludable, mientras que el instinto sexual debe ser severamente refrenado— lo mencionaba varias veces, como también el médico Vindiciano, amigo de San Agustín, quien, como hemos visto, trató el tema en *La ciudad de Dios*.

A principios del siglo V, otro médico de gran fama, Celio Aureliano, lo mencionaba también, indicando que los demonios mostraban una sensible preferencia por los conventos. Pero, contrariamente a una serie de colegas suyos que atribuían los terrores nocturnos de los niños también a los demonios, él veía la causa de ciertas formas de esos terrores como indicación de una predisposición epiléptica. Y, al igual que el místico Metodio, obispo de Olimpos, en Lidia, desaprobó totalmente la tesis de Orígenes, el cual, como algunos otros ascetas de principios del cristianismo, se había emasculado como refugio contra las tentaciones de la carne, que para él eran muy peligrosas, ya que consideraba a todas las mujeres hijas de Satán. Al atacar a Orígenes fue cuando Metodio, con el fin de salvar las almas de las mujeres para Cristo, dio un fuerte impulso, a mediados del siglo III, a lo que había sido sólo un débil comienzo, el celibato femenino, con el mismo objetivo que el del hombre, la elevación del alma al servicio de Dios y su Hijo. Metodio —como, por otra parte, su adversario, Orígenes— estaba poderosamente influido por la filosofía idealista griega, sobre todo, la de Platón. Y fue *El banquete*, de Platón —en el que los convidados discuten el sentimiento del amor, y, escapando de la belleza corporal, llegan a la belleza de las almas y, a través de ella, a la idea de la Belleza perfecta y eterna que es Dios—, el que inspiró a Metodio *El banquete de las diez vírgenes*. En el transcurso del mismo, los diez convidados discuten las ventajas de la virginidad, que se elevan por encima de la máxima felicidad conyugal. Y la conclusión a la que llegan es que el alma de la virgen pura puede convertirse en la novia de Cristo. Precisamente esta fórmula es lo que hasta hoy ha marcado lo esencial de los conventos de mujeres, ya que exalta el sacrificio de la continencia sexual de la mujer por encima de la del hombre.

San Ambrosio (340-397), Padre de la Iglesia, arzobispo de Milán y maestro de San Agustín, escribió cinco libros sobre la virginidad y sus aspectos teológicos. Y de todas las provincias del Imperio llegaban vírgenes a Milán para hacer el voto de castidad ante él.

Pero, al igual que en el hombre, tampoco en la mujer este voto la liberaba totalmente de la acción sexual de su cuerpo. La necesaria inhibición de todo sentimiento sexual no podía evitar tensiones sexuales inconscientes. Sin embargo, la estructura sexual psicológica de la mujer es diferente de la del hombre, lo cual se manifiesta también en el hecho de que las reacciones eidéticas en la mujer son, desde la pubertad, mucho menos numerosas y pronunciadas. Esto le daba una mayor resistencia a los pensamientos sexuales seductores. Sólo en el estado inconsciente del sueño, las fuerzas inhibidas podían manifestarse en fantasías voluptuosas que, sin embargo, debieron de tener para ellas un carácter diabólico, demoníaco, al ser tan contrarias a lo que ellas aspiraban. Y también en el hecho de que, al igual que para los monjes, Satán y sus demonios eran una realidad para ellas.

No obstante, en ese período —la última fase de la Antigüedad— no hubo figuras entre ellas, en lo que atañe al contacto con Satán y sus servidores, comparables a las de San Antonio y San Jerónimo, debido quizá también al hecho de que para

ellas no era tolerada una vida solitaria. La realización de su vida meditativa y de sus deberes sólo podía realizarse en los conventos, donde quedaba excluido todo lo que era mundo. Se podría llegar a la conclusión de que Satán, que dispone de todo el tiempo de la eternidad, esperaba el momento, muchos siglos más tarde, de tener mejores oportunidades dentro de los muros de los conventos.

TERCERA PARTE

LAS INVASIONES DE ÍNCUBOS Y SÚCUBOS EN LA SOCIEDAD MEDIEVAL OCCIDENTAL Y SU RELACIÓN CON LAS HEREJÍAS DE ESTE PERÍODO

Sólo aquel que se niega a adquirir ganado y tierras y a casarse, puede ser libre para los estudios y dar prueba del sentido necesario para el estudio.

AMALARIO, diácono, discípulo de Alcuino, el sabio inglés que fue uno de los principales colaboradores de Carlomagno.

Bagabi laca bachabe
lamac cahi achababe
Kerrelyos
Lamac lamec Bachylas
Cabahagy sabalyos
Baryolas
Lagoz atha cabyolas
Samahac et famyolas
Harahya.

Fórmula de evocación de Satán por Teófilo, en una historia medieval.

El diablo puede aparecer en forma de caballo, gato, perro, buey, sapo, simio y oso, pero también puede adoptar los rasgos de un hombre bien vestido, de un soldado elegante, de un campesino vigoroso o de una hermosa muchacha.

San Cesario (1170-1240), prior del monasterio de Heisterbach, *Dialogus magnus visionum atque miraculorum.*

El mismo demonio puede actuar como íncubo o súcubo. O el demonio íncubo puede recibir el semen obtenido de un hombre por un demonio súcubo.

Cuando se dice que el enfriamiento o la evaporación pone en peligro la fertilidad del semen, no se toma en consideración la gran velocidad con que los demonios pueden desplazarse.

Está también la argumentación de que el movimiento del todo y de una parte de este todo es la misma cosa, como dice Aristóteles en su Physica, *libro cuarto, afirmando que el movimiento de la Tierra es el mismo que el de una mota de tierra, y que, por tanto, si los demonios pudieran hacer mover una parte de la Tierra, podrían mover la Tierra entera. Pero en este caso, eso no es válido, como puede ver cualquiera que examine la distinción. Amontonar semilla y aplicarla a ciertos objetivos no supera su poder natural, con el permiso de Dios, como es evidente.*

Heinrich Kramer y Jacob Sprenger, *Malleus Maleficarum, 1486.*

I. CINCO SIGLOS MUY TRANQUILOS, PARA LOS ÍNCUBOS Y LOS SÚCUBOS, EN LA EUROPA OCCIDENTAL

Durante los cuatro primeros siglos de su existencia, el cristianismo mostróse casi impotente ante las numerosas supersticiones arraigadas a lo largo de innumerables generaciones entre los diferentes pueblos del Imperio romano. Y, por una ironía de la Historia, esas antiguas supersticiones, sobre todo la creencia en los espíritus malignos, abrieron una puerta a Satán y sus demonios, que no tardaron en entrar por ella, previendo, sin duda, la posibilidad de desempeñar un papel más importante después de la cristianización de los países occidentales, como seguramente previeron también que una de las principales consecuencias de la caída del Imperio romano de Occidente sería la extinción casi total de la cultura grecolatina, provocada también por las grandes invasiones durante el siglo v: Alarico y sus visigodos, que, tras haber asolado el Imperio de Oriente, saquearon Roma, invadiendo posteriormente Galia y España; Genserico y sus vándalos, que, apenas cincuenta años más tarde, invadieron también Galia, Italia, España y el África romana; Odoacro, hijo de un ministro de Atila, con sus hérulos, fue el tercero en invadir Italia, y destronó al último emperador del Imperio romano de Occidente, Rómulo Augústulo, en el 476.

La mayoría de los invasores apreciaban la civilización grecorromana, porque la estimaban superior a la suya. El cuarto invasor, Teodorico y sus ostrogodos, tras haber destruido a los hérulos y asesinado a Odoacro, declaró incluso en Ravena: *Delactamur jure romano vivere;* pero ni este juramento, ni los esfuerzos de su sabio canciller Casiodoro por unir a los vencedores con los vencidos, podían detener la extinción de esta cultura.

Por otra parte, ya antes de la caída —durante el período de la agonía del Imperio de Occidente—, las supersticiones y la magia de los pueblos germánicos, de los celtas y los gaeles, habían atravesado la frontera, junto con la magia medicinal que atribuía fuerzas curativas a la mandrágora, a la salvia, a la verbena y al llantén, a los amuletos, inscritos con runas, a los brebajes, mixturas y encantamientos, que pronto reforzaron las antiguas supersticiones y ayudaron a un renacimiento de lo que había sido inhibido por el razonamiento lógico griego: un mundo poblado de todo tipo de seres sobrenaturales, hadas, silfos y gnomos. Y también llegaron los magos que acompañaron a los invasores, a menudo como curanderos reconocidos, y para quienes las enfermedades humanas, sobre todo en sus manifestaciones más espectaculares, eran el resultado de un castigo divino o de una posesión por un espíritu maligno. Así, se abrieron nuevos cimientos para la brujería, los encantamientos, los hechizos, los filtros, las ofrendas para apaciguar a los poderes sobrenaturales, e incluso mediante sacrificios cruentos. No tuvieron efecto los esfuerzos de la Iglesia por impedir toda ofrenda y todo sacrificio a otro ser que no fuera Dios. Los turbulentos hechos de los siglos v y vi apagaron también el deseo de la investigación médica, de forma que la medicina grecorromana se sumergió en una esterilidad que duró varios siglos, dando libre curso a un desarrollo que llevaría a la situación en que Satán y sus demonios podían dedicarse libremente a su juego de destrucción.

Pero no emplearon ese tiempo de espera en ninguna acción.

A veces hacían acto de presencia, como en Bizancio, donde en el año 500, Procopio, cronista de la Corte de Justiniano I, cuenta en sus *Anécdotas* que supo, por la madre del emperador, que Justiniano no era ni el hijo de Sabatius, su marido, ni de otro mortal, ya que en la noche que ella lo concibió, se le apareció un demonio, cuya presencia no podía sentir a su lado, pero que copuló con ella y luego, como en un sueño, desapareció.

San Gregorio (540-604) —Padre de la Iglesia, que se convertiría en el Papa Gregorio Magno en el 590, y que consolidó la primacía de Roma—, cuenta en una de sus obras cómo el bienaventurado abad Equitius estaba tan atormentado por las seducciones de los demonios súcubos, que rogó a Dios lo liberara de ese gran mal. Una noche le visitó un ángel y le privó de toda sensación en su órgano genital, de forma que quedó para sí, y para los demonios, como si careciera de sexo.

No fue el único en ser liberado de semejante manera. San Sereno, atormentado por corros de hermosas jóvenes desnudas y muchas otras tentaciones lascivas, dirigió la misma plegaria a Dios, quien «le envió también un ángel, que pareció abrir su vientre y quitarle un gran trozo de carne ardiente, volviendo a colocarle sus intestinos, al tiempo que le decía: "¡Ve!, la provocación de tu carne es suprimida, como habías rogado. ¡Has de saber que acabas de obtener ahora la pureza perpetua de tu cuerpo y que nunca volverás a ser tentado!"»

Estaba también el caso de la madre de Merlín, el encantador, llamado también *Melchin el Inglés*, célebre mago que aparece en varias leyendas galesas y en las del ciclo del rey Arturo y los caballeros del Santo Grial.

Boecio (480-524), ministro de Teodorico el Grande, filósofo y hombre de Estado, autor de la célebre *Consolación filosófica,* parece haber sido el primero que, en su *Scotorum Historiae,* habla de él y de su descendencia de un demonio.

En el siglo VIII, la historia de su engendramiento es más elaborada: el propio Satán entró en casa de la abuela de Merlín, casada con un rico bretón, y mató a su marido. Luego sedujo a las dos hijas mayores de aquel hombre, que no ofrecieron resistencia, pero la tercera se defendió tan ferozmente, que Satán hubo de utilizar uno de sus trucos: la durmió y entonces se unió a ella. La muchacha concibió, pero contó a su confesor todo lo que había ocurrido; el sacerdote la protegió, asistió al nacimiento de Merlín y lo bautizó inmediatamente.

Una de esas historias hace de la madre de Merlín una monja, elegida por Satán para alumbrar al Anticristo. Y en el siglo IX, esa monja aparece como una de las hijas ilegítimas de Carlomagno, pues dicha combinación era considerada como la mejor condición para engendrar al Anticristo.

En los siglos que siguieron, la historia del engendramiento de Merlín es relatada por muchos otros, como Galfredus Monmetensis (Galfred de Monmouth), el flamenco Van Maerland y el alemán Albrecht von Chrafenberg; es incorporado a las novelas de caballería, como por Robert de Boron, en el 1200. Asimismo, en la literatura científica medieval aparecía el engendramiento de Merlín.

Ulrich Molitor, doctor en Derecho Romano y Canónico por la Universidad de Padua y profesor de la Universidad de Constancia, fue uno de los primeros autores que trataron de la brujería en su libro *De Lamiis et Phytonicis mulieribus* (Sobre los espíritus malignos y las brujas), publicado en 1489. En dicha obra analizó el engendramiento de Merlín. Discutió que se tratara de engendramiento demoníaco, si bien aceptó que la madre de Merlín así lo creía. Pero —razonó—, la madre de Merlín fue defraudada por su íncubo, quien le hizo creer que estaba encinta de él, llenando de viento el vientre de la muchacha. Entonces, llegado el momento del parto, el demonio hizo escapar el viento, y puso en su lugar a un recién nacido robado en su lecho, de forma que ella creyó haber dado a luz aquel niño.

Por otra parte, esta forma de embarazo imaginario no fue excepcional en el caso de mujeres que habían tenido comercio carnal con un íncubo, que aparentemente las había querido engañar de esa manera. Ya Jámblico (250-330), filósofo de la escuela neoplatónica, habló de ello en *Sobre las doctrinas esotéricas.* Y en el *Malleus Maleficarum*, Kramer y Sprenger trataron el mismo tema:

> «A veces, algunas mujeres creen que han sido fecundadas por un íncubo, y sus vientres se hinchan, a menudo incluso de forma tremenda; pero cuando llega el momento del parto, la hinchazón desaparece mediante la expulsión de una gran cantidad de viento, ya que al tomar, en la leche, huevos de hormiga, o semilla de euforbio o manzanas del pino negro, se formó una enorme masa de viento en el estómago. Es muy fácil para el íncubo provocar semejantes trastornos, y aun peores, en el estómago.»

Pero al lado de estos alfilerazos relativamente poco importantes, Satán logró, en los primeros cinco siglos de la Edad Media, un éxito en la lucha por captar el alma del hombre al procurarse la ayuda de un grupo de sus adeptos humanos. Como escenario de ese triunfo eligió el Imperio romano Oriental, un campo muy fértil para ello a causa de la degeneración progresiva de las costumbres sexuales.

Este campo había sido ya preparado por Juliano el Apóstata, emperador romano del 361 al 363, quien había renegado de la religión cristiana y tratado de restablecer el paganismo, y, en el siglo VI, por la emperatriz Teodora, mujer de Justiniano I, y de la que Procopio escribió que en su juventud —era la hija de un guardián de un circo y fue criada en un ambiente de libertinaje total— dejaba ya que abusaran de ella los esclavos que acompañaban a sus dueños al teatro.

Los adeptos de Satán eran los euquetes, cuya existencia es conocida gracias a las obras de Miguel Psellos (1018-1078), hombre de Estado y escritor bizantino, consejero de los emperadores Isaac I Comneno y Miguel VII Ducas, y restaurador de la filosofía platónica, autor del libro *Perienergeias daimonon* (Sobre las acciones de los demonios), obra que lo convierte en uno de los primeros demonólogos.

Según parece, los euquetes se infiltraron lentamente, durante siglos, en el Imperio romano Oriental. Era una secta herética cuyo origen se encuentra probablemente en Mesopotamia, centro de diversas herejías, sobre todo dualistas, con rasgos de zoroastrismo.

Adoraban a Lucifer en calidad de hijo primogénito del Creador, rendían homenaje a la materia, negaban todo valor a los sacramentos de la Iglesia y se mofaban abiertamente del respeto por la virginidad. Eran, como otras sectas heréticas de esas tendencias, muy libres en sus costumbres, y admitían el incesto y la sodomía. En sus reuniones —que, durante la primera fase, en Tracia, fueron secretas—, la adoración de Lucifer, manifestándose en forma de algún demonio o de algún animal, sobre todo macho cabrío, perro o gato negro, terminaba siempre con un intenso éxtasis sexual, que degeneraba en orgías.

Este éxtasis sexual vincula a los euquetes con el culto tántrico de la India, cuyos ritos extáticos tienen probablemente sus raíces —al menos parcialmente— en el chamanismo, la técnica arcaica de éxtasis de los pueblos de la Siberia Occidental y Central, cuna de los pueblos arios que, en el año 1500 antes de nuestra Era, conquistaron la India.

El más famoso de estos ritos tántricos son las diferentes variaciones de la *chakrapuja*, cuya primera descripción data del siglo V a. de J. C., y que era una especie de eucaristía de muy larga duración, realizada por la noche.

Tenía por objeto despertar y regular las energías extraordinarias. La *chakrapuja* era una reunión de varias parejas,

casadas o no, que, con un cierto ceremonial, violaban las cinco reglas que en la sociedad de las castas elevadas prohibían comer carne, beber alcohol, comer pescado, ciertos granos y tener comercio carnal en comunidad. Dicho comercio carnal podía llevarse a cabo con diferentes compañeros, y ello como expresión de la energía sexual cósmica y creativa.

Los euquetes de Mesopotamia poseyeron seguramente algún conocimiento de los ritos tántricos, y aprendieron de ellos la técnica del éxtasis sexual, introduciéndola en sus ritos que, en lo relativo al incesto y la sodomía, así como al libertinaje en general, se hallaban enraizadas también, sin duda, con las antiguas religiones babilonias y asirias.

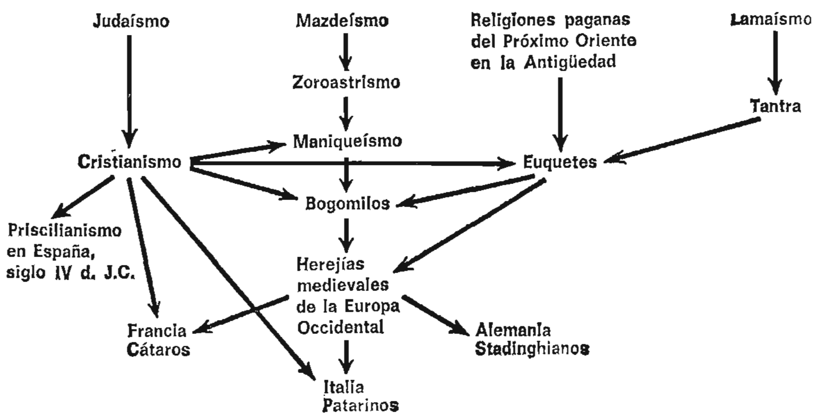
En Tracia, los euquetes hallaron un ambiente propicio para su fe y sus ritos, pues, al igual que Tesalia, era la antigua tierra de brujos y brujas y de todo tipo de magias y supersticiones. Y sin duda también por la influencia de los euquetes, se formó en Tracia y en Bulgaria otra secta herética: la de los bogomilos. El origen de este nombre no es seguro. Para unos, la secta habría sido fundada por un tal Bogomil, la versión, en lengua eslava, del griego Teófilo; para otros, el nombre significaría «ejército de soldados de Dios». Sus dogmas —cuyas primeras descripciones las hallamos en la obra de San Cosmas, *Predicación contra los herejes*, escrita en el 975, en glagol, lengua litúrgica eslavónica—, muestran, sobre todo, rasgos dualistas y maniqueístas. La materia es el principio del mal, es hostil al espíritu; por ello negaban la corporalidad de Cristo. Rechazaban la autoridad del Estado, y el goce del vino y de la carne, a fin de no reforzar el mundo material, creado por Satán —Satanael— y los ángeles frustrados por arrogancia; y rechazaban también la adoración de las imágenes y de la cruz. Negaban asimismo la idea de la Resurrección. Y sus adversarios los acusaban de prácticas homosexuales, encaminadas a impedir la procreación. Pero practicaban abiertamente la unión libre.

Tenían sus obispos, elegidos por la asamblea de fieles. En

sus uniones religiosas utilizaban el nombre de Yavé, pero Satán era su igual, el señor de este mundo.

La influencia de los euquetes y bogomilos sobre las costumbres, por ligeras que fueran, en el Imperio romano de Oriente. llegó a ser tan grande, que ya en el siglo XI comenzó una persecución, cada vez más rigurosa y sangrienta, de forma que en el siglo siguiente los supervivientes emigraron al Oeste: los euquetes, especialmente a Alemania, y los bogomilos, a Italia y Francia, donde hallaron partidarios en algunas regiones, lo cual estaba previsto por Satán.

Podemos establecer los vínculos de todas estas sectas en el esquema siguiente:



(Las líneas no significan una estructura causal en el sentido estricto, sino que indican, sobre todo, las influencias).

II. LOS DOS SIGLOS DE PREPARATIVOS PARA LA GRAN INVASIÓN EN LOS PAÍSES OCCIDENTALES

El texto del Apocalipsis (XX, 1-3 y 7-10), que aporta la imagen del fin definitivo del Maligno, fue explotado por éste de una manera que lo da a conocer como un excelente psicólogo, pues cambiaba las palabras de su adversario en un arma decisiva, la del miedo:

> «Vi un Ángel que descendía del cielo, trayendo la llave del Abismo y una gran cadena en su mano. Tomó al dragón, la antigua Serpiente, que es el diablo, Satanás, y le encadenó por mil años. Le arrojó al Abismo y cerró, y encima de él puso un sello para que no extraviase más a las naciones hasta terminados los mil años, después de los cuales será soltado por poco tiempo.
>
> »Cuando se hubieren acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la Tierra, a Gog y Magog, y reunirlos para la guerra, cuyo ejército será como las arenas del mar. Subirán sobre la anchura

de la Tierra y cercarán el campamento de los santos y la ciudad amada. Pero descenderá fuego del cielo y los devorará. El diablo, que los extraviaba, será arrojado en el estanque de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.»

La llegada del año 1000 fue esperada por millones de personas con profunda ansiedad. Y Satán había tenido noticias por una serie de anuncios de su liberación del Abismo. Ya aproximadamente un siglo antes de este gran acontecimiento, en Francia y en ciertas regiones del norte de Alemania, prodigiosos ejércitos aparecieron en los cielos. Se veía en los aires a criaturas de forma humana, unas veces alineadas para la batalla, desfilando en correcto orden, o bajo las armas, o acampados en soberbios pabellones; otras, en naves aéreas de una estructura admirable, y cuya flota voladora bogaba.

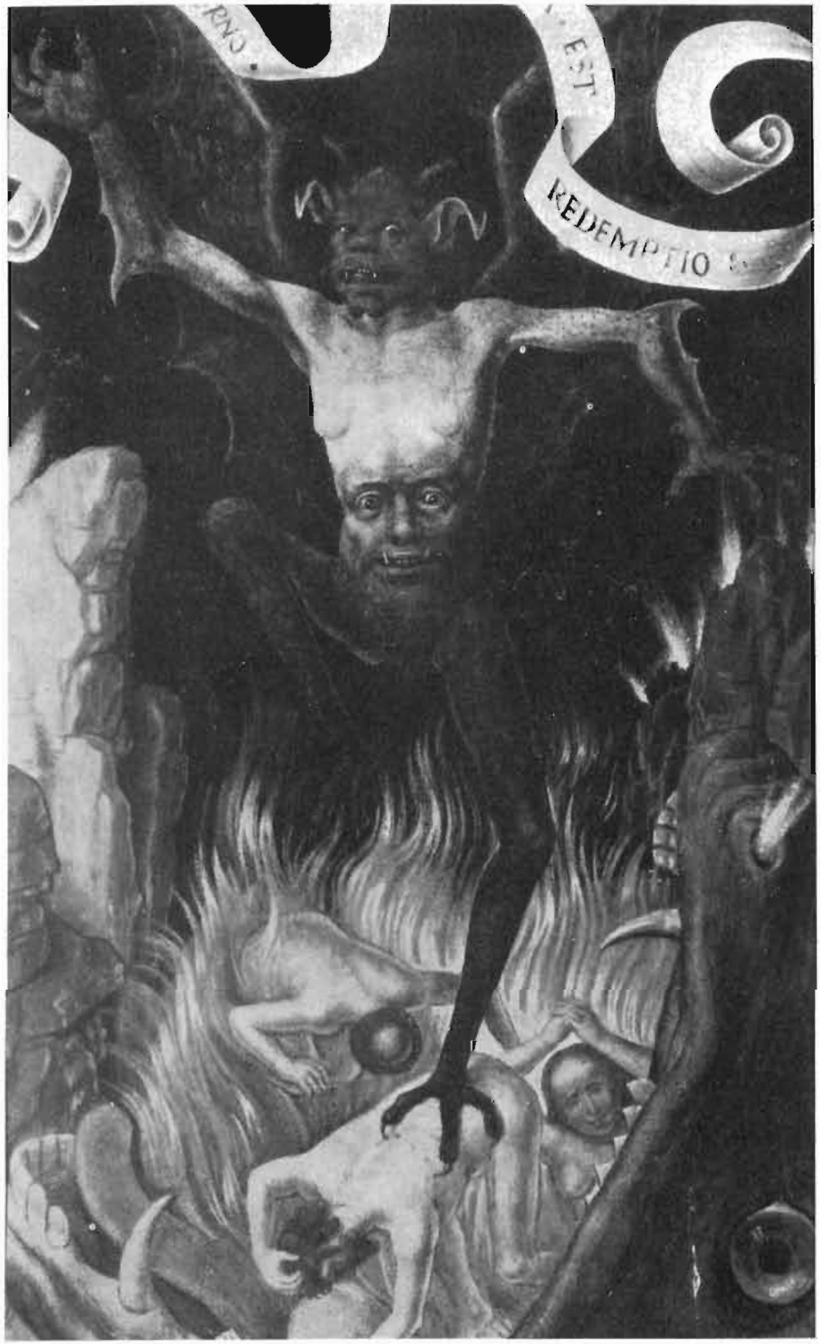
Del siglo x data el siguiente canon:

«No debemos omitir que algunas mujeres perdidas, pervertidas por Satán, seducidas por ilusiones y fantasmas de demonios, creen y profesan abiertamente que, en mitad de la noche, cabalgan ciertas bestias en compañía de la diosa pagana Diana, con una horda innumerable de mujeres, y en el silencio de la noche profunda vuelan por encima de amplias extensiones de territorio, y obedecen las órdenes de su dueña, en tanto que se ven obligadas a prestar servicio otras noches. Eso no tendría importancia si sólo ellas perecieran en su infidelidad y no atrajeran a otros al pozo de su traición. Pues una multitud innumerable, engañada por esta falsa opinión, cree que eso es cierto, y, al creerlo, abandona la verdadera Fe y corre hacia su perdición.

»Por ello, los sacerdotes deben predicar a las gentes



Alegoría de la lujuria y Satán, en forma de macho cabrío. *Adorno de un capitel en una iglesia francesa. Siglo XIV.*



D. de Ryckel. Escuela holandesa, siglo XVI.
Satán, soberano del infierno.



Demonios en forma de animales. Panel incrustado en el arpa de un rey de Ur. (Hacia 2800 a. de J.C.)



Demonio etrusco con serpientes. Representación encontrada en una tumba etrusca.



El demonio Pazuzi. Relieve babilonio. (Hacia 1800 a. de J.C.)

con insistencia, en todas sus iglesias, que puedan saber que esto es falso de todos modos y que semejantes fantasmas son enviados por el Diablo para engañarlos en sus sueños.»

El táctico Satán hizo anunciar de esta manera los *sabbats* que, aún no transcurrido un siglo, comenzarían a multiplicarse en algunas regiones primero, y más tarde, por todas partes.

Mientras, había enviado también una vanguardia de súcubos e íncubos que, acá y allá, buscaban oportunidades para sus empresas. Y las hallaban, pues eran audaces. El monje Ernaldo, en los alrededores de Nantes, habla en uno de sus escritos sobre la ira de San Bernardo acerca de una desgraciada mujer que fue atormentada por el demonio:

«Aquel ser lascivo alumbró en ella el fuego de la pasión, se echó sobre ella y la trató como a una esposa, tras haber pasado una de sus manos sobre su cuerpo y la otra por encima de su cabeza. Adúltero invisible, venía por la noche, mientras la mujer estaba acostada cerca de su marido, que permanecía ignorante de todo, y se libraba a la lujuria sobre ella. Durante seis años, ese mal permaneció oculto, y la desgraciada no descubrió su vergüenza a nadie. No obstante, al séptimo año, el espectáculo de sus crímenes acumulados y el pensamiento del juicio de Dios la aterraron. Fue en busca de los sacerdotes y confesó su oprobio. Luego hizo peregrinaciones e imploró a los santos. Pero ni confesiones, ni peregrinaciones, ni oraciones lograron resultado alguno: el demonio volvía cada noche y se mostraba cada vez más libertino. El crimen terminó por ser conocido, y el marido se enfureció. Y la desgraciada mujer enfermó de vergüenza. Pero ocurrió que en aquel momento San Bernardo, de paso por la ciudad, oyó hablar del caso. Visitó a la desventurada y le entregó su bastón de

peregrino, que tuvo el don de alejar al íncubo.

»Cuando llegó el domingo, el santo subió al púlpito, y, antes de predicar, ordenó a todos los asistentes que sostuvieran en sus manos velas encendidas. Luego contó las inauditas fechorías del Diablo, lanzó el anatema al espíritu lascivo que se había entregado a horribles porquerías contrarias a la Naturaleza; todos los asistentes se adhirieron a este anatema; finalmente, le ordenó, por la autoridad de Cristo, que no se acercara a aquella mujer ni a ninguna otra. En cuanto las velas sacramentales se hubieron extinguido, el poder del Diablo quedó completamente aniquilado. La mujer se confesó, y comulgó, y el enemigo no reapareció nunca, alejándose para siempre.»

Hay otra historia, del mismo período, que se refiere también a un íncubo perseverante que había violado durante cinco años a una hermosa joven, la cual, finalmente, buscó la ayuda de Santo Tomás. Su solución al problema fue sellar espiritualmente, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, el órgano sexual de la mujer, de forma que el demonio no pudiera ya penetrarla.

También en este período hay casos de vírgenes violadas por íncubos, pues, como éstos no poseían, por naturaleza, ninguna bondad ni caridad, y tampoco respeto, ni siquiera por la santidad, las vírgenes no eran invulnerables para ellos.

Era un hecho conocido que las vírgenes que habían tenido comercio carnal con un íncubo —ya que no hubieran podido resistir a la seducción de éste, disfrazado de hermoso joven, ya que fueran violadas después de resistir—, tenían el himen intacto. No había ninguna duda de que, en el primer caso, la muchacha no podía ser considerada como todavía virgen, pues había mancillado su alma. Pero en el segundo caso, la situación era distinta, y, entre otras, estaba la opinión de que la gracia de Dios podía proteger a tales vírgenes contra la pérdida de la virginidad, o que dicha gracia podía restaurar la virginidad. En favor de esta última opinión había un ejemplo, procedente de los primeros siglos de la cristiandad. Las leyes romanas prohibían la ejecución de vírgenes. De esta forma, cuando una virgen era condenada a muerte, debía ser violada antes de ser ejecutada. Eso es lo que les ocurrió a muchas vírgenes cristianas. En su libro *Sobre la verdadera virginidad*, San Basilio el Grande (329-379), Padre de la Iglesia griega y uno de los fundadores del monaquismo, había escrito que, en tales casos, Dios desbarataba ese ataque de unos pecadores a su carne, y guardaba sus cuerpos sin mácula por el milagro de su poder divino.

En este período, miembros de la vanguardia diabólica entraron también en acción durante los primeros *sabbats*, como íncubos con los participantes femeninos, y como súcubos con los participantes masculinos. Y no sólo bajo el disfraz de hombres y mujeres, sino también en forma de bestias. Pero siempre había voces eclesiásticas que, como en el canon citado anteriormente, remitían sin más, mucho de lo que pasaba en los *sabbats*, al reino de la imaginación, como hacía, a principios del siglo XII, Jean de Salisbury, obispo de Chartres.

Se contaba que en esta región se celebraban *sabbats* presididos por Herodías, soberana mítica de la noche que había ordenado la ejecución de sacrificios humanos. En su *Polycraticus* (libro II, cap. 17), Salisbury escribe:

> «El espíritu maligno, con el permiso de Dios, apura hasta tal punto la licencia de su malicia, que lo que algunos sufren por su falta de imaginación, lo creen miserable y falsamente real y exterior. Así, dicen que una tal Nocticula o Herodías convoca, como soberana de la noche, asambleas nocturnas, en las que se banquetea y se llevan a cabo toda suerte de ejercicios, y en donde unos son castigados y otros recompensados según sus méritos. Creen también que los niños son sacrificados a las

lamias, cortados en pedazos y devorados glotonamente, y luego rechazados y, por la misericordia de la presidente, devueltos a sus cunas. ¿Quién será lo bastante ciego como para no ver que se trata sólo de una malvada ilusión de los demonios? No debe olvidarse que esto se dirige a pobres mujeres y hombres simples y crédulos. El mejor remedio contra esta enfermedad es apoyarse firmemente en la fe, no prestar oído a esas mentiras y no dejarse encandilar por tan lastimosas locuras.»

Existe gran número de tales casos, que implican toda clase de preguntas y que también fueron tratados por otras autoridades en los siguientes siglos, y sobre algunos de los cuales trataremos en los próximos capítulos. Baste aquí dar algunas citas sobre estos temas, aparecidas en las obras de Santo Tomás de Aquino, algunas de las cuales —todas basadas en el aristotelismo—, se han convertido en los fundamentos de la teología oficial adoptada por la Iglesia católica.

En su obra *Sobre la potencia,* discutió las relaciones sexuales de hombres y mujeres con demonios, diciendo que poseía un conocimiento personal de semejantes casos. Según él, los cuerpos de íncubos y súcubos son a veces imaginarios, pero en ocasiones pueden tomar prestados los cuerpos de hombres o mujeres vivientes.

En su opinión, los demonios podían actuar alternativamente como íncubo y como súcubo, pero —tal como dice en su *Questiones Quodlibetales,* en donde trata la cuestión, planteada por otros, de si un hombre podía ser al mismo tiempo virginal y padre— los súcubos podrían acumular el semen, eyaculado durante poluciones nocturnas, y utilizarlo, como íncubos, para fecundar a una mujer. Entonces, el hombre cuyo semen es utilizado de esta manera, sería el padre del niño, sin que hubiera tenido comercio carnal con la mujer.

Con ese razonamiento, Santo Tomás no sólo rechaza la opinión de quienes han pretendido que las poluciones nocturnas

no podían ser utilizadas por demonios, porque este semen estaría protegido por la benevolencia de Dios, sino que descubre aquí una previsión de la fecundación artificial, que desempeña hoy un papel tan importante en la cría de ganado y que es utilizada incluso en la mujer, en aquellos casos en que el marido es irreparablemente estéril y la pareja prefiere este método al de la adopción, planteando con ello, a juristas y legisladores, problemas que aún no están completamente resueltos.

Santo Tomás se pronunció también contra la tesis de San Agustín de que a los íncubos y súcubos les gustaba el comercio carnal con seres humanos, opinión que era compartida por muchas otras autoridades, como Hincmar (806-882), arzobispo de Reims, que ejerció también una gran influencia política, y Guillermo de Auvernia, llamado también *Guillermo de París,* obispo de París de 1228 a 1249, y uno de los sabios más grandes de su época, el cual creía también que algunos demonios voluptuosos eran intensamente estimulados por la vista de largos y hermosos cabellos de la mujer, por lo cual sería mejor que ésta los tuviera siempre cubiertos. Pero, según Santo Tomás, los demonios eran incapaces de tener deseos eróticos, y eran impulsados a sus contactos sexuales con los hombres y las mujeres sólo para seducirlos y obligarlos a cometer los más abominables pecados. Pues alientan los pecados humanos porque éstos son destructivos y contrarios para el bien del hombre.

En su *Questiones Quodlibetales,* afirma también que los demonios pueden poner obstáculos al comercio carnal entre dos esposos, y facilita una enumeración de los distintos métodos por los cuales los demonios podían causar la impotencia del hombre y diferentes formas de la impotencia. Uno de los métodos demoníacos era, según él, convertir, aparentemente, a una mujer en tan desagraciada o fea, que desapareciera en el hombre todo deseo de cópula. Y durante los cinco siglos siguientes, la mayoría de los demonólogos aceptó este punto de vista del célebre teólogo y filósofo, lo llevó todavía más

lejos en sus conclusiones y declaró que la impotencia del hombre causada por la brujería, con ayuda o sin ayuda de demonios evocados, podía ser base legítima para la anulación del matrimonio, si dicha impotencia impedía la consumación del matrimonio. También esta tesis fue aceptada por la mayoría de los demonólogos que discutían sobre el problema de cuánto tiempo debería transcurrir antes de que fuera anulado dicho matrimonio. Algunos daban el límite de un año, y otros, de tres, pues se había de tener en cuenta la posibilidad de que la influencia inhibitoria no fuera permanente y pudiera desaparecer por completo después de cierto período, de forma que entonces el marido podía cumplir su deber y consumar el matrimonio.

En el mismo libro, Santo Tomás dice que con el término bestialidad o *sodomía debe entenderse «todo tipo de comercio* carnal con toda cosa de otra especie», tesis que ha llevado a profundas discusiones sobre la palabra «cosa».

Esto tuvo gran importancia durante los siglos en que los demonios prosiguieron su ataque, pero más importante para ellos fue otro acontecimiento ocurrido en los siglos XI y XII: el nacimiento y desarrollo de nuevas herejías y su contacto con las herejías de los euquetes y bogomilos, huidos a Occidente.

De estas herejías, las tres más importantes fueron las de los cátaros, llamados también albigenses —por la ciudad de Albi, en el sur de Francia, donde se hallaba al principio su centro—; los valdenses, cuyo nombre parece derivado del de su fundador, Pierre Valdo, o Pierre de Vaux (1140-1217), un rico comerciante de Lyon; y la de los stadinghianos, llamados así por la ciudad de Stade, situada en las proximidades de Hamburgo.

El comienzo de la herejía de los cátaros podemos situarlo a finales del siglo X. En esta primera fase, la herejía se propagó muy lentamente; pero desde que, en el año 1000, fueron descubiertas reuniones de esta secta en la Champaña y en Reims, y se celebró en Orleáns el primer proceso contra ellos —y que terminó con la condena de algunos herejes a la hoguera, en el año 1023—, el movimiento adquirió nuevo impulso en el sur de Francia y norte de Italia, aunque esta vez sus miembros recibieron el nombre de patarinos.

El catarismo tenía como base un sensible dualismo, que enfrentaba a dos poderosos enemigos: por una parte, el mundo del espíritu, de la pureza —el nombre cátaro procede del griego *katharos* (puro)—, y por otra, el mundo material, inmundo, despreciable, en el que la vida era un castigo.

B. Gui, en su *Manual del Inquisidor*, de 1570, decía de los cátaros:

> «Afirman que la creación de todas las cosas visibles y materiales no es obra de Dios, el Padre celestial, Aquel al que llaman el Dios bueno, sino obra del Diablo, de Satán, del Dios del Mal; pues lo llaman el Dios maligno, el Dios de este siglo y príncipe de este mundo. Distinguen, pues, entre los creadores, Dios y el Diablo, y dos creaciones: una, de los seres invisibles y materiales, y la otra, de las cosas visibles y materiales.
>
> »Asimismo, imaginan dos Iglesias: una, la buena, que es su secta, dicen ellos; la otra, la mala, que es la Iglesia Romana: la llaman impúdicamente madre de las fornicaciones, gran Babilonia, cortesana y basílica del Diablo, sinagoga de Satán...»

Evidentemente, negaban los sacramentos de la Iglesia, así como la divinidad de la Virgen, la resurrección de los cuerpos, la Eucaristía y la Ascensión de Cristo, el cual era para ellos la emanación del Dios bueno y, por tanto, sólo podía ser un cuer-

po glorioso. Habían creado una especie de bautismo, por el espíritu, llamado *consolamentum*, dado por la imposición de las manos. Pero este sacramento sólo podía administrarse una vez. La menor recaída en el pecado implicaba la condenación. Por ello, más tarde muchos cátaros prometían, a través de una fórmula, llamada *conveneentia*, reclamar en el lecho de muerte el *consolamentum*.

Parece haber una cierta contradicción en el hecho de que esta doctrina fría, austera y erudita, hallara un eco tan fuerte en un pueblo meridional de carácter alegre y despreocupado. Pero hay dos hechos reveladores de que Satán había elegido el buen ambiente para su hazaña herética. La mayoría de la población del Midi estuvo siempre abierta a todo tipo de creencias heterodoxas y supersticiones, mientras que siempre permaneció vivo un deseo de libertad personal. Por ello, tras la ejecución de los cátaros en Orleáns, gozaban en el Midi de la simpatía de todo el pueblo y la tolerancia de sus señores.

En 1209, a consecuencia de violentas disensiones con el conde Raymond VI de Toulouse sobre la herejía cátara, el legado del Papa, Pierre de Castelnau, fue asesinado. Se acusó al conde, el cual, intimado, se sometió al Papa. Pero su sobrino, Roger de Trancavel, resistió, lo cual hizo estallar la terrible «Guerra de los Albigenses», que duró hasta 1244, con matanzas casi increíbles, que dejaron profundas heridas, las cuales prepararon el terreno para la penetración del protestantismo en el Languedoc, tres siglos más tarde.

Satán había jugado una buena baza con esta guerra, que más tarde le reportaría muchos frutos, primero, durante los siglos posteriores al fin de esa guerra, que no había podido destruir el espíritu de la herejía, pero que, por extraña ironía de la Historia, hallaba un buen refugio en muchos de los participantes a los *sabbats*, en donde la influencia bogomil se había hecho ya reconocible. Y los íncubos y los súcubos se aprovechaban de ello. Y ese curso era otra afirmación del hecho de que la opresión de grupos de la sociedad los hace más susceptibles a las seducciones sexuales, que se convierten para ellos en una sustitución de la libertad perdida, bien manifestándose en acciones del inconsciente, como entre los ermitaños y las monjas, o bien adoptando un carácter de rebeldía consciente contra la sociedad opresora, como ocurría ya con los ritos tántricos en la India.

Lo mismo sucedía con los valdenses y tantas otras herejías de la última fase de la Edad Media y comienzos del Renacimiento, como los flagelantes, los adamitas nudistas, los picardos, los fraticelli en Italia y los lolardos en Holanda.

Los valdenses admitían sólo la creencia en la Biblia, y rechazaban los sacramentos y el culto a los santos. Y había muchos rasgos dualistas en sus dogmas, algunos de los cuales tenían también puntos de semejanza con los de los cátaros. Establecieron su propio clero y llevaron una vida austera. Pero pronto fueron perseguidos con un encarnizamiento tal, que se refugiaron en los altos valles saboyanos o piamonteses, en donde continuó la persecución con los mismos efectos que la persecución de los cátaros; se deslizaban en la misma degeneración, y lo que ocurría en sus uniones secretas no difería esencialmente, según sus adversarios, de los *sabbats* de las brujas. Ciertamente, en las descripciones de sus uniones, efectuadas por sus adversarios, hay una gran parte de exageración, como en aquella en que el diablo aparece entre ellos en forma de animal, con orejas flameantes y una voz tan terrible, que muchos asistentes se volvían locos de terror, mientras que otros tenían ataques de nervios, que los dejaban temblorosos durante horas. Naturalmente, figuraba el obligado comercio carnal con íncubos y súcubos, pero se efectuaba sin ningún sentimiento de placer, y a menudo incluso era muy doloroso. Y en esas descripciones hallamos por primera vez el testimonio

de relaciones homosexuales. Pero éstas no dan ninguna idea acerca de si participaban en ellas íncubos y súcubos y de cómo lo hacían.

Los standinghianos penetran más tarde, en el siglo XIII, en la Historia, pero probablemente su herejía estuvo basada en antiquísimas formas religiosas germánicas, que recibieron, por su contacto con los euquetes, un estímulo que para el propio Satán supondría más de lo deseado.

Las bulas de Gregorio IX y de Inocencio VIII (la primera, publicada en 1233, y la segunda, en 1484) contra esta secta dan la mejor imagen de ella.

La primera decía:

> «El neófito que entra por primera vez en los conventículos de esos herejes ve aparecer una especie de sapo. Los asistentes besan al animal inmundo e introducen en su propia boca su lengua y su baba. Entonces, los asistentes se sientan a la mesa y, terminado el festín, se ve descender andando hacia atrás, de una cierta estatua, un gato negro de cola enroscada y del tamaño de un perro de talla mediana. El novicio, el jefe de la asamblea y todos los asistentes le besan el trasero. Entonces se apagan las luces, y la asamblea se entrega a actos de la más abominable lujuria.
>
> »Cada año, por Pascua, esos sectarios reciben la Hostia consagrada de la mano de un sacerdote; la guardan en su boca y, cuando regresan a su casa, la arrojan a la letrina, como desprecio al Redentor. Por último, esos blasfemos, en su delirio, se atreven a asegurar que el dueño de los cielos, mediante violencia, con ardides y contra toda justicia, precipitó a Lucifer en las regiones infernales. En este último es en el que creen esos desgraciados, y afirman que, como creador de las cosas celestes, regresará algún día a la gloria de la que Dios lo expulsó; con él, y no antes que él, esperan llegar a la bienaventuranza eterna. Profesan que es preciso evitar hacer lo que place a Dios, y hacer, por el contrario, lo que él detesta.»

La segunda muestra aún otros rasgos:

> «Recientemente, ha llegado a nuestros oídos, no sin gran dolor, que en algunas partes de Alemania Superior, así como en las provincias, ciudades, tierras, localidades y diócesis de Maguncia, Colonia, Tréveris, Salzburgo y Brema, muchas personas de los dos sexos, olvidadizas de su salvación, desviándose de la fe católica, se entregan a excesos con los demonios íncubos y súcubos; que por sus encantamientos, hechizos, conjuras y otras supersticiones sacrílegas, por sus crímenes y sus faltas, perecen y mueren los alumbramientos de las mujeres, los productos de los rebaños, las cosechas, las uvas de las viñas, los frutos de los árboles, los hombres, las mujeres, los rebaños, el ganado, las diversas especies de animales, las viñas, los prados, los vergeles, los pastos, los trigos y otras producciones del suelo. Los mismos hombres, las mujeres, las bestias de carga, los rebaños y los otros animales son afectados y torturados por males tanto internos como externos; los hombres no pueden engendrar; las mujeres, concebir; los maridos ejercer frente a sus mujeres los actos conyugales, y las mujeres tampoco frente a sus maridos. La propia fe que recibieron en el santo Bautismo, la niegan con boca sacrílega. No temen cometer, por instigación del enemigo del género humano, los crímenes más odiosos y otros excesos y villanías, con peligro de sus almas, con desprecio de la majestad divina y para escándalo de la multitud...»

La imagen del curso de la invasión de los demonios en los países occidentales, como ha sido dada anteriormente, para tener la justa perspectiva, debe contrastarse con los grandes acontecimientos históricos posteriores al año 1000: *a*) la Querella de las Investiduras, respecto de la colación de los títulos eclesiásticos, entre el emperador alemán Enrique IV y el Papa Gregorio VII, con la humillación del emperador en Canosa, en 1077, pero que terminaría, en 1122, con el Concordato de Worms, estableciendo el principio de separación de los poderes espiritual y temporal. *b*) Las ocho Cruzadas, entre 1096 y 1270, que, a través de los numerosos contactos intensivos con el mundo y la cultura del Islam, en donde, desde el siglo IX florecían las ciencias, dieron un fuerte impulso para vencer la esterilidad de las ciencias de Occidente desde la caída del Imperio romano de Occidente y la desaparición de la cultura grecorromana, esterilidad que había sido manifiesta, sobre todo, en el campo de la Medicina, constituyendo, como ha dicho uno de los grandes historiadores de la Medicina de nuestros días, «el drama del hombre occidental víctima de sus miserias físicas», y sin ayuda contra las grandes epidemias de la peste y contra el azote de la lepra. *c*) La lucha contra los emperadores germánicos, después que el Imperio hubo alcanzado su apogeo bajo Federico I Barbarroja, y los Papas, desde 1152 a 1250. *d*) El asunto de los templarios y la lucha contra el Papa, ambos durante el reinado de Felipe el Hermoso, de 1285 a 1314, reinado que agotó totalmente el tesoro, de suerte que el pueblo francés estaba empobrecido, descontento. *e*) La Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, de 1337 a 1453, que lanzó a la mayor parte de Francia al torbellino de la miseria y la incertidumbre. *f*) El papado de Aviñón, de 1309 a 1376, signo del debilitamiento del poder político de la Iglesia y, por tanto, de un importante factor de equilibrio. *g*) El Gran Cisma de Occidente, de 1378 a 1429, que subrayaba aún más este debilitamiento. *h*) La rebelión y ejecución de Juan Hus, el reformador checo, uno de los precursores de la Reforma, y las guerras hussitas, que desgarraron Bohemia hasta 1471 y provocaron el debilitamiento del Imperio. *i*) La destrucción total del Imperio romano de Oriente, entre 1453 y 1461, por Turquía, una nueva potencia, llena de amenazas para Europa. *j*) El comienzo, en 1484, de la terrible epidemia de sífilis en Europa Occidental, que, durante más de treinta años, hizo centenares de miles de víctimas. *k*) El comienzo, en 1486, de la epidemia de *suette* inglesa, enfermedad infecciosa febril grave y contagiosa, caracterizada por sudores abundantes, erupción cutánea y trastornos nerviosos y respiratorios, que asoló a la Europa septentrional hasta mediados del siglo XVI, causando más víctimas aún que la sífilis. *l*) La organización, en 1233, de la Inquisición (por el Papa Gregorio IX), esa temible institución creada ya bajo el pontificado de Inocencio III, Papa del 1198 al 1216, para garantizar la búsqueda y castigo de los herejes cátaros, contra los que organizó la expedición que debía terminar con dicha herejía, pero que recibió sus estatutos de Gregorio IX, y se hizo famosa por sus crueldades, primero, debido al fanatismo, pero, pronto, también al interés político de los gobernantes de diversos países, creando un ambiente de terror que jugaba en favor de aquel que trataba de combatir: Satán.

Sin embargo, este fondo, tan triste, es sólo un aspecto de un conjunto mucho mayor. El otro aspecto, asombroso, sorprendente, es el del desarrollo de las Artes, de las Letras, de la Filosofía, que son el resultado de una fecundidad espiritual y creativa de enormes dimensiones. Las maravillas de las iglesias románicas, de las catedrales góticas, construidas con un sentido estético incomparable, por el amor de Dios y para su gloria; las esculturas, de madera, piedra, bronce; las bellezas del hierro forjado, de marfil, los esmaltes, los mosaicos y los grabados; las ilustraciones de las obras escritas, que fijaban las lenguas nacionales en forma de canciones, romances, mis-

terios y crónicas, desarrollándose hacia cimas tales como las obras de Dante, Petrarca y Boccaccio; el florecimiento de la pintura prerrenacentista, la expansión de todas las artes en el Renacimiento, manifestaciones todas de un sentido estético, profundamente arraigado en los pueblos medievales, sentido estético y artístico que trata también de representar a Satán y sus demonios en piedra, en madera, en mosaicos, en pinturas, muchas de ellas pertenecientes a las más importantes obras maestras de la cultura medieval europea. Y que enlazan los dos aspectos del fondo: unen el fondo entero con los exponentes del Mal. En ninguna parte de la historia de la Humanidad, los dos contrarios, el Bien y el Mal, han estado tan cerca uno del otro, con excepción de la tentación de Jesús por Satán en el desierto de Palestina. Y en ninguna parte se ha dado una prueba tan clara de que el hombre puede también resistir la tentación diabólica si, por el amor de Dios, utiliza las fuerzas creativas que le han sido dadas. Satán se aprovecha siempre del hecho de que muchos hombres y mujeres no son conscientes de esa verdad. Lo hacía abundantemente después que hubo alineado a todas sus legiones, con los íncubos y súcubos al frente. Las vanguardias habían organizado perfectamente las tropas auxiliares de brujos y brujas.

III. BREVE CONSIDERACIÓN DE LAS DOS BASES PARA LA ESTRATEGIA DE LA DEFENSA Y DEL CONTRAATAQUE, LA INQUISICIÓN Y EL MARTILLO DE LOS BRUJOS

Cuando, en 1183, el Concilio de Verona, convocado para discutir las medidas consideradas necesarias contra el progreso de la herejía de los patarines en Lombardía —sin duda, bajo la influencia de los bogomilos, que habían encontrado refugio en los Alpes, al norte del valle del Po—, ordenaba a los obispos lombardos entregar a la justicia secular a los herejes que se negaran a convertirse, se ponían las bases de lo que se convertiría en el tribunal especial, la Inquisición.

Toda estructura de poder posee, aun cuando sea sólo por su propia potencia, el derecho a tomar todas las medidas necesarias para hacer fracasar los esfuerzos de otros encaminados a alcanzar dicho poder, e incluso para prevenir tales intentos. La herejía —del griego *hairein* (elegir), término al que el cristianismo dio el sentido contrario a la ortodoxia—, siempre supone, por tanto, alguna forma de rebeldía contra la autoridad religiosa, así pues, contra el poder. Y porque la Iglesia católica considera haber recibido su poder de Dios, la herejía no sólo es una rebeldía contra ella, sino, en consecuencia, contra el propio Dios. La Iglesia, desde el principio de su existen-

cia, tuvo que luchar contra numerosas herejías, dejando siempre establecidos todos los puntos de doctrina que eran sujeto de error o de discusión. Todos los Padres y doctores de la Iglesia se dedicaron a esta tarea. Sus definiciones fueron fijadas por los concilios, que, eventualmente, señalan la existencia de una herejía y la condenan.

Uno de los numerosos ejemplos es la condena del priscilianismo por el concilio de Zaragoza, en el 380. El monje egipcio Prisciliano, gnóstico, que propagó sus doctrinas —mezcla de maniqueísmo y cristianismo, con ritos que se parecen mucho a los tántricos, según las declaraciones del propio Prisciliano, el cual confesaba que se había entregado a ritos obscenos, durante reuniones nocturnas con mujeres infames— por el sur de España, tras la condena de sus doctrinas, marchó a la Galia e Italia, en donde fue condenado a muerte por el emperador Máximo.

En los siglos XI y XII, la Iglesia sintió gran inquietud por el progreso de las herejías en Lombardía y en el sur de Francia. El número de herejes era ya tan grande, y sus actividades tan provocadoras, que no eran suficientes las acciones normales de la Iglesia contra tales peligros. Se necesitaban otras medidas para hacer frente a dichos peligros. La Inquisición, tal como fue organizada por Gregorio IX, que encargó de ella a los dominicos, fue considerada la mejor respuesta a las amenazas heréticas.

Pronto, algunos inquisidores descubrieron ciertos vínculos entre los herejes y los brujos. Solicitaron que se asimilara la brujería a la herejía, pero el Papa Alejandro IV, en 1257, se negó a ello. Mas, inevitablemente, los inquisidores encontraron casos de comercio sexual con el demonio. Y fue pronto vencida la resistencia de las autoridades eclesiásticas a la proposición de colocar tales casos bajo el mismo denominador que la herejía. En 1274, en Toulouse, por primera vez una mujer fue hallada convicta por un tribunal de la Inquisición de dicho crimen y entregada a la justicia secular, que la con-



Antoine Wiertz (1806-1865): La Vanidad y Satán.



Martin Schoengauer (1440-1491):
San Antonio es atormentado por demonios.



Fussli: El súcubo en el sueño. Museo de Basilea.



Gárgola de una iglesia francesa, que representa un demonio, en forma de macho cabrío, copulando con una mujer.

denó a morir en la hoguera. Esta mujer, llamada Angela de Lebarthe, de 56 años de edad, había alumbrado un hijo monstruoso. Esto hizo recaer sospechas sobre ella. Sometida a tortura, confesó haber tenido relación con un demonio. La creencia popular se apoderó pronto del caso y atribuyó al niño cabeza de lobo y cola de serpiente, en tanto que la madre se habría dedicado a robar niños pequeños para dar de comer a su hijo.

Debido a que en el sudoeste de Francia había en ese período muchos brujos, y por tanto muchos demonios, la Inquisición halló otros casos, así como también en Lombardía y en los cercanos Alpes; pero los brujos y las brujas pudieron aún, durante casi dos siglos, mantenerse al margen, o sea, el tiempo que pudieron mantener secretas sus relaciones con los servidores de Satán. Sólo en 1451, el Papa Nicolás V permitió que interviniera la Inquisición contra la brujería, ya que en Francia, el horrible asunto de Gilles de Ray, mariscal de Francia, ejecutado en 1440 por prácticas diabólicas, desencadenó una especie de epidemia de brujería. Con sus nuevos poderes, reforzados más aún por una bula de Inocencio VIII, los inquisidores pudieron penetrar, finalmente, en el terreno del enemigo. Y pronto disfrutaron de una guía de sumo valor para su trabajo, el *Malleus Maleficarum*, de Kramer y Sprenger, los dos inquisidores que habían recibido de Inocencio VIII la orden de combatir el mal en Alemania.

En 1484, Heinrich Kramer *(Henricus Insistoris)* fue nombrado, junto con Jakobus Sprenger, inquisidor general para las regiones de Maguncia, Colonia, Tréveris, Salzburgo y Brema, pero se enfrentó con una gran resistencia, tanto por parte del clero como de las autoridades civiles. Debido a su relación con el Papa, el 5 de diciembre de 1484, Inocencio VIII promulgó su bula *Summus desiderantis*, que le daría la autoridad necesaria. El texto de esta bula fue impreso como una introduc-

ción en el *Malleus*, cuyo título exacto era *Malleorum quorandum maleficarum, tam veterum quam recentiorum autorum,* y al final del libro (cuya primera edición apareció en 1486) iba impresa una exhortación del emperador Maximiliano I, en la cual se decía que todos los súbditos del Imperio debían prestar ayuda, en la medida de sus posibilidades, a los inquisidores. Dicha exhortación iba seguida de una aprobación del libro por la Facultad de Teología de la Universidad de Colonia. Hasta 1520 aparecieron 13 ediciones del libro, y en el período de 1574 a 1669, 16 ediciones más. Cabe suponer que casi todos los inquisidores poseían un ejemplar de la obra y la consideraban como una norma que casi tenía fuerza de ley.

Jacobus Sprenger había estudiado Teología en la Universidad de Colonia, y llegó a ser prior del convento de su Orden en dicha ciudad, y más tarde provincial dominico para Alemania. Nombrado inquisidor en cuestiones de fe por el Papa Sixto IV, condenó, entre otras, las doctrinas heréticas del teólogo Johann de Wesalia, en 1479. De su vida, así como de la vida de su colaborador en el *Malleus*, se conocen muy pocos datos exactos. Es muy probable que estuviera aún en Colonia en 1494, pero la fecha de su muerte no es conocida, así como tampoco la de la muerte de Kramer, que en 1495 era lector de Teología en Salzburgo y poco tiempo después fue llamado a Venecia, mientras que, bajo el Papa Alejandro VI, fue el *Censor fidei* en Bohemia y Moravia.

El *Malleus Maleficarum* ejerció enorme influencia en la lucha de la Iglesia contra las herejías y la brujería, una influencia que se debía a la personalidad de sus autores y, sobre todo, a los consejos dados a los jueces en materia de persecución de brujos *maleficus* (brujo, criminal); *maleficium* (crimen) y sus interrogatorios.

La obra se compone de cuatro partes. La primera identifica los términos herejía y brujería; la segunda aporta un análisis de los maleficios; la tercera precisa los modos de represión —inquisitorial, episcopal y civil—, los interrogatorios de

los acusados y las torturas o «confesiones»; la cuarta señala los exorcismos que se han de aplicar.

En varias de las ediciones más recientes se añadieron tratados de otros autores, como Johannes Nyder (hacia 1385-1438), un dominico que es conocido principalmente por su libro *Formicarium de Maleficiis*, un tratado en forma de diálogo que estudia, a menudo detalladamente, anécdotas históricas y curiosidades sobre la creencia en los brujos, en la posesión demoníaca y en los beneficios del exorcismo. La base del libro estaba constituida, sobre todo, por las confesiones de brujos, interrogados por el juez suizo Pierre de Berne; como el inquisidor romano Paulus Grillandus, cuyas obras son frecuentemente citadas en los procesos contra los brujos, sobre todo su *Tractatus de haereticis et sortilegiis*; Bartolomeo Spina (1475-1546), teólogo dominico, maestro del palacio sagrado bajo el Papa Paulo III, cuya obra más célebre es el *Tractatus de Strigibus et Lamiis*; Bernardo da Como, inquisidor de Como en 1505, autor del libro *De Strigiis* (Sobre las brujas), escrito poco antes de su muerte, acaecida en 1510; Girolamo Mengo, monje franciscano conocido, sobre todo, por su libro *Flagellum daemonum* (Látigo de los demonios), método utilizado en los exorcismos; y otro más, de forma que tales ediciones son más bien un compendio sobre la creencia en la brujería durante la última fase de la Edad Media y el comienzo de la Era Moderna. Y le dio aún más autoridad, de forma que los adversarios del libro, como el jesuita Adam Tanner, y más tarde Johannes Wierus —o Wier, o Weier— y el jesuita Friedrich Spee von Langenfeld, no podían hacerse valer.

Muchas de las concepciones e interpretaciones de los autores añadidas al *Malleus* no se ajustan totalmente a las de Kramer y Sprenger, pero eso no pareció tener ninguna influencia sobre el curso de los procesos contra los brujos. Aparentemen-

te, los inquisidores y los jueces encontraban en las confesiones de los acusados todo lo que les faltaba para condenarles.

Al tratar de la visibilidad de los demonios, Kramer y Sprenger aceptaban el concepto de que éstos tenían el poder de hacerse visibles o invisibles, como prefiriesen. Afirmaban que un demonio puede acoplarse con un hombre o una mujer permaneciendo invisible, pero que prefería ser visible durante el comercio carnal como íncubo o súcubo, «de forma que, mediante esta impureza, puede infectar el cuerpo y el alma de toda la Humanidad, es decir, tanto del hombre como de la mujer, porque es como si fuera un contacto corporal real».

Jerónimo Cardano (1501-1576), médico, matemático y astrólogo, muy interesado en los problemas de la brujería —defendía la creencia en la brujería—, cuenta, en una de sus anécdotas, la historia de una hermosa joven que, un día, descubrió que estaba encinta y confesó a sus padres que tenía un amante, un joven bien parecido que se presentaba siempre misteriosamente en su cuarto, se acostaba con ella y luego desaparecía. Los padres decidieron espiar al joven amante de su hija, y cuando, un día, oyeron ruidos sospechosos, entraron súbitamente en la habitación encontrándola en brazos de un monstruo espantoso. El padre leyó algunas frases del Evangelio de San Juan, lo cual hizo desaparecer al demonio, por el techo, al tiempo que incendiaba todos los muebles. Más tarde, la muchacha dio a luz un niño monstruoso, que fue quemado. Ella nunca había visto a su amante en su forma verdadera.

Cardano llegó a la conclusión de que el demonio le había lanzado un sortilegio, a fin de que ella viera al amante que siempre se había imaginado y que, en realidad, el demonio no podía cambiar su verdadera apariencia exterior, cuando se hacía visible, opinión que no fue compartida por la mayoría de demonólogos.

Los autores del *Malleus* opinaban que la cópula con un demonio era casi siempre dolorosa para una mujer, pero que los íncubos la hacían agradable en ciertas ocasiones, sobre todo en los días más sagrados del año, como Navidad, Pascua, Pentecostés y otros días de fiesta, pues el comercio carnal en tales días, sobre todo cuando era agradable, ofendía a Dios mucho más que el acto doloroso de los demás días.

Jean Weyer (1515-1588), discípulo de Cornelio Agripa, médico de la Universidad de París y tutor de los hijos del rey Francisco I de Francia, con quien viajó, más tarde médico del duque Guillermo de Clèves y que fue el primero en distinguir las seudobrujas de las auténticas demonopatías y en atacar la ignorancia de los jueces y los excesos de sus represiones y torturas, en su libro *De Lamiis* —de los demonios que toman la forma de ancianas y roban niños para asarlos—, proporciona la historia de una monja que estaba totalmente enamorada de su íncubo y languidecía tanto por ser violada por él, que un día le escribió una carta, la cual fue encontrada y se convirtió en la causa de su condena.

Los autores del *Malleus* reconocían también el hecho de que los demonios pueden entrar en un lecho conyugal y tener, como íncubos, comercio carnal con la mujer, mientras el marido duerme. Y si el marido no durmiera bastante profundamente, el demonio podía lanzar un hechizo sobre él que le hiciera dormir más profundamente, de forma que él podría seguir tranquilamente su adulterio.

> «Pero —cuentan los autores— hay maridos que han visto demonios íncubos en acción con sus mujeres y han creído que se trataba de hombres. Y al querer coger un arma y apuñalarlos, el demonio desapareció súbitamente, volviéndose invisible. Entonces sus mujeres los abrazaron, aunque a veces estaban heridas, y se enfurecie-

ron contra ellos, burlándose y preguntándoles si tenían ojos o si estaban poseídos por los demonios.»

Otras dos citas dan una idea de la diversificación que existe en la obra de los dos autores. Podría decirse incluso que para ellos nada había de sorprendente en todo lo sexual y demoníaco. La primera se refiere a su concepto sobre la localización de la fuerza sexual en los demonios y sobre su poder y el poder de la brujería sobre el órgano sexual humano:

> «Los demonios dan, a aquellos con quienes tienen comercio carnal, la idea de que todo su cuerpo desprende fuerza sexual, pero en realidad ésta se limita a su órgano sexual y al ombligo. Esto está muy claro cuando se tiene en cuenta su objetivo, pues mediante la voluptuosidad de la carne tienen mucho poder sobre el hombre; y, en el hombre la fuente de la voluptuosidad se encuentra en su órgano sexual, pues de dicho órgano cae el semen, así como en la mujer cae del ombligo,
>
> ... ...
>
> »Y Dios concedió más poder a la brujería sobre las funciones genitales a causa de la primera corrupción por el pecado que ha llegado hasta nosotros del acto de la procreación; por eso concede un mayor poder sobre el órgano genital, e incluso su eliminación.»

Dejando aparte la extraña lógica de estos razonamientos —ya que la encontramos en todas partes entre los demonólogos, incluso en los del siglo XVIII, y se pregunta uno a veces si toda esta gente no aprendió nada de la lógica de Santo Tomás de Aquino—, la pregunta que primero se plantea es qué tiene que ver todo esto con el interrogatorio y el juicio de brujos y brujas, un interrogatorio que siempre se desarrollaba bajo tortura, y un juicio que nunca fue verdadera justicia. No parece posible una respuesta segura, pero cabría suponer que tales tratados seudocientíficos y seudofilosóficos tenían también como objetivo servir de autojustificación, ya que no dejaban nada por conjeturar: indicaciones de cómo obtener una confesión de los acusados.

La segunda cita está aún más lejos de ese objetivo del *Malleus*. Tratados ya los diferentes aspectos de la primera cita, los autores saltan al párrafo siguiente:

> «Pero el verdadero diablo de la fornicación y jefe de esta abominación lleva el nombre de Asmodeo, lo cual quiere decir Criatura del Juicio; pues, debido a esta especie de pecado, fue ejecutado un juicio terrible sobre Sodoma y las otras cuatro ciudades. Asimismo, el diablo del orgullo se llama Leviatán. Y el de la avaricia y la riqueza es Mammón.»

Asmodeo es el demonio que se nos presenta en la historia de Tobías en el Antiguo Testamento (III, 7):

> «Aquel mismo día aconteció en Ecbatana de Media que Sara, hija de Ragüel, fue insultada por las esclavas de su padre, porque habiendo sido dada en matrimonio a siete maridos, el maligno demonio Asmodeo les había dado muerte antes que con ella hubieran tenido vida conyugal, y le decían: "¿No estás loca tú, que ahogas a tus maridos? Siete has tenido ya, y de ninguno de ellos has llevado el nombre. ¿Por qué nos azotas? Ya que ellos murieron, vete tú con ellos y que no veamos jamás hijo o hija tuya."
>
> »Oyéndolas se entristeció sobremanera, tanto que quería ahorcarse. Pero decía: "Soy la hija única de mi padre; si tal hiciera, el oprobio vendría sobre él y de dolor conduciría su ancianidad al sepulcro." Y oraba puesta a la ventana, y decía: "Bendito eres, Señor Dios mío, y bendito tu nombre, santo y excelso por los siglos. Ben-

dígante todas tus obras para siempre. Y ahora, Señor, en ti pongo mis ojos y mi rostro. Llévame de la tierra y que no oiga ya más ultrajes. Tú sabes, Señor, que yo estoy limpia de todo pecado con hombre y que no he manchado mi nombre ni el nombre de mi madre en esta tierra de mi cautiverio. Hija única soy de mi padre, el cual no tiene hijo que pueda heredarle, ni pariente próximo con un hijo para quien yo deba guardarme por mujer; ya se han muerto siete maridos; ¿de qué me sirve la vida? Y si no te parece bien quitármela, mírame y ten piedad de mí y que no escuche ya más estos ultrajes."

»Fue escuchada la oración del uno y de la otra en la presencia de la gloria de Dios. Rafael fue enviado para remediarlos a los dos, para batir las cataratas de Tobit y para casar a Sara, la hija de Ragüel, con Tobías, el hijo de Tobit, y paralizar a Asmodeo, el maligno demonio, por cuanto a Tobías tocaba heredarla.»

Esta historia, embrollada y que carece incluso de la lógica más simple —el contexto no cambia nada, pues tiene las mismas características— es la única en toda la Biblia en que aparece el nombre de Asmodeo; y ese demonio lo es todo, salvo fornicador. Y ni en los escritos rabínicos, ni en otros autores antes del *Malleus* encontramos la menor indicación de que Asmodeo fuera un demonio de la lujuria. El Asmodeo fornicador es, por tanto, una invención de los dos autores, y el motivo de ello sigue siendo un enigma.

Este hecho, y muchos otros, confieren al *Malleus Maleficarum* un carácter confuso y que, a menudo, carece también de la lógica más simple, lo cual le sitúa, en lo que concierne a tales cualidades, en la misma línea en que se halla la historia de Asmodeo en el libro de Tobías.

No obstante, o quizá precisamente a causa de ello, el *Martillo de los Brujos* se convirtió en un arma mortal para millares de brujos. Y, como en el libro, no hay nada de reconfortante en esta lucha contra el enemigo de la Humanidad.

Ciertamente, tanto Kramer como Sprenger estaban convencidos de la necesidad de la lucha. Estaban completamente convencidos de la existencia de demonios y de sus esfuerzos por seducir a hombres y mujeres a tener comercio carnal con ellos. Las mentes más grandes de la Edad Media, Alberto Magno y Tomás de Aquino, expresaron la misma convicción, de una manera que no dejaba ninguna duda y que no podía ser mal comprendida. Y para ellos, así como para muchos otros, las bulas de los Papas sobre los peligros de las herejías, y los vínculos de esas herejías con la brujería, eran señales de alarma que los obligaban a acciones para reparar el mal. Querían, sin la menor duda, la victoria del Bien. Y causaron mucho mal, mucha injusticia. Ciertamente sin haber sido conscientes de ello.

Y detrás de ellos, y de las víctimas de lo que para ellos era su deber, por el amor de Dios y la redención de las almas en peligro mortal, se encontraba la sombra del Maligno.

CUARTA PARTE

LAS REGLAS DEL PACTO DE LOS ÍNCUBOS Y LOS SÚCUBOS CON LOS BRUJOS Y LAS BRUJAS

¿Pues, qué es lo que podría impedir a un íncubo, cuando ha tomado la forma de un animal, tener comercio carnal con una bruja?

H. Boguet (1550-1619), *Discurso de los Brujos.*

Varios autores dicen, y ello viene confirmado por gran número de experiencias, que el Demonio tiene dos maneras para copular con hombres o mujeres: la que practica con los brujos y las brujas, y la que practica con aquellos hombres y mujeres que no conocen nada de la brujería.

L. M. Sinistrari, *La demonialidad y animales íncubos y súcubos.*

De la maldad de la mujer:
No hay veneno sobre el veneno de la serpiente
y no hay cólera sobre la cólera de la mujer.
Prefiero morar con un león o un dragón,
a habitar con una mujer maligna.

Eclesiástico, XXV.

Que la mujer es como una enemiga de la amistad, un castigo al que no puede escapar, un mal necesario, una tentación natural, una calamidad deseable, un peligro doméstico, un perjuicio deleitoso; ¡un mal de la naturaleza, pintado con bellos colores! Por ello es un pecado divorciarse de ella, si no da motivos. Es ciertamente una tortura necesaria; pues, o cometemos adulterio, divorciándonos de ella, o hemos de soportar cada día sus males.

SAN JUAN CRISÓSTOMO.

Los muchos deseos del hombre lo llevan a cometer un pecado, pero el solo deseo de la mujer le lleva a cometer todos los pecados; pues la raíz de todos los vicios de la mujer es la avaricia.

CICERÓN, *Retóricas, segundo libro.*

Una mujer ama u odia; no tiene una vía intermedia. Y las lágrimas de la mujer son una decepción, pues, aunque pueden ser causadas por un verdadero dolor, pueden también ser una trampa. Cuando una mujer piensa sola, piensa mal.

SÉNECA, *Tragedias.* (KRAMER y SPRENGER, *Martillo de los brujos.*)

I. LOS TRABAJOS PREPARATORIOS PARA LA REDACCIÓN DEL PACTO

Ha habido teólogos que han planteado la cuestión de por qué el Maligno escogió a Eva como primera víctima de la tentación, y por qué Adán no fue directamente puesto a prueba. Por otra parte, no encontraron una respuesta convincente. Para todos los demás, los hechos del Génesis, III, se convirtieron simplemente en la prueba de la debilidad de la mujer, enfrentada con el poder seductor del Mal y que, por esta debilidad, fue ella la que se convirtió en la causa de la caída que significó la muerte para el ser humano. Este pensamiento, así como los sentimientos que están ligados a él, siempre han estado presentes en la teología cristiana, a menudo en forma latente, pero con frecuencia también en expresiones como las citadas en forma de introducción en esta parte del libro, con una violencia y una generalización que excluyen todo juicio equitativo.

Desde el siglo XI, con el progreso de la brujería y de la magia negra —que, en la Europa Occidental, muestra un paralelismo con el progreso de las ciencias, parcialmente por falta de una línea clara de demarcación entre las ciencias exactas y las ciencias ocultas, la Alquimia, la Astrología, la magia, las mancias, la cábala, etc., cuyo conocimiento y práctica se rodea-

ban de misterio—, renacían esos sentimientos, habiendo sido bastante pronunciados entre muchos Padres y doctores de la Iglesia, aunque mucho menos manifiestos durante el primer período de la Edad Media debido también a que, antes del año 1000, la brujería fue relativamente rara (1). Lo cual era arrimar el ascua a la sardina de Satán. Y hemos visto que el curso de la Historia, entre el año 1000 y la fecha en que la Inquisición se encargó de la lucha contra la brujería, le aportó también muchas bazas. Una de las características de la intensificación de la relación entre demonios y brujos en este período nos lleva de nuevo a la cuestión planteada al comienzo de este capítulo: ¿por qué prefiere el Maligno las mujeres a los hombres para sus crímenes contra la Humanidad?

Podemos considerar esta cuestión desde dos aspectos, a saber, del lado del Enemigo, y del de sus aliados preferidos. En lo que concierne al primero, la cuestión se plantea antes, si en esta preferencia el sexo desempeña un papel. Satán es Hijo de Dios. Otros hijos de Dios «hallaron que las hijas de los hombres les complacían, y tomaron por mujeres a todas las que les vinieron en gana, uniéndose a ellas, las cuales les dieron hijos». Esto presupone, pues, un vigor masculino de los hijos de Dios. ¿Debemos ver al hijo de Dios, Satán, también como tal? ¿Y los ángeles caídos? ¿Y su descendencia, los demonios? Esto explicaría su carácter de íncubo. Y su preferencia por la mujer en general, y, más específicamente, por las mujeres brujas.

Si proseguimos en esta línea de pensamiento, de suposiciones, podemos llegar a la conclusión de que la forma de súcubo sería el resultado de una especie de poder de adaptación, impuesta por la estructura sexual humana, poder de adaptación sobrenatural —y, por tanto, posible— al objeto de procurarse el semen humano natural, necesario para el objetivo incubiano de hacer engendrar a una mujer.

(1) Véase, del mismo autor, *El fondo sexual en los procesos contra las brujas.*

Por añadidura, el principio de la bisexualidad se encuentra también, abundantemente realizado, en la Naturaleza, en gran número de especies de plantas y animales de las clases inferiores, como los zoofitos. Ya los hermafroditas obsesionaron a la Humanidad en la Antigüedad, y quizás incluso antes, e inspiraron a los escultores y los pintores, sobre todo en Grecia y Roma.

Cuando consideramos el lado femenino, teniendo en cuenta el hecho de que, desde el comienzo de la Historia, y quizás en la época prehistórica, casi en todas partes el número de brujas y magas superó considerablemente al de brujos y magos, entra dentro de nuestra órbita científica suponer que algo psicológico debe de haber predestinado siempre a la mujer a esta actividad. Y la Psicología, con su fría razón, con sus observaciones objetivas, ha podido comprobar que la mujer posee una fantasía más susceptible que el hombre, que le lleva más fácilmente a la credulidad y la sugestionabilidad, y que está ligada a una inclinación por todo lo que es visionario y por la adivinación. Y en lo que atañe a la producción de filtros y ungüentos, que siempre han desempeñado un papel importante en la brujería, en todo momento se ha mostrado más alta que el hombre, quizá por su mayor experiencia en el arte culinario. Por añadidura, cuando se ha formado una convicción, por más que esté basada en sugestiones irrazonables —y las inspiraciones del Maligno poseen siempre rasgos irracionales, porque tienen por objeto la propia destrucción de las víctimas—, muestra con frecuencia una gran tenacidad hacia lo que se ha convertido para ella en una realidad, aun cuando reconozca que otras personas no pueden comprenderla.

Incluso el lado sociológico de la Psicología ha tomado parte en este análisis, ya que ha descubierto dos factores que, juntamente con los otros, pueden tener una influencia provocadora: la pobreza y el desempleo, que Satán ha encontrado tan a menudo en pobres viudas que en su vejez no saben a qué santo encomendarse, y que, cuando no embrutecen la mente,

causan una agitación que conduce a alguna acción que se encuentra al alcance. O que, por inspiración diabólica, parece estar al alcance.

Pero, en cualquier caso, la Historia está ahí para decirnos que en los siglos XI y XII se intensificó en dos direcciones la colaboración entre las brujas, y también los brujos y los demonios. La de la brujería maligna y la del contacto sexual íncubo-bruja. Y quizá también súcubo-brujo, pero de esto no se conoce casi nada. Esto se ajusta también a la interpretación psicológica. El carácter del hombre, del brujo, es diferente, en muchos aspectos, del de la mujer, la bruja. El hombre es mucho menos influible a las sugestiones, su razón es más fría, más calculadora, es más astuto, considera sus posibilidades, sus riesgos, y aprendió que mientras se mantuviera lejos de la herejía, nada tenía que temer de la Inquisición. Cualidades éstas que no placen a los demonios. Por añadidura, cuando tenía deseos sexuales bastante fuertes, podía satisfacerlos en los *sabbats* con mujeres a su gusto.

Toda esta situación también cambió para él a partir de 1451, disminuyendo el número de brujos, pues el riesgo se había vuelto muy grande. Por ello, el número de brujos condenados a muerte nunca fue elevado.

Existe también el hecho de que en el período anterior a 1451, se conocen muy pocos casos en que la furia del pueblo estallara contra un brujo, mientras que muchas fueron las brujas colgadas por el populacho, que tomaba la justicia por su propia mano en aquellos casos en que se producían catástrofes cuya causa parecía misteriosa, como una mortandad anormal del ganado, o una cosecha exageradamente pobre. Y eso ocurría a menudo contra las ordenanzas de las autoridades civiles.

La imagen cambió para los brujos cuando, después de la primera fase de la represión de la brujería por la Inquisición, que se caracterizó por el fanatismo de los inquisidores, los factores políticos comenzaron a desempeñar un papel, y cuando, como en ciertas regiones, se utilizó la denuncia de los brujos —verdaderos o supuestos— por sus posibilidades de enriquecer al denunciante.

Pero Satán había apostado principalmente por las brujas.

II. LAS CEREMONIAS EXIGIDAS POR SATÁN

También la invención de la imprenta dio un resultado creativo en el terreno de la demonología. Los problemas de la brujería, basada sobre todo en las experiencias de los inquisidores reunidos durante los interrogatorios, bajo tortura, de las personas acusadas, fueron reflejadas en un elevado número de libros y tratados, una especie de jurisprudencia que se convirtió en la fuente principal de nuestro conocimiento de las relaciones de Satán con los brujos y brujas. Así, pues, son fuentes que deben ser evaluadas con la prudencia necesaria, considerando que se trata de confesiones de personas sometidas a presión.

Muchos de esos libros, según el ejemplo del *Malleus Maleficarum,* llevan el estigma del fanatismo, pero también hay algunos que dan la impresión de una cierta equidad en el juicio y la evaluación del tema.

Uno de estos libros, una especie de enciclopedia de la brujería, fue escrito, a petición del obispo de Milán, por Francesco Maria Guazzo —o Guaccio—, religioso de la congregación de San Ambrosio ad Nemus, una Orden local milanesa, hombre que poseía un extraordinario conocimiento del tema. El primer tomo de este *Compendium Maleficarum,* ilustrado con gran número de grabados en madera, que representaban

escenas de *sabbat* y muchas otras hazañas de Satán, de demonios y de brujos y brujas, apareció en Milán en 1608; y los otros en el período que transcurrió hasta 1626.

Trata también del exorcismo, y cita no menos de 322 autoridades, sobre todo a Antonio Martínez del Río (1551-1608), célebre jurista, teólogo y retórico, doctor por la Universidad de Salamanca y, desde 1580, jesuita, autor de otra obra de carácter enciclopédico, el *Disquisitionum magicarum*, que se convirtió también en una de las más importantes fuentes de demonología, aportando las propias experiencias del autor como inquisidor. El libro apareció en 1599 en Lovaina, y estaba dedicado al príncipe-obispo de Lieja. Aunque crédulo e intolerante, y recogiendo las grandes líneas del *Malleus Maleficarum*, propuso que hubiera defensores legales para los acusados de brujería. Guazzo concede también gran importancia a la obra *Demonolatriae Libri tres*, de Nicolás Remy (1550-1602), que fue nombrado teniente general de Alsacia en 1570, y luego Abogado general en 1591, y que se jactaba de haber ejecutado a más de novecientas personas entre 1581 y 1591.

Hay también en el *Compendium Maleficarum* citas de obras de otros dos célebres demonólogos, Petrus Binsfeld, autor del *Tratado sobre las confesiones de los hechiceros y los brujos*, y Henri Boguet (1550-1619), autor del *Discurso de los brujos*.

Binsfeld, arrastrado por los jesuitas de Roma, llegó a ser obispo, y sostuvo el Tribunal de Tréveris contra los brujos.

Dice en esta obra que es preciso otorgar crédito a las confesiones de los brujos, porque todas las confesiones indican su dependencia de Satán. Aunque dudaba de las metamorfosis —la transformación del hombre en animal, que la brujería utilizó, sobre todo durante los *sabbats*, con ungüentos mágicos— y las marcas del diablo —*stigmata* o *sigilum diabolii*, alguna protuberancia en el cuerpo de las brujas a la que los demonios familiares venían a mamar— alentó las denuncias y las torturas.

Henri Boguet, un legista de gran fama, que llegó a ser Gran

Juez de San Claudio, proporcionó en su obra, aparecida en 1602 en Lyon, una codificación, en 70 artículos, de los estatutos y procedimientos de los tribunales de brujería. Su influecia fue muy grande. Él mismo condenaría a la hoguera a más de seiscientas brujas.

En el primer tomo de su *Compendium*, Guazzo ofrece una enumeración de las ceremonias exigidas por Satán para su ayudante.

> «*Primera.* Los novicios deben firmar con el demonio, o con algún brujo o mago que lo sustituya, un contrato formal, por el cual, en presencia de testigos, son incorporados al servicio de Satán, que, a cambio, les da su promesa de que gozarán de los honores, las riquezas y los placeres de la carne.
>
> »*Segunda.* Deben renegar de la fe católica, denunciar su obediencia a Dios y renunciar a Cristo y a la protección de la Santa Virgen María, así como a todos los sacramentos de la Iglesia.
>
> »*Tercera.* Deben arrojar el rosario, el cinturón de San Francisco o de San Agustín o el escapulario de los carmelitas, si pertenecen a alguna de esas Órdenes; la cruz, las medallas, el *Agnus Dei* y cualquier otro objeto sagrado o santo que lleven, y pisotearlo.
>
> »*Cuarta.* Deben jurar obediencia y sumisión al Demonio; deben rendirle homenaje y servidumbre, poniendo sus dedos sobre algún "libro negro" (1) inmundo. Deben asimismo comprometerse a no retornar nunca a la fe de Cristo, a no observar los preceptos divinos, a no

(1) Tales libros, encomendados a la guarda de las autoridades de un distrito, y conservados con el mayor cuidado, contenían las pruebas contra todos los brujos y brujas del distrito. Pero también éstos poseían semejantes libros, calificados de inmundos, guardados por un brujo, delegado por Satán, para su distrito.

hacer buenas obras, sino obedecer sólo al Demonio y asistir diligentemente a las reuniones nocturnas.

»*Quinta.* Deben prometer dedicarse, con todo su poder y todo su celo, a llevar a otras personas al servicio del Demonio.

»*Sexta.* Deben recibir determinado bautismo sacrílego. Y, tras haber abjurado de sus padrinos y madrinas cristianos, se les atribuirán un nuevo padrino y madrina, quienes deben darle la instrucción necesaria en el arte de la brujería; han de renunciar a su propio nombre y tomar otro, la mayor parte de las veces, un apodo absurdo e indecente.

»*Séptima.* Deben cortar un trozo de sus vestidos y ofrecerlo como signo de su homenaje al Demonio, el cual lo toma y guarda.

»*Octava.* Deben mantenerse de pie dentro de un círculo que el Demonio ha trazado sobre el suelo, con otros brujos y brujas, y confirmar allí, mediante un juramento terrible, todo lo que han prometido anteriormente.

»*Novena.* Deben pedir al Demonio que borre sus nombres del libro de Cristo y los inscriba en su propio libro. Entonces el libro negro inmundo en el que habían puesto sus dedos haciendo homenaje al Demonio, es abierto, y sus nombres son inscritos allí por el Demonio con su garra.

»*Décima.* Deben prometer al Diablo hacerle sacrificios periódicos: una vez cada quince días o, al menos, una vez al mes, inmolar algún niño, o poner en ejecución algún encantamiento mortal. Y, semanalmente, ejecutar otros crímenes que debían hacer daño a otros, como provocar el granizo, las tempestades, incendios, enfermedades del ganado y cosas parecidas.

»*Undécima.* El Demonio imprime sobre ellos alguna marca, sobre todo en aquellos de cuya perseverancia

duda. Dicha marca no siempre tiene la misma forma o figura: a veces tiene la forma de una liebre, a veces parece el pie de un sapo, a veces una araña, un gozque o un lirón.

»La marca es impresa en las partes más escondidas del cuerpo; en el hombre, bajo los párpados, o bajo la axila, o en los labios, o en el hombro, en el ano, o en cualquier otra parte; en las mujeres, en general, sobre los senos o en las partes genitales. Y el sello que hace estas marcas no es otro que la garra del Diablo.

»Cuando todos estos ritos son ejecutados según las instrucciones de los mistagogos, iniciadores a los misterios del Demonio, entonces los novicios prometen no adorar nunca al Santo Sacramento, insultar a todos los Santos y, sobre todo, a la Santa Madre de Dios; pisotear y mancillar las imágenes sagradas, la cruz y las reliquias de los Santos, no utilizar jamás los sacramentos o participar en la comunión, no hacer nunca una buena confesión al sacerdote, sino ocultarle siempre su comercio carnal con el Demonio.

»El Demonio, a cambio, se compromete a darle siempre rápida asistencia, satisfacer sus deseos en este mundo y hacerle feliz después de su muerte. Y una vez realizada esta profesión solemne, cada uno de los novicios se retira con un demonio llamado *Magistellus* (maestrillo), para la satisfacción carnal, tomando dicho demonio la forma de una mujer, si la persona que debe ser iniciada es un hombre, o la forma de un hombre, a veces de un sátiro, y en ocasiones de un macho cabrío, si se trata de una mujer que debe ser iniciada.»

Esas once condiciones son, en efecto, el aspecto contrario, diabólico, de la ordenación sacerdotal. Pero el orden en que

son mostradas es en verdad resultado del espíritu de clasificación del autor del *Compendium*, dando la impresión de una organización diabólica que es una especie de Iglesia del Mal. Semejante organización pudo haber existido entre algunas sectas heréticas, pero los brujos y las brujas no estaban organizados.

El elemento que los une es, en primer lugar, la centralización de la persecución y, dentro de ésta, la organización de los métodos de interrogatorio de todos aquellos y aquellas que fueron sometidos a tortura.

Sin embargo, para los inquisidores y jueces de los tribunales especiales, la mano del diablo, en todos los casos que examinaban y juzgaban, debió de darles la convicción de luchar contra la organización del Mal, como se expresa también en el Apocalipsis, en donde Satán organiza sus ejércitos para la lucha decisiva.

Y resulta comprensible que, contra ese fondo de pensamiento y de sentimientos, todo crimen bestial —siempre hay asesinatos con violación, siempre hay muertes de recién nacidos, incendiarios, envenenadores y, sobre todo, envenenadoras, y tantos otros desequilibrados— fuese para ellos una prueba más de la acción de Satán.

Un caso como el de Peter Stumpf, o Stubb, que en 1589 fue apaleado en la calle, luego decapitado, y su cuerpo quemado, es para nosotros un caso de psicopatía y necrofagia, pero como con tantos casos parecidos, los demonólogos se apoderaron de él.

Stumpf había matado a más de diecinueve muchachos y comido sus cerebros. Asimismo había matado a dos de sus hijastras, y fue atrapado cuando estaba devorando un trozo de la carne de su última víctima. Sometido a tortura, reconoció —a las preguntas que iban en ese sentido, pues entre algunos de los cuerpos de los muchachos muertos se había visto a un lobo— que había podido transformarse en lobo con la ayuda de un cinturón mágico, facilitado por su súcubo, y que como

hombre-lobo había matado a los muchachos y devorado sus cerebros.

Este caso, así como algunos otros de la misma especie, fueron considerados como pruebas de que la concepción de Johann Geller von Kaysersberg era falsa. Kaysersberg (1445-1510), doctor en Teología por la Universidad de Basilea, predicador en la catedral de Estrasburgo desde 1478, trató también en su libro *Die Emeis* el problema de los hombres-lobo. Según él se trataba de demonios que habían tomado la forma de lobo y actuaban como tales, y con esta tesis había rechazado, pues, la de la licantropía, que durante tantos siglos, quizás incluso desde el comienzo de la Edad Media, había alentado la superstición de que por medio de alguna materia mágica, ungüento o poción, un hombre podía transformarse en lobo.

El caso de Stumpf, en lo que concierne a su confesión de ser hombre-lobo, fue uno de los que llevaron a Friedrich Spee von Langenfeld a escribir su libro *Cautio criminalis*, aparecido en 1637. Jesuita, y asignado como confesor de los brujos y brujas condenados en Wurzburgo, Spee von Langenfeld (1591-1635), se convirtió en un adversario convencido de los métodos utilizados en los procesos contra los brujos y brujas. Dice en su libro de que la única razón de que no todos los individuos sean considerados brujos o brujas es el hecho de que no todos son sometidos a torturas, y que incluso el Papa, si hubiera sido examinado por un inquisidor, al final habría reconocido ser brujo.

Juro solemnemente que entre aquellas que acompañé a la hoguera, no había ni una de la que se pudiera decir, al valorar todos los hechos, que era culpable de los crímenes de brujería por los que era condenada; y otros dos teólogos me han confirmado esta opinión.

Esta obra le granjeó la enemistad de su Orden.

Había también otros demonólogos que no creían en las ceremonias de iniciación de los brujos y brujas. Entre ellos estaba Johannes Weyer —o Jean Wier— a quien hemos encon-

trado ya, y que, en su libro *De praestigiis daemonum* (De la impostura y engaño de los demonios) muestra su concepción de que los brujos no debían ser perseguidos y que todos, brujos y brujas, a los que se acusaba de crímenes, eran personas melancólicas que se imaginaban haber firmado un pacto con el diablo de forma que, en efecto, eran dignos de lástima. Otra voz en la misma dirección fue la de Johann Klein, quien, a finales del siglo XVI, era profesor de Derecho en la Universidad de Rostock. Klein revisó los casos difíciles de los tribunales de Mecklemburgo en materia de brujería. Su obra *Meditatio* ofrece un análisis de las relaciones sexuales con súcubos e íncubos, que acepta como una realidad, pero niega la descendencia monstruosa de semejantes uniones, y los ritos de iniciación y las exigencias de juramentos del Diablo. Una bruja es bruja porque ella quiere serlo, la mayor parte de las veces por odio hacia sus semejantes. No tiene más que pronunciar en voz alta su deseo de tener comercio carnal, y al instante un íncubo aparece dispuesto a satisfacer su deseo, en cualquier momento del día o de la noche, y en todas partes, en la cama o en el suelo.

Se preguntaba también por qué, debido a que las brujas pueden volver impotente a un hombre, su odio hacia los demás no les hacía volver impotentes a todos los hombres, a fin de hacer desaparecer de esta manera a toda la Humanidad. Su propia visión era que Dios, en su amor divino y misericordioso, no permitiría jamás semejante cosa, que haría perecer a sus hijos bienamados de una manera tan odiosa.

Pero la época no estaba demasiado madura para escuchar a tales hombres. Satán aún disponía de varios siglos para su juego por medio de brujos y brujas, antes de cambiar a la técnica que le prometía aún mejores resultados. Y por el momento podía aún contar con los cuestionarios de los inquisidores y jueces de los tribunales, que en los países protestantes

nada tenían que envidiar a los de la Inquisición de los países católicos, con preguntas tales como: «Has elegido un íncubo. ¿Cuál es su nombre?», y «Has consumado la unión con tu íncubo. ¿Dónde?», y «¿Qué te ha dado tu íncubo por el coito?»

Y cuando las respuestas no venían por sí mismas o no eran bastante claras, el ayudante del interrogador recibía la señal de reforzar un poco la tortura. Por otra parte, las respuestas esperadas fueron consideradas también como pruebas de que Satán no mantenía sus promesas. Cabría preguntarse por qué llegar a esta conclusión, puesto que la infidelidad pertenecía, evidentemente, al Mal.

En lo que concierne a mancillar imágenes sagradas, la cruz y las reliquias de los Santos, y los insultos contra éstos y sobre todo contra la Santa Virgen María, pertenecen al aspecto de obscenidad de la brujería, aspecto que se observa también en la relación sexual con los íncubos y los súcubos, lo cual se manifestaba no sólo en una preferencia por el coito anal, sobre todo durante los *sabbats*, sino también por la creencia de los brujos y las brujas en el poder afrodisíaco de los excrementos.

Boguet deja constancia en su *Discurso de los brujos*: «Y para hacer agua bendita, el Diablo orina en un agujero del suelo, y los fieles son rociados con su orina por el celebrante, con un hisopo negro.»

Guazzo ofrece en su *Compendium* la confesión de una muchacha que había participado en un *sabbat*. El agua bendita había sido producida por una cabra «que meaba en un agujero hecho en el suelo».

Para Jean Bodin (1529-1596), profesor de Derecho en Toulouse, jurista de gran fama, cuya obra *De la República* es consultada todavía hoy en cuestiones de Derecho constitucional y administrativo, la utilización de la orina como agua bendita en los *sabbats* era motivo de un violento ataque en su *De la demonomanía de los brujos*, aparecido en 1580, contra

todos aquellos que habían pretendido que los lugares de los *sabbats* debían estar siempre muy cerca de un río o un lago, porque los brujos necesitaban agua para provocar el granizo, golpeando el agua con su vara. «Pues —razonaba Bodin— si no hay agua, hacen un agujero en el suelo, orinan en él y golpean su orina.»

QUINTA PARTE

LAS POLÉMICAS TEOLÓGICAS Y CIENTÍFICAS SOBRE LA INFLUENCIA DIABÓLICA EN LAS RELACIONES SEXUALES CONYUGALES Y SOBRE LA POTENCIA SEXUAL Y LA FERTILIDAD DE LOS ÍNCUBOS Y SÚCUBOS EN SUS RELACIONES CON LOS SERES HUMANOS

Sabemos que hay muchos monstruos nacidos en el mar de la unión de dos peces de diferentes especies; y que se han encontrado algunos que se parecen al hombre, y que, según algunos naturalistas y doctores, están procreados de la semilla de un hombre ahogado. Y en lo que concierne al tritón, resulta difícil creer que haya sido engendrado por la semilla de un hombre muerto, o que el cuerpo de un hombre ahogado pueda secretar el semen capaz de procrear. No puede caber duda de que el hombre marino es engendrado por la unión de dos peces, y que la Naturaleza, que gusta de las variaciones, ha dado la forma de un hombre a la parte superior del cuerpo: de la misma manera, hace nacer animales que se parecen al hombre, como el simio y el animal brasileño llamado perezoso, que tiene

el tamaño de un zorro y es como una mujer en su cara y sus cabellos, exceptuando su garganta disforme.

H. BOGUET (1550-1619), *Discurso de los brujos.*

Y, ciertamente, el apetito del coito es un deseo sensual; la tristeza, la melancolía, el furor y la ira son causados por el rechazo del coito, son pasiones sensuales, como se observa en todos los animales; engendrar por medio del coito es, evidentemente, una operación sensual. Pues bien, todo ello tiene lugar con íncubos, como se muestra más arriba: estimulan a las mujeres, a veces incluso a los hombres; son rechazados, se quedan desolados, se enfurecen como amantes, practican un coito perfecto y, a veces, engendran. Todo eso significa, pues, que poseen sentidos. Y, en consecuencia, un cuerpo. Por tanto, que son animales perfectos. Y aún más que esto: entran donde quieren, incluso cuando las puertas y ventanas están cerradas, poseen una presciencia y predicen el futuro, componen y dividen, y todas esas operaciones pertenecen a un alma racional; por eso, poseen un alma racional y son, pues, animales racionales.

L. M. SINISTRARI (1622-1701), *La demonialidad y animales íncubos y súcubos.*

I. SATÁN NO GUSTA DE LOS MATRIMONIOS, Y CONVIERTE A SUS ÍNCUBOS Y SÚCUBOS EN PERTURBADORES DE LA FELICIDAD CONYUGAL, A MENUDO CON AYUDA DE BRUJAS

Cae de su peso que el odio de Satán contra la raza humana se dirigía continuamente contra la institución a la que la Iglesia atribuía tan alto valor. Asimismo, entra dentro de la lógica diabólica proseguir lo que había comenzado con la seducción de Eva, el ataque sobre lo que se consideraba el lado débil del matrimonio. Tertuliano había llamado ya a la mujer la puerta de Satán; ocho siglos más tarde, San Pedro Damián, la llamó víbora venenosa, tigresa sedienta. Y Kramer y Sprenger, en su *Malleus*, dijeron:

«Supera al hombre en superstición, sensualidad, mentira y frivolidad; y, en su deseo de venganza, como carece de fuerza física, busca la alianza con el Diablo, y, en sus encantos, tiene el medio de satisfacer su lubricidad vindicativa.»

Muchos otros demonólogos siguieron estos ejemplos. Y a veces, en su fanatismo, perdieron de vista, si no la santidad

del matrimonio —que no se relaciona sólo con el marido—, sí la función de la mujer para el mantenimiento de la raza humana.

Pierre de Rastegny, señor De Lancre (1553-1631), restableció, aunque tal vez no de una manera consciente, el equilibrio en su libro *Incredulidad e impiedad del Sortilegio plenamente convencido*, aparecido en 1622:

> «Los médicos, filósofos, teólogos y jurisconsultos buscan las razones y las causas naturales por las cuales los hombres pueden volverse embrujados e incapaces de producir efecto alguno en su matrimonio, y han encontrado varias de las que el Demonio puede servirse fácilmente para trastornar los matrimonios mejor avenidos, engañar al mundo y contentar a los brujos que han pactado con él.
>
> »La primera razón: Cuando despierta el odio de uno de los cónyuges hacia el otro, o recíprocamente entre ambos, bien por calumnia, por sospecha o por cualquier enfermedad con la que el malvado demonio los infecta.
>
> »Como cuando Venus o Medea, celosa de las damas de Lemnos, descendió a dicha isla sembrando en ella alguna droga, por cuyo olor todas las mujeres apestaban tanto, que sus maridos no podían acercarse a ellas. O bien el Diablo les trastorna de tal manera la fantasía que, a veces uno, a veces el otro, creen que hay en ellos algo extremadamente odioso y formidable.
>
> »En ocasiones, el Diablo hace que parezca que se aman apasionadamente, pero cuando se abrazan, se despierta en ellos un odio tremendo, muerden y arañan como seres rabiosos. Pues el Demonio enciende primero el fuego para darles el incentivo y calentarlos a voluntad, haciendo aparecer al marido la belleza de su mujer de forma que ésta resulte muy deseable. Pero apenas trata él de acercársele, cuando la presenta con un ta-



Goya: El diablo en forma de vampiro.



Antoine Wiertz: Salida para el aquelarre.



Giulio Romano (1492-1546): Zeus y Tetis.



Miguel Ángel (1475-1564): Leda y el cisne. Londres, National Gallery.

maño tan exorbitante y una forma tan monstruosa que, al igual que los espejos de Hostius que reflejaban todos los miembros con un tamaño desmesurado, el amor se aleja rápidamente y deja paso al horror.

»Segunda razón: Cuando el Diablo provoca un impedimento tal que los cuerpos de los esposos no pueden unirse, y los divide y separa, manteniéndolos en distintos lugares; o bien cuando ellos tratan esforzadamente de unirse, y él interpone algún fantasma o supuesto cuerpo entre ellos.

»Tercera razón: Si se impide a los espíritus vitales que fluyan por sus conductos ordinarios para descender a los vasos de la generación, lo cual hace que el hombre no pueda soltar el esperma.

»Cuarta razón: Si la semilla o esperma prolífica es secada y robada.

»Quinta razón: Si el miembro se reblandece cuando el marido quiere servirse de él para conocer a su mujer.

»Sexta razón: Cuando el Demonio hace que los brujos usen algunos agentes naturales que arrebatan el medio y la fuerza al marido para poder terminar con esta fatiga amorosa y llevar a buen fin el acto matrimonial, que es el maleficio más corriente, como dice Remy.

»Séptima razón: Cuando el Maligno cierra la boca de la naturaleza, o produce en ella una curvatura demasiado grande, o que retire o apriete al hombre sus partes genitales, o que se las arrebate enteramente.

»Octava razón: Cuando el Demonio maligno inserta el miembro del hombre con la naturaleza de la mujer de tal modo que ambos se encuentran atados, presos y pegados, como si fuera con liga, y tan poderosamente que apenas se les podría desligar o separar, *sine maxima capitis diminutione...*»

La imagen que ofrece De Lancre en esta enumeración está basada en una observación más objetiva que la mayor parte de las comprobaciones sobre las relaciones sexuales entre el hombre y el Diablo. Existe otro aspecto diferente en el libro que escribió sobre sus propias experiencias como investigador y juez en gran número de casos de brujería: dice en él que todas las confesiones que logró de los acusados se obtuvieron sin aplicar ninguna tortura.

De Lancre, nacido en Burdeos, desempeñó allí el cargo de juez a partir de 1582. En 1608, el rey Enrique IV lo nombró investigador sobre la brujería en el país de Labourd, región del País Vasco, que tenía como villa principal Bayona, una región que pertenecía al reino de Navarra, que Enrique había heredado de su madre, Juana III de Albret, reina de Navarra, la cual había abrazado el protestantismo.

Desde el comienzo de la influencia protestante en toda Navarra, la brujería hizo allí un gran progreso. Según los datos que se poseen de este período, a finales del siglo XVI y principios del XVII, en los alrededores de Burdeos y Hendaya, millares de participantes de ambos sexos acudían a los *sabbats*, donde muchos demonios, evocados por las brujas, se mezclaban entre todos aquellos hombres y mujeres, llegados allí para buscar la voluptuosidad del acoplamiento con los espíritus malignos que, se decía, habían encontrado refugio en ese rincón de Francia, tras haber sido expulsados del Japón y las Indias holandesas por los misioneros.

Los plenos poderes dados a De Lancre, junto con la orden de terminar con lo que se había convertido en una auténtica epidemia en dicha región, le permitían actuar con la máxima severidad, así como utilizar todos los medios que considerara necesarios. En cuatro años, y después de pronunciar seiscientas condenas a la hoguera, terminó su tarea. El rey Enrique IV le agradeció sus buenos servicios.

Poco tiempo después de su regreso a Burdeos, publicó su *Cuadro de la inconstancia de los ángeles malos y demonios, en donde se trata ampliamente de los brujos y la brujería, junto con los procesos dictados contra ellos y la figura del Sabbat.* El objetivo que perseguía De Lancre con este libro era aportar la prueba de que sus procesos contra los brujos y brujas eran ejecutados «con una conducta jurídica mucho más correcta, y más solemnidad que en otros imperios, reinos, repúblicas y Estados».

Durante los siguientes diez años, De Lancre llevó a cabo un profundo estudio de los diferentes problemas de la adivinación, de la brujería y de la influencia diabólica en las relaciones sexuales, normales y con los demonios.

Los resultados de dicho estudio de un hombre que, sin duda, era un erudito, y al que se conocía también como promotor de las Bellas Artes, fueron publicadas en 1622 en el libro *La incredulidad e impiedad del sortilegio plenamente convencido.*

En este libro pretende que, a veces, un demonio que desea copular con una mujer, lanza un hechizo al marido, el cual «se torna como una estatua y se ve obligado, de esta manera, a ver con sus propios ojos cómo su honor es violado, sin que sea capaz de impedirlo. La mujer, tomada por la fuerza, suplica a su marido que la ayude, pero el hombre, embrujado, con las manos juntas y la mirada extraviada, no puede hacer más que contemplar su vergüenza».

Guazzo, en su *Compendium*, cita a Pedro de la Palu, un teólogo tomista del siglo XIV, quien dijo que los demonios tienen cinco maneras de impedir que un marido cumpla con su deber hacia su mujer: se colocan entre ambos esposos, de forma que éstos no pueden tocarse entre sí, o hacen desaparecer el deseo, o actúan directamente sobre el miembro del hombre, haciendo imposible la erección.

Guazzo dice aquí que este último método es contrario a lo que Hostiensis dice en su *Summa*, es decir, que cuando la im-

potencia se debe a una causa natural, el miembro se ablanda y ningún estímulo puede causar la erección, mientras que, cuando la impotencia es provocada por brujería, el miembro puede ponerse erecto bajo un estímulo, pero no puede llevar a cabo el coito.

En el *Malleus*, los autores revelan otra forma de intervención de los demonios para impedir el cumplimiento de los deberes conyugales como, por ejemplo, la desaparición aparente del miembro viril. Los demonios podían, según los autores, poner entre el cuerpo de su víctima y sus sentidos de la vista y el tacto algún objeto en forma de su cuerpo, muy liso y de color carne «de forma que le parece que no puede ver y sentir más que un cuerpo liso, que no es interrumpido por un órgano genital».

Asimismo, las brujas podían lanzar un sortilegio sobre el órgano sexual del hombre, de manera que le pareciera que dicho órgano había desaparecido. Remy cuenta, en su *Demonolatría*, la siguiente historia:

> «Un hombre de edad, guardián de la fortaleza de Bassompierre, se había casado con una mujer joven, pero continuó sus relaciones con una mujer que había sido su amante antes de su matrimonio. Su mujer estaba indignada por la presencia de aquella adúltera, que no podía compararse con ella, con su juventud y belleza, y, tal como ocurre en estos casos, contó sus problemas a una vecina y le preguntó qué podía hacer. Dicha vecina, cuyo nombre era Lahira, le dijo que podía estar tranquila, pues ella tenía un remedio para esa desgracia, y le dio una hierba que había cogido en su jardín, diciéndole que si mezclaba el jugo de aquella planta en la comida de su marido, éste olvidaría inmediatamente a su otro amor. Así, pues, la mujer hizo lo que le aconsejaban, y

> el marido, apenas hubo ingerido la pócima, sintió pesadez en la cabeza y cayó en un profundo sueño. Al despertar, descubrió, no sin vergüenza, que había perdido su masculinidad. Como no podía mantener esto en secreto, le contó a su mujer su desgracia; y ésta, comprendiendo que había sido engañada por su propia imprudencia y su irreflexión, y que al envidiar su parte a otra lo había perdido todo, le contó toda la historia a su marido, y le imploró que la perdonara, porque todo lo había hecho por su gran amor por él. El marido la perdonó en seguida, pues comprendió que él mismo había causado toda aquella desgracia por su voluptuosidad, y llevó el asunto ante el señor de la plaza, François de Bassompierre.
>
> »Éste, considerando que era de su incumbencia cuidar de la salud de uno de sus siervos, y castigar de una forma ejemplar a la bruja por este crimen tan infame, hizo traer a la mujer ante él, y la aterrorizó tanto con sus amenazas, que la convenció para que devolviera al hombre lo que aparentemente le había quitado. Ella lo hizo, dándole otra hierba. Condenada, pues, por su propia acción, fue encerrada en prisión y pronto sufrió la suerte que había merecido en las llamas.
>
> »Sin embargo, queda perfectamente claro que no se había tratado de una pérdida real del órgano sexual del hombre, sino que un hechizo había sido puesto ante los ojos de aquellos que se imaginaban que el órgano había desaparecido. Pues, ¿cómo podría ese organismo crecer de nuevo, si hubiera sido cortado, como la cabeza u otro miembro al que se hubiera amputado del cuerpo?»

Boguet habla de ello también en su *Discurso de los brujos*:

> «Las brujas causan también la desaparición del miembro viril de un hombre, y pueden hacerlo aparecer

de nuevo según su capricho. Eso se practica, sobre todo, en Alemania.

»A veces, esas brujas hacen imposible el comercio carnal entre los esposos, debilitando los nervios y privando de esta manera al miembro de su rigidez. Asimismo, pueden bloquear los conductos del semen, de forma que la semilla no puede entrar en la matriz. Y pueden mantener este impedimento tanto tiempo como les plazca, esparciendo la semilla de la discordia entre los esposos.»

Guazzo cita el caso de un íncubo que, enamorado de la joven esposa de un hombre fuerte, le endureció la semilla, de manera que una masa, dura como piedra, se amontonó en el conducto, lo cual hizo desaparecer el orgullo de la esposa en la fuerza de su marido.

El mismo autor cita también casos en los que los demonios o las brujas impedían la consumación de los matrimonios, haciendo impotente al marido en la noche de bodas, provocando el drama en el lecho nupcial, lo cual se convertía en el origen de grandes desavenencias entre los esposos.

Podían también convertir en víctima a la mujer, cerrando su órgano sexual tan fuertemente, que el marido no podía penetrar en él.

Las brujas podían alcanzar el mismo resultado con la magia negra, un método que ya era muy conocido en la Antigüedad, sobre todo para causar la impotencia en el hombre.

Especialmente las brujas griegas tenían diversos métodos, como filtros, ungüentos, hierbas, que debían ser colocados bajo la cama de la persona en cuestión y, en primer lugar, el anudamiento del ceñidor, la mayor parte de los cuales habían sobrevivido a todos los cambios de los tiempos, de forma que los demonólogos, basándose en las pruebas de Santo Tomás de

Aquino de que los demonios pueden impedir la copulación de diferentes maneras, se ocupaban intensamente de lo que se llamaba la ligadura.

Ivo de Chartres, un teólogo de comienzos del siglo XII, parece haber sido el primero en escribir un tratado detallado sobre ello, y muchos otros siguieron su ejemplo, lo cual parece implicar también que, al igual que en la Antigüedad, el hombre de la Edad Media y de la Era Moderna tenía un verdadero miedo por la impotencia, miedo que, por lo demás, no ha disminuido en nuestros días.

El anudamiento del ceñidor —que tenía la gran ventaja para el brujo y la bruja de que hacía su efecto a distancia, y del cual habla ya Virgilio en su *Bucólica*, libro VIII, y Plinio el Viejo en su *Historia Natural*, donde dice que se puede remediar dicha influencia mágica frotando grasas de lobo en el umbral y los dinteles del dormitorio— consiste en anudar, en el momento de la ceremonia del matrimonio, una cuerda, un cordel, una correa o un lazo, lo cual tiene sobre todo el efecto deseado si se hace cuando los novios se prometen obediencia y fidelidad.

El mismo método podía ser aplicado también para quitar a una mujer todo deseo sexual, o para impedir la concepción, otra causa de discordia entre los esposos.

Había decenas de diferentes nudos, todos los cuales tenían un objetivo distinto, en lo que se refiere a la clase de intervención y la duración del efecto.

En la Antigüedad se encontró, junto a la grasa de lobo, gran número de medios y métodos de protección contra tales peligros mágicos, que llegaron también a la Edad Media, sobre todo en forma de amuletos. Un método, de invención medieval, parece ser el efecto de prevención logrado al orinar sobre las alianzas matrimoniales la misma mañana del matrimonio. Y durante el matrimonio, este método con las alianzas podía curar una impotencia del hombre, provocada por brujería. Entre los amuletos, el pentagrama y la herradura tenían un gran

predicamento, pero también gozaban del favor popular las piedras a las que se había practicado un agujero.

En el *Malleus Maleficarum*, Kramer y Sprenger cuentan un caso de otra forma de intervención maléfica por parte de una bruja en la dicha conyugal:

> «Hay en la ciudad de Coblenza un pobre hombre que estaba embrujado de la siguiente manera: En presencia de su mujer tiene la costumbre de actuar al modo como hacen los hombres con las mujeres, es decir, practicando el coito, como si fuera real, y sigue haciéndolo varias veces, y ni los gritos ni las llamadas urgentes de su mujer tienen ningún efecto sobre él. Y cuando ha repetido dos o tres veces esta fornicación, grita: "¡Empecemos de nuevo!", cuando ninguna persona mortal está cerca de él o se halla a su lado. Y después de un número increíble de tales fornicaciones, el pobre queda totalmente agotado. Cuando ha recuperado sus fuerzas un poco, y le preguntan qué es lo que le ha ocurrido, y si ha tenido contacto carnal con una mujer, responde que no ha visto nada, pero que su espíritu ha sido poseído de alguna manera por ese deseo, y que entonces no puede resistirlo. Y, en efecto, tiene una fuerte sospecha de que cierta mujer lo ha embrujado de esta manera, pues él la había ofendido, y ella lo maldijo con palabras de las que se podía deducir que aquello iba a ocurrir.»

Guazzo, Sprenger y Kramer, Grilland, Spina y otros han relatado también casos en los que Dios ha restaurado la potencia perdida por algún acto de brujería, como respuesta a las plegarias y las promesas de no comprometerse jamás en adulterios u otras acciones prohibidas, y, si estaba casado, de convencer a Dios de que no había llevado a cabo el matrimonio

con el único objetivo, o el objetivo más importante, de poder abandonarse impunemente a sus deseos voluptuosos.

Si comunicó tales deseos a su confesor, éste podía imponerle penitencias e incluso peregrinaciones a algún lugar santo, al objeto de buscar allí la curación del mal, que, según esta concepción, debía también reprocharse, porque su propio comportamiento lo hizo vulnerable a la acción de alguna bruja, que, de haber llevado una vida como lo exige la Iglesia, no habría podido atacarle.

Existen también en sus obras casos en los que los demonios utilibazan afrodisíacos; Guazzo cita a De la Torre, el cual pretendía que el demonio incluso podía introducir estimulantes afrodisíacos en el estómago de la víctima. Los brujos y las brujas lo hacían por medio de filtros. También podían hacerlo por medio de algún método muy antiguo, como el maleficio, sobre todo con la ayuda de una figura de cera, o de barro, deseando que dicha figura sintiera todas las caricias que se le hagan, o todos los tormentos, en forma de pinchazos o de quemaduras.

Jean Wier, en su *Historias, disputas y discursos sobre encantamientos y hechizos*, publicado en Basilea en 1556, escribe:

> «Algunos creen causar daño a otro haciendo una imagen con el nombre de aquel al que quieren herir; la hacen de cera virgen o nueva, y le colocan un corazón de golondrina bajo el sobaco derecho, y el hígado bajo el izquierdo. Entonces cuelgan la efigie por el cuello con un hilo nuevo y pinchan la figura en alguno de sus miembros con una aguja nueva, diciendo algunas palabras que omito expresamente, por temor a que los curiosos abusen de ellas.
>
> »Esa imagen está hecha a veces de bronce, y para mayor deformidad le cambian los miembros, como por ejemplo, haciéndole un pie en lugar de una mano y vol-

viéndole la cara al revés. Para hacer mayor daño, hacen la imagen en forma de hombre, y le escriben cierto nombre en la cabeza, y a los costados ponen estas palabras: *Alif, lafeil Zazahit mel meltat levatam lentace*; luego la entierran en un sepulcro. Para lograr el mismo efecto, como ellos llaman, preparan dos imágenes, cuando Marte domina: una es de cera, y la otra es fabricada con la tierra de un hombre muerto; se coloca el hierro con que ha muerto un hombre, en la mano de una de las imágenes, para horadar con él la cabeza de la imagen que representa aquel al que se quiere hacer el mal intencionadamente.

»Para lograr el amor de una mujer, se hace una imagen en la hora de Venus, se compone con cera virgen, en nombre de aquella que se ama, se inserta un carácter y se la calienta cerca del fuego. Al hacer esto, se acuerda uno de algún ángel, cuyo nombre se pronuncia. Se puede aplicar también este hechizo para despertar la voluptuosidad de la persona que se desea seducir, agrandando el órgano sexual de la imagen que representa a esta persona. Y si se quiere hacer a dicha persona insensible a los deseos sexuales, se perfora el órgano sexual de la imagen con una aguja nueva.»

De todo lo que la literatura de los demonólogos nos revela sobre tales hechos, se puede extraer la conclusión de que todas las anomalías sexuales, físicas y psíquicas, fueron atribuidas a acciones de demonios, íncubos y súcubos, o a la brujería. En la Edad Media y en los primeros siglos de la Era Moderna —uno de cuyos primeros productos era el *Malleus Maleficarum*—, seguía existiendo el misterio de la sexualidad. Sus anomalías no podían reducirse a alguna estructura causal, comprensible, como ocurre con algunas de ellas en la actualidad.

Y los propios impulsos sexuales no habían perdido nada de su fuerza.

Otro factor desempeñaba aquí también un papel. A finales de la Edad Media se produjeron una serie de cambios sociales y psicológicos. El feudalismo se debilitaba, el poderío económico de las ciudades aumentaba, el papel del dinero se hacía más importante, tanto para el pequeño comerciante como para el artesano, unidos en guildas, lo cual les proporcionó un poder colectivo creciente que encontró su eco en un mayor sentimiento de dignidad personal, mientras el progreso de la técnica, aunque siempre muy lento, exigía en muchas ramas un mayor conocimiento y habilidad. Todo ello contribuyó a un proceso de individualización del hombre, que en la época románica y gótica tenía gran espíritu de cuerpo, ese espíritu que, entre otras cosas, halla su expresión en la construcción de las catedrales. La individualización, que por una parte era la reacción a un desarrollo general, contenía, por lo demás, algunos peligros, como un aumento de la competencia y de los celos y un gran refuerzo de la conciencia del ego, llevando fácilmente a todo tipo de enfrentamientos con el pensamiento y las concepciones del prójimo. Y, debido a ello, a una mayor vulnerabilidad, que fácilmente podía conducir a tensiones psíquicas, influyendo también en la esfera sexual de la vida. Otro aspecto más de este desarrollo fue el aumento de la prostitución en las ciudades, juntamente con un cierto grado de libertinaje de muchos hombres que habían tenido éxito en la vida.

Todo esto significa que las tensiones sexuales aumentaban también y, como siempre ha ocurrido —y como vemos especialmente en nuestra época— iba acompañado de un aumento de las perturbaciones en las manifestaciones de la sexualidad física y psíquica.

Y esto seguía estando, como antes, ligado a la creencia en el Diablo y los demonios, no contradicha por la Iglesia ni por los grandes espíritus de esa época. El resultado era esa atmósfera de inestabilidad, de disminución del equilibrio, que abrió

la puerta al progreso no sólo de las herejías, sino también de la práctica de la brujería y, a través de ellas, a lo que se convirtió para el hombre en la realidad de todo signo de intervenciones satánicas en su vida.

En esta atmósfera, las sugestiones del Maligno encontraban un auditorio cada vez mayor. Y como reacción, eso reforzaba el fanatismo de aquellos que se habían preparado para luchar contra él.

En este contexto es en el que hay que ver no sólo los acontecimientos que se desarrollaban, sino también las opiniones de los paladines del cristianismo en esta lucha, entre ellos, a Kramer y Sprenger, Boguet y De Lancre. Su horizonte no era tan amplio e iluminado como el nuestro. Pero, ¿qué dirán del actual, dentro de cuatro o cinco siglos, nuestros descendientes?

II. PROBLEMAS DE LA MORFOLOGÍA (1) DE LA ANATOMÍA Y DE LA FISIOLOGÍA DE LOS ÍNCUBOS Y SÚCUBOS

Al parecer, los dioses griegos fueron los primeros de la Historia en descender de sus moradas celestes a la Tierra en forma humana. Quizá los hijos de Dios de los que se nos habla en el Génesis, VI, tienen una tradición más antigua, pero en primer lugar su forma humana aparece vaga en la corta descripción de ese capítulo del Génesis, y su aparición histórica data del siglo IX antes de nuestra Era, mientras que la de las divinidades griegas, que data del mismo período, es concretamente antropomórfica.

Pero ni en la Biblia, ni en las escrituras rabínicas, ni en las obras de autores griegos que tratan de los problemas de esta materia, filósofos, médicos y naturalistas parecen haber tratado en encontrar una explicación de la naturaleza de esas transformaciones. Se las aceptó como tales, probablemente porque pertenecían, por así decirlo, a la imagen antropomórfica de las divinidades creada por los griegos y los antiguos judíos.

Para los cristianos de la Antigüedad, Satán era el Satán que había tentado a Jesús, un ángel caído, un espíritu como

(1) Del griego *morphè* (forma), *logos* (ciencia).

los demás ángeles, algunos de los cuales, cuando debían cumplir órdenes divinas sobre la Tierra, tomaron también la forma humana, como, por ejemplo, el ángel que se apareció a Abrahán, los que se aparecieron a Lot, el que se mostró a Agar en el desierto, el arcángel Rafael, que hizo el viaje con Tobías a Media, y muchos más.

La tradición cristiana pretende que Satán se apareció al comienzo de la Era cristiana en una forma majestuosa. En el siglo IV, la tradición hace que Satán se apareciera a San Martín, a veces como Zeus, y otras, como Afrodita o Atenea. En esa época, toma también con frecuencia la forma de un hombre hermoso con una figura imponente, investido en ocasiones de una dignidad majestuosa. Ocasionalmente adopta hasta la forma de Cristo. Así se apareció al hermano Rufino, el teólogo y amigo de San Jerónimo. Pero Rufino tuvo alguna sospecha, y le mandó abrir la boca, ya que quería, dijo, poner un poco de abono en su lengua. Furioso, Satán desapareció en la roca donde se hallaba la cabaña del hermano, creando así la famosa gran hendidura que existe en el monte Alverno.

Se apareció también a San Antonio en forma de un gigante, cuya cabeza llegaba a las nubes, y en otra ocasión se mostró al santo como un dragón llameante. Por tercera vez, se le apareció en forma de serpiente.

Existen también relatos en los que sus brazos son como serpientes, y otros que atribuyen dicha forma a su miembro.

Cassian, un autor del siglo V, cuenta que el abate Jean de Lycus era visitado por el demonio Zabulus bajo la forma de un etíope repulsivo.

Durante los primeros cinco siglos de la Edad Media, Satán no se mostró aparentemente a nadie, ya que no existe en ese período descripción alguna referente a su físico ni, por otra parte, relativa al de los íncubos y súcubos. Ni siquiera en el año 1000 se aparece personalmente, aunque inicia sus preparativos para el ataque, enviando a uno de sus siervos al cronista Raul Glaber, en forma de una figurilla, con barba de chivo, que se mantuvo durante un rato de pie ante su cama, y luego desapareció. Las otras dos veces la figura era mayor, con la misma barba de chivo, con dientes de perro, joroba y grupa que se agitaba. Y Glaber no sospechó que se trataba del propio Satán.

Después de esta presentación a un hombre que, mediante sus escritos, informó al mundo de tales visitas, Satán se apareció innumerables veces en los siglos siguientes, y a menudo en varios lugares a la vez, en esta forma, asemejándose tanto a los sátiros de la antigua Grecia como al dios Pan. A menudo se aparecía totalmente negro.

Desde fines del siglo XV, se van diversificando cada vez más las descripciones de Satán por parte de los acusados y acusadas de los tribunales de la Inquisición y otros encargados de juzgar los actos de brujería. En muchas de ellas se reconocía la estructura de las preguntas del inquisidor o del investigador, pero tampoco es imposible que los interrogados, en su mayoría mentes sencillas, bajo la impresión de sus experiencias, dieran libre curso a su fantasía. En todo caso, hay declaraciones de que Satán se apareció también como ángel luminoso, como paloma y como cordero.

Por otra parte, Brognoli, un exorcista de la segunda mitad del siglo XVI, pretendía que incluso los íncubos y súcubos se podían aparecer en forma de ángeles de la luz, a fin de dar la impresión de que su cópula con hombres y mujeres era aprobada por Dios. Pero, según Brognoli, el propio Satán se apareció la mayor parte de las veces en forma de un hombre muy pequeñito de negros y desordenados cabellos y miembro muy grande. Esto lo hacía muy difícil de distinguir de los íncubos, que con gran frecuencia adoptaban también dicha forma.

Debido al hecho que casi nunca Satán se daba a conocer como tal, era muy difícil, incluso para inquisidores e investigadores, determinar con exactitud si las personas acusadas habían tenido contacto con el príncipe de los demonios o con alguno

de sus súbditos, incluso en lo que concierne a la presidencia de los *sabbats*, ya que también los íncubos y los súcubos podían estar allí, en forma de macho cabrío, como sustituto de su amo. La imagen morfológica de Satán sigue siendo, pues, bastante vaga. Y ello ocurre asimismo con los íncubos y súcubos, ya que, aunque los íncubos podían adoptar la forma de un hombre hermoso, podían aparecerse también en diferentes formas animales, como macho cabrío, perro, serpiente, semental negro, y, en todas esas formas, siempre dispuestos a realizar su función de íncubo, mientras que los súcubos, aunque adoptaban casi siempre la seductora forma de una mujer o una joven muy bellas, podían tratar de lograr su objetivo también en forma de una cabra, una perra o una yegua.

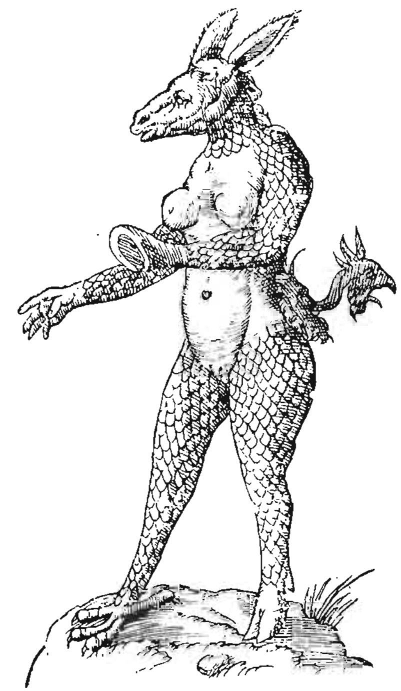
Esto quiere decir que el aspecto morfológico no podía llevar a más definición que la de la variabilidad del aspecto de Satán, de los íncubos y de los súcubos, sin que se pudiera comprobar ninguna regularidad en los cambios. Los demonólogos no podían hallar línea alguna en ninguna parte. Se enfrentaban siempre con la arbitrariedad total de los espíritus malignos. Y la única conclusión exacta, en la que todos coincidieron, era su convicción de que Dios, en su misericordia, no permitía nunca que Satán adoptara una forma de imitación perfecta. Siempre debía existir alguna deformidad que permitiera reconocer la impostura del Maligno y sus servidores.

Y esta conclusión llevaba a otra: no reconocer el disfraz —factor que a menudo era esgrimido por los acusados como prueba de su inocencia— era una prueba de su culpabilidad, ya que, de otro modo, habrían podido descubrir la impostura y habrían tenido las posibilidades de defenderse eficazmente.

La anatomía de Satán y sus demonios, la determinación de la naturaleza de la corporalidad, de la materia de los cuerpos, de la estructura de dicha materia en los órganos de Sa-



Símbolo de la lujuria. Grabado en madera, del siglo XV.



Satán, soberano del mundo. Grabado en madera, del siglo XVI.



Un demonio. Grabado en madera, del siglo XV.



Demonio, según el libro «Milagros de Licostono». Basilea, 1537.



EL CIELO, LA MUERTE Y EL INFIERNO.
Alegoría. Grabado en madera, del siglo XV.



D. van Wynen (1661-1690). Escuela holandesa:
La tentación de san Antonio.

tán y de los demonios colocaban a teólogos, demonólogos y naturalistas ante enormes dificultades, ante un número tan elevado de preguntas, que no encontraban, para buscar una respuesta, una base comparativa con el conocimiento de la materia terrestre.

Pero estaba el hecho de la cópula, experimentada por un número tan elevado de hombres y mujeres, y también la fecundación de mujeres por íncubos. Sólo esto parecía hablar en favor de la evidencia de que los íncubos tenían un cuerpo material.

San Basilio —uno de los primeros que se ocupó de ese problema— llegó a la conclusión de que los cuerpos de los íncubos y los súcubos, que ellos utilizaban para el comercio carnal con hombres y mujeres, eran encarnaciones compuestas de vapores condensados. Y esta opinión no fue compartida solamente por algunos contemporáneos suyos del siglo IV, sino mucho tiempo después, también, por muchos demonólogos.

Al juzgar semejante concepción debemos tener en cuenta el hecho de que en la Antigüedad, la Edad Media y una gran parte de la Era Moderna, toda la materia se consideraba compuesta solamente de cuatro elementos: agua, tierra, aire y fuego, basado esto en la teoría de Empédocles (485-425 a. de J. C.), médico y filósofo griego que tuvo gran influencia en el desarrollo de la Medicina y las ciencias naturales hasta finales del siglo XVIII d. de J. C. Empédocles opinaba también que cada uno de esos cuatro elementos fundamentales participa, de manera indivisible, en agrupaciones variadas, de forma, que, para él, no existía, por decirlo así, una generación, sino que toda la materia era sólo un juego de mezclas y de cambios. Elementales o complejas, esas uniones y separaciones se operan en virtud de la afinidad de lo semejante por lo semejante y de la repulsión de los contrarios. El cuerpo humano es el resultado del simple azar de tales encuentros y «amistades» mecánicas.

Basándose en esta concepción, San Basilio aportaba su formulación, la única que, según él, podía explicar el hecho de que, durante el coito, el íncubo y el súcubo pudieran ser tocados, sentidos, por sus compañeros humanos. Para San Basilio y sus adeptos, esta concepción daba también respuesta a la cuestión de los cambios de visibilidad e invisibilidad. Los demonios podían en cada momento hacer desaparecer los vapores condensados y, para hacerse visibles, volverlos a condensar al instante. La cuestión de cuáles eran esos vapores, y cómo se producía la condensación o la evaporación, no se plantea para San Basilio, ni para otros, en este período. En apariencia, el hecho conocido de la evaporación del agua y de la condensación del vapor de agua se consideraba como prueba suficiente.

San Agustín fue el primero en no aceptar esta teoría. Sostenía que ni los íncubos ni los súcubos poseían cuerpos materiales, sino sólo «imaginarios»; pero debió de haber llegado a la conclusión de que, con esta concepción, no podía explicar ni el hecho de que durante el coito podía tocárseles, ni el que forzosamente habían de tener una percepción sensorial, lo cual presuponía la existencia material de órganos sensoriales, pues más tarde aceptó una corporalidad de los íncubos y los súcubos.

Santo Tomás de Aquino, que, habiéndose ocupado del problema del Diablo, se enfrentó con la cuestión de su corporalidad, halló la solución citada anteriormente: los demonios no poseen un cuerpo material, pero pueden tomarlo prestado de hombres y mujeres vivos. Por lo demás, no aporta ninguna explicación acerca de cómo hacen tal cosa.

Nikolaus de Jaur, teólogo de comienzos del siglo XV, había llegado también a la conclusión de que los demonios no poseen un cuerpo por sí mismos, pero sí son capaces de «revestir una forma humana», porque pueden crear ilusiones, como hacen cuando parecen transformar a seres humanos en animales.

El filósofo inglés Henry Moore (1614-1687), platónico de gran fama, se ocupaba también de la brujería en su libro *Antídoto contra el Ateísmo*, en el que admite la existencia de la brujería, de los *sabbats*, de los íncubos y súcubos, e incluso acepta la metamorfosis. Asimismo, explica en él por qué, en su opinión, tantos brujos y brujas tuvieron la experiencia de la frialdad del cuerpo de los demonios y, sobre todo, del miembro de los íncubos. Porque —razonaba Moore— el demonio construye su cuerpo mediante la coagulación del vapor de agua, y dicho cuerpo debe ser, por tanto, frío, como lo son la nieve y el hielo que se forma también a través de la coagulación, directa, del agua. Y, en efecto, cuando el vapor de agua se coagula, se convierte primero en agua. Por ello —continúa— el miembro del íncubo es sentido como un trozo de hielo.

Pero esta explicación no es aceptada por todos los demonólogos, pues había muchos casos en los que, según las declaraciones de los brujos, ese sentimiento de frío persistió, mucho tiempo después del coito, en la vagina. Para algunos demonólogos, esto constituía, en cierto modo, la prueba de que el demonio había reanimado, para el acto, el cuerpo de un hombre muerto recientemente (pues no podían aceptar que cuerpos en estado de descomposición pudieran ser reanimados).

Sin embargo, algunos no se mostraban de acuerdo con esta última concepción, pues estaba también el hecho de que, con mucha frecuencia, las brujas apestaban terriblemente. Y querían ver en esto una prueba de que los íncubos utilizaban cuerpos en descomposición.

Existía una corriente de oposición contra los conceptos vertidos por Moore y, de forma más general, la teoría de la coagulación, que tenía su origen en otra vertiente por completo distinta. Se trataba del hecho que Satán y sus demonios

se mostraban casi siempre como animales negros o muy oscuros. Y este color era precisamente el contrario de la nieve y el hielo. Estos oponentes podían citar lo que habían dicho, respecto al problema, los célebres demonólogos Nicolás Rémy y Henri Boguet.

El primero de ellos había afirmado:

«Sin duda, la razón de este hecho es —como escribió Pitágoras— la de que el color negro tiene una relación con el mal; y resulta apropiado que sea también negro todo lo que se dedica y sacrifica al autor e instigador del mal.»

Por su parte, Boguet escribió:

«Siempre que Satán adopta la forma de un hombre, éste es negro, como han declarado todas las brujas. Y para mí existen dos razones principales para que sea así: la primera es que el Padre y Príncipe de las Tinieblas tal vez no sea capaz de disfrazarse de tal forma que no se le pueda reconocer en todo momento; la segunda es que esto constituye la prueba de que siempre trata de hacer el mal; pues, como dice Pitágoras, el mal es simbolizado por el color negro. Y eso es lo que quería dar a entender Timur Lang el Grande cuando, mientras asediaba una ciudad, al tercer día hizo levantar tiendas negras como advertencia de que pasaría a cuchillo a todos los habitantes de la ciudad, si no se rendían. Y mucho tiempo antes que él, los antiguos griegos estimaban la cosa de mal augurio si, al sacar un lote, éste era negro.»

No obstante, ni Rémy ni Boguet negaban la frialdad de Satán y de los íncubos y súcubos.

Boguet cita en su libro una serie de testimonios de la sensación de intensa frialdad experimentada al contacto con íncubos y súcubos:

«Una bruja belga, Digna Robert, en 1565, dice que el diablo era frío en todos sus miembros. Una tal Ponsète de Essey, condenada en 1585, cuenta que cuando puso la mano sobre el pecho de su íncubo, sintió que estaba duro como la piedra y frío como el hielo. En el *Sabbath* de North Berwick, en Inglaterra, en el año 1590, el diablo ordenó a los asistentes que le besaran el trasero, declarando todos que éste era frío como el hielo. Varios autores dicen que, cuando los asistentes debían cogerle la mano, la notaban fría como el hielo.»

Existen testimonios que atribuyen a Satán dos caras —una, en su sitio normal, y la otra, bien debajo del miembro, bien en el trasero—. Ya en el siglo XV, el arte plástico se apoderó de esta curiosa anomalía anatómica, y el siglo XVI aporta muchas más imágenes de esto. Hay también testimonios de que el íncubo poseía un miembro detrás, y otros, de que tenía dos: uno, delante, y otro, detrás.

El hecho es que, en la mayor parte de los procesos contra las brujas, la cópula constituía uno de los puntos esenciales de la acusación, dirigiendo evidentemente el interés de los inquisidores, quienes llevaban a cabo, a menudo, detallados interrogatorios sobre la naturaleza de esta cópula y la del órgano sexual, especialmente de los íncubos.

La mayoría de las brujas atestiguaban que el miembro de los íncubos estaba hecho de cuerno; algunas lo describían como cubierto de escamas, que se abrían cuando retiraba el miembro de la vagina, lo cual causaba profundo dolor y hemorragias. Otras habían comprobado que el miembro era mitad de carne y mitad de hierro; para algunas, había sido duro como el hierro y, para otras, suave y parecido a una serpiente.

En lo que atañe a las medidas, las opiniones diferían mucho.

De Lancre cuenta que, según una bruja de Labourd, el miembro de su íncubo era tan largo y grueso como un antebrazo, y muy bien proporcionado, mientras que una bruja del Franco Condado, al este de Francia, estaba segura de que el miembro de su íncubo no era mayor que su propio índice. De Lancre deduce de esta gran diferencia que Satán servía a las mujeres de Labourd mejor que a las del Franco Condado. Otra bruja cuenta que su íncubo tenía un miembro muy grande, pero carecía de testículos.

La mayoría de las brujas había sentido el miembro frío o muy frío, experimentando muchos brujos la misma sensación con respecto al órgano sexual de sus súcubos. Pero también aquí había evaluaciones diferentes. Una serie de brujas declaraba que cuando el miembro había penetrado en ellas, sintieron como si todo su vientre ardiera. Y otras tenían la experiencia de que durante la penetración, el miembro estaba muy frío, pero que ardía como el fuego al ser retirado.

Para la mayoría de las brujas, el coito con un íncubo había sido doloroso. Rémy dice de ellos en su libro:

«Pero todas las que nos proporcionaron datos acerca de su cópula con el demonio, están de acuerdo en el hecho de que no hay nada que pueda resultar más desagradable y más frío. En Dalheim, Petronio de Armentières declaró que, en el mismo momento en que abrazó a su súcubo, Abrahel, todos sus miembros se endurecieron. Hennezal, en Vergaville, en julio de 1586, dice que fue para él como si penetrara en una cavidad fría como el hielo, y abandonó a su Schwarzburg antes de la eyaculación. Y todas las brujas pretenden que los llamados miembros de sus íncubos son tan grandes y duros, que no pueden ser recibidos sin gran dolor. Alexèe Drigie, en Harcourt, el 10 de noviembre de 1586, explicó que el miembro de un íncubo, aun cuando estuviera sólo parcialmente en erección, era tan largo como un utensilio de cocina —cuya longitud indicó mientras hablaba—, pero que no tenía testículos, ni escroto. Claudia Fellet, en Mézières, el 2 de noviembre de 1584, dice que sintió el miembro de su íncubo como la lanzadera de un torno, tan hinchado que no era capaz de penetrar a la mujer más ancha sin causar dolor. Esto se ajusta a la queja de Nicole Morèle, de Serre, la cual, el 19 de enero de 1587, declaró que, tras una cópula tan miserable, tenía siempre que meterse en cama, como si estuviera agotada por una larga y violenta agitación. Didatia de Miremont, en Preny, el 31 de julio de 1588, dice también que, aunque había tenido muchas experiencias con hombres, quedaba siempre tan afectada por el enorme miembro de su íncubo, que las sábanas se empapaban de sangre. Y casi todas las brujas pretendían que los íncubos las abrazaban contra su voluntad, pero que ellas nada podían hacer para resistirlos.»

Sin embargo, no todas las brujas tenían las mismas experiencias que las interrogadas por Rémy. Había algunas que no encontraban desagradable la cópula con su íncubo, y otras según las cuales sus íncubos eran tan viriles, que llegaban a efectuar el acto veinte y hasta cincuenta veces en una sola noche con ellas. Otras admitían que no habían sido forzadas por su íncubo para la cópula.

Los demonólogos no aceptaban una virilidad tan manifiesta por parte de los íncubos. Consideraban que, en realidad, sólo habían tenido lugar algunas cópulas, y que las otras habían sido imaginarias, o incluso sugeridas por los íncubos, al objeto de impresionar a esas mujeres con su virilidad.

El teólogo Silvester Prierias, maestro de San Bartolomé Spina y autor del libro *De Strigimagis* (Sobre los brujos-magos), publicado en 1521 en Roma, y que interrogó a gran número de brujas que tuvieron comercio carnal con íncubos, complicaba aún más la anatomía del miembro de los demonios, afirmando que éste era bifurcado como la lengua de la serpiente. Ello le permitía la cópula simultánea normal y por el ano. Y había íncubos —según él—, cuyo miembro era tridente, de forma que podía exigir de una bruja, al mismo tiempo, la *fellatio*.

Pero no hay ningún otro demonólogo que hable de ello. Y es probable que Prierias, tan próximo a las fuentes de la historia de la antigua Grecia, encontrara algunas imágenes de hombres bifálicos y trifálicos, como aparecían en los cortejos de Dionisos, con sus sátiros, silenes, ménades y bacantes. Estos segundos y terceros falos eran artificiales, colocados

sobre el propio. Había también en Grecia y en Italia Meridional, la antigua Gran Grecia, muchas lámparas, camafeos y broches con imágenes de dos y tres falos. Y los hay de cuerno monofálicos y bifálicos, para ser colocados sobre el miembro, que datan del Mesolítico, período preshistórico que va del 12000 al 6000 a. de J. C., y que ciertamente se utilizaron en uniones en las que se adoraba a alguna divinidad de fertilidad. Y como las divinidades de la antigua Grecia, al igual que tantas otras, se habían convertido en demonios, Prierias pudo, involuntariamente, sugestionar a las brujas interrogadas por él.

Por contra, el profesor luterano de Teología, doctor Johann Mattheus Meyfarth, de Erfurt —que en su obra *Christliche Erinnerung* (Recuerdo cristiano), publicada en 1635, se alzó contra los abusos de los tribunales de brujas y las confiscaciones de los bienes de los brujos y brujas condenados, lo cual, sobre todo en Alemania, había dejado en muchos casos un sabor amargo— era de la opinión de que los íncubos no tenían en absoluto miembro. La cópula con ellos era totalmente imaginaria. Basaba esta opinión en el hecho de que algunas vírgenes, acusadas de brujería, y que confesaron haber copulado con íncubos, no mostraban ningún signo de desfloración.

Asimismo, Hermann Witekind, profesor de la Universidad de Heidelberg, amigo de Melanchton —reformador que fue uno de los redactores de la *Confesión de Augsburgo*, el estatuto de las Iglesias luteranas— que, en uno de sus tratados, publicado en 1585, atacó la ilusión de la brujería y su cruel represión, había formulado ya la opinión de que los contactos sexuales con demonios eran totalmente imaginarios.

Otros que participaban de la opinión que los demonios no poseían miembro, pero que no querían aceptar que todas las brujas habían tenido simplemente esas imaginaciones, buscaban la solución del problema en otra dirección: afirmaban que

el demonio comenzaba con el preludio del coito, y en el momento crucial, colocaban en su lugar a un brujo, que realizaba entonces la cópula.

Abrogio de Vignati, autor del *Tractatus de Haereticis* (Tratado de herejes), afirmaba que los demonios no poseen cuerpos materiales, ni pueden revestir un cuerpo, y que todo era ilusión, incluso su habla, ya que carecían de voz real, y no podían emanar de ellos palabras. Asimismo, cuando el demonio parece comer una cosa, es pura ilusión. Y no pueden tener comercio carnal con mortales, aun cuando parezca que lo realizan.

Pico della Mirandola (1463-1494), sabio italiano de gran fama, espíritu universal, da con su obra *La Striga* (La Bruja), aparecida en 1524, el primer libro sobre la brujería en Italia, otro punto de vista sobre la naturaleza de las cópulas con los demonios. En su opinión, tales cópulas proporcionaban a las brujas infinitamente más placer y satisfacción que la cópula normal. Y lo mismo ocurría en el caso de los hombres con súcubos.

Este punto de vista tan diferente se basa en el hecho de que en Italia —con excepción de algunas regiones de Lombardía y de los Alpes, en donde se habían refugiado los herejes—, la brujería tenía un carácter distinto del resto de la Europa Occidental. La bruja italiana ejerció una profesión, dice J. Burckhardt, el célebre historiador suizo (1818-1897), en su *Civilización del Renacimiento en Italia.* Quería ganar dinero, y era preciso, ante todo, que tuviera sangre fría y reflexión. En ella no cabían las fantasías histéricas de las brujas del Norte, ni lejanas expediciones de íncubos y súcubos; la *strega* era un agente de placer. Si se le atribuía el poder de tomar diversas formas, de trasladarse rápidamente a puntos alejados, no lo contradecía, aunque, por lo demás, era realista y se mantenía lejos de toda herejía. Y la Inquisición no la encontró peligrosa.

En lo que se refiere a la fuerza de los íncubos y los súcubos, había también puntos de vista diferentes. Su fuerza sexual fue reconocida como grande e incluso formidable por la mayoría de brujos y brujas, pero había otros que declaraban que su íncubo no podía lograr una buena erección. Y también otros que se lamentaban de que su íncubo tenía una eyaculación prematura.

Existen asimismo historias de que los íncubos y súcubos podían ejercer una gran fuerza física, violando a su víctima. Los íncubos podían incluso transportar a una mujer hacia otro lugar distinto, en un abrir y cerrar de ojos. La naturaleza de dicha fuerza era un misterio; y tampoco se halló una respuesta convincente a la cuestión de la naturaleza de sus sentidos.

San Agustín ya se había ocupado de este problema, llegando a la conclusión de que los sentidos de los espíritus debían de ser más vivos que los del hombre. Y tratándose de seres mucho más antiguos que el hombre, debían de tener también una experiencia mucho mayor, a la vez que, en su calidad de espíritus, proseer la capacidad de ver los acontecimientos futuros y, por tanto, predecirlos. Por todo ello, cuando tomaban una forma corporal, debían ser más rápidos en sus movimientos.

El II Concilio de Nicea (año 787), que trató también de este problema, llegó a la siguiente conclusión:

«En lo que atañe a los ángeles y arcángeles y sus poderes, a los que debemos añadir nuestra propia alma, la Iglesia católica es en verdad de la opinión que se trata de inteligencias, pero que no carecen enteramente de cuerpo y órganos de los sentidos. Por el contrario, la Iglesia les atribuye un cuerpo sutil etéreo o ígneo, en concordancia con lo que está escrito: *Hace a sus ángeles, ángeles-espíritus, y a sus mensajeros, un fuego brillante...*

»Aunque no son corporales del mismo modo que nosotros, que estamos hechos de los cuatro elementos, es imposible decir que los ángeles, los demonios y las almas son incorporales; pues han sido observados muchas veces, en su propio cuerpo, por aquellos a los que Dios ha abierto los ojos.»

Ni Miguel Psellos, en su *De Daemonibus* —donde reconoce que los demonios tienen un cuerpo real, aunque sea de naturaleza distinta de la del cuerpo humano—, ni santo Tomás de Aquino, ni los demás demonólogos, hasta finales del siglo XV, abordaron este problema. Exceptuando el primero, hombre del siglo XI, los demás consideraron en apariencia que la conclusión del IV Concilio de Letrán, en 1215 —que formalmente hace de ello un artículo de fe, al decir que «Dios es el Creador de todas las cosas, visibles e invisibles, espirituales y corporales, Creador que ha hecho de la nada a toda criatura espiritual y corporal, angélica o terrestre»—, era una base suficiente para aceptar los sentidos de los demonios, porque los ángeles tienen sentidos, como lo advierte, de forma indudable, la Santa Biblia.

No olvidemos tampoco que, en esta fase de la Historia, las funciones de los sentidos humanos seguían siendo más o menos misteriosas, lo cual sigue ocurriendo hoy en diversos aspectos. Pues aunque ahora conocemos muchos detalles de la anatomía y la función fisiológica del ojo y, parcialmente, del nervio óptico que lo une con el centro de visión cerebral, lo que pasa en ese centro sigue siendo uno de los más grandes enigmas. Lo mismo ocurre, a grandes rasgos, con los otros cuatro sentidos, por no hablar de lo que llamamos el sexto sentido, nuestra vinculación inconsciente con lo sobrenatural.

El hombre de la Edad Media y de principios de la Moderna iniciaba tan sólo el desarrollo del sentido crítico con respecto a los problemas inexplicables de la naturaleza y de la mente humana, sentido crítico que se ha convertido en propio por nuestra penetración en las profundidades de la materia y sus leyes. Y, asimismo, vivía mucho más cerca que nosotros de

los tres grandes misterios de la doctrina cristiana: la Trinidad, la Encarnación y la Redención, que forman parte del misterio de Dios. Pero precisamente por todo ello, era más crédulo que nosotros. Y semejante credulidad se demuestra claramente con frecuencia aun en la práctica de las ciencias, iniciada en el siglo XI, y, sobre todo, allí donde no existían los medios para una observación exacta.

Las consecuencias de semejante situación espiritual se manifiestan claramente en las distintas opiniones que existían acerca de la posibilidad de fecundación de una mujer por un íncubo.

Ya hemos visto que San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Ulrich Molitor, Pedro de la Palu, Martín de Arles y los dos autores del *Malleus Maleficarum* aceptaban dicha posibilidad. El primero en negarla fue Miguel Psellos, el cual, en su *De Daemonibus*, manifestó: «Si los demonios eyaculan semen, a éste le falta, como al cuerpo de quien procede, tanto calor que nada puede ser más incapaz y menos apto para la procreación.»

Rémy, defendiendo a Psellos, aportaba también otros argumentos en favor de este punto de vista. «Es bien sabido —dice— que un individuo de una especie no puede fecundar a un individuo de otra especie. Y es bien sabido también que lo que no posee vida no puede dársela a otro ser, de ninguna manera. Pues el proceso de la procreación es gobernado por las leyes de la Naturaleza, según las cuales el semen sólo puede ser fecundo cuando procede de un hombre vivo. Así, pues, es imposible que el demonio utilice semen de un cuerpo para una fecundación. Tampoco es posible que un demonio, actuando como súcubo, puede obtener semen de un hombre vivo, ya que la vagina de un súcubo es fría como el hielo, y no puede, por tanto, estimular suficientemente el sistema nervioso del hombre, cosa necesaria para lograr una eyaculación. Pero aun cuando esto pudiera ocurrir, y el demonio se adelantara en función de íncubo hacia una mujer, entonces está claro que la eyaculación del íncubo será fría y, por ello, probablemente infértil.»

Alegó como prueba que todas las brujas habían atestiguado la frialdad del semen de sus íncubos, y que todas las que fueron interrogadas, nunca habían sido fecundadas por sus íncubos, como cuando tenían edad para ello.

Este último hecho, observado lógicamente también por otros, fue explicado diciendo que un íncubo no podía fecundar a una bruja si ésta no le había dado expresamente su consentimiento.

Asimismo, se enfrentaban otras dos opiniones entre aquellos que aceptaban la fecundación de una mujer por un íncubo. Algunos pretendían que los demonios podían utilizar el esperma humano eyaculado durante el sueño, y —decían— los demonios podían incluso provocar tales sueños con ese fin. Pero otros creían que ese esperma no podía ser tomado por un demonio, porque dicha eyaculación no era voluntaria; así, pues, la persona en cuestión no es culpable de ningún acto malvado, como la masturbación, y, por tanto, tal semen no podía ser empleado abusivamente por un demonio.

Había brujas que declaraban que el semen de su íncubo siempre fue abundante. Y hubo demonólogos que no sólo aceptaron tales declaraciones, sino que encontraron una explicación para las mismas.

Uno de los primeros en defender este punto de vista fue el médico español Francisco Valesio:

«Lo que los íncubos introducen en la matriz de las mujeres no es un semen humano normal, en cantidad normal, sino abundante, muy consistente, muy caliente, rico en espíritus y libre de serosidad.»

Thomas Malvenda (1566-1628), célebre, sobre todo, por su

libro *De Antichristo*, Libri XI, obra que le muestra como uno de los teólogos y filósofos más profundos de su tiempo, recoge esta tesis de Valesio como base de su disertación sobre este tema, en la que afirmó —basándose en el hecho que el Anticristo debía ser engendrado por un demonio en una mujer— que los niños nacidos de semejante fecundación son de elevada talla, muy fuertes, impertinentes, arrogantes y astutos.

«Para los demonios es muy fácil procurarse dicho semen —escribe—, pues no tienen más que elegir hombres ardientes y robustos cuyo semen, por naturaleza, es muy copioso, y con los cuales tienen, como súcubos, comercio carnal, y entonces eligen mujeres de la misma constitución y copulan con ellas como íncubos, procurando que el hombre y la mujer tengan un orgasmo más intenso que el normal, pues cuanto mayor es la excitación sexual, más abundante es el semen.»

Belarmino (1542-1621), el célebre jesuita, teólogo y autor, cardenal desde 1602, apoyó esta opinión, así como Francisco Suárez (1548-1617), el *Doctor Eximius*, uno de los más grandes teólogos de la Iglesia católica. Pero Benedicto Pereira (1535-1610), que en 1552 entró en la Sociedad de Jesús y se hizo célebre en Roma por sus estudios sobre las Santas Escrituras, adopta una posición contraria en su *Comentarios sobre el Génesis*. Según él, «toda la fuerza y potencial de fecundación del semen se encuentra en espíritus vitales que se evaporan en el mismo momento en que el semen es eyaculado fuera del cuerpo y sin entrar en el cuerpo de la mujer: todos los médicos lo afirman. Por consiguiente, no es posible que el demonio pueda preservar el semen en el estado esencial necesario para la fecundación, ya que para dicha preservación sería necesario que el recipiente en que lo guarda fuera tan caliente como el recipiente del órgano sexual del hombre. Ahora bien, en recipientes en los que el calor no es intrínseco, sino externo, los espíritus vitales sufren cambios necesariamente, y no puede efectuarse una fecundación.

»Existe también otra objeción: la de que la generación es un acto vital en el que el hombre engendra con su propio semen, llevando éste por sí mismo al órgano que la Naturaleza ha dado a la mujer para la generación. Pero si el demonio lleva este semen del hombre al órgano de la mujer, este acto no es del hombre mismo, y no se puede decir, por tanto, que el hombre al que perteneció engendrara el feto que resulte de ello. Tampoco puede decirse que el íncubo sea su padre, ya que el semen no pertenece a su propia sustancia. Por consiguiente, ese niño habría nacido sin padre, lo cual es absurdo.

»Tercera objeción: Cuando el padre engendra de forma natural, hay una cooperación de dos contingencias: una es material, ya que entrega el semen que es la materia de la procreación; la otra es eficiente, ya que se trata del agente principal de la fertilización, como afirman los filósofos. Pero en el caso de que el demonio pasara el semen del hombre a la mujer, el hombre sería sólo el productor de dicho semen y, por tanto, sólo la contingencia material, sin actuar como fecundador. No podría, pues, ser considerado como el padre de ese niño, engendrado en tales circunstancias, y esto se opone claramente a la noción de que el niño engendrado por un íncubo no es su hijo, sino hijo del hombre cuyo semen es tomado por el íncubo.»

Así, pues, Pereira se muestra, en lo que concierne a este tema, como un adversario directo de Santo Tomás de Aquino. Y esta línea de pensamiento es continuada por Ludovico Maria Sinistrari (1622-1701). Nacido en Ameno, en la diócesis de Novara, en el Piamonte, Sinistrari, después de estudiar Humanidades, entra en la Universidad de Pavía, en la Orden Franciscana. En esa esfera religiosa continuó sus estudios, primero, en el período que va del 1647 al 1653, de la Pedagogía y la práctica de la enseñanza. Adquirió un gran conocimiento de esos temas y fue nombrado profesor de Filosofía

en la Universidad de Pavía. Un año más tarde ocupó la cátedra de Teología en dicha Universidad. Pronto su reputación se extendió al mundo occidental. Jóvenes de todos los países iban a estudiar con él.

Pero Sinistrari no se sentía solamente llamado a la enseñanza. Su profunda convicción religiosa y su también profundo amor por el prójimo le llevaron durante los quince años de ese profesorado a predicar en muchas ciudades y pueblos italianos. En todas partes donde subía al púlpito, las iglesias estaban abarrotadas, pues con su gran elocuencia y su candor sabía penetrar en los corazones de su auditorio.

Sus dones y su gran erudición llamaron la atención de Roma. Fue nombrado consultor del Tribunal Supremo de la Inquisición, lo que se convirtió para él en motivo de un profundo estudio sobre el Diablo. El resultado de ese estudio fue su libro *De Daemonialitate, et Incubus, et Sucubus*, obra que no sólo refleja el enorme conocimiento del tema tratado, sino que nos revela también una estructura de composición que es un ejemplo de razonamiento científico en el sentido más estricto de la palabra, y en todas partes ha quedado profundamente vinculada a la Filosofía.

Pero, como todos los sabios, el autor no podía traspasar los límites impuestos por las ciencias de su tiempo. Por tanto, en lo que concierne a los hechos de la Física y la Psicología, que él necesitaba para su razonamiento y sus conclusiones, debía aceptar los puntos de vista de los médicos de esa época, cosa que, por lo demás, quien escriba hoy un estudio en el que deba usar los datos médicos conocidos —lo cual no significa que todos esos datos sean definitivos— no tiene otra elección.

En verdad, hoy somos conscientes de que, con todos nuestros conocimientos, nos hallamos apenas al comienzo de un desarrollo científico y técnico, y que siempre nuevos descubrimientos pueden verter nueva luz sobre muchas cosas que, de momento, deben ser aceptadas como verdades, como realidades, y hacerles perder una parte muy grande de su valor, e incluso todo.

Los sabios del siglo XVIII se encontraban en una posición diferente, mucho más estática en lo que concierne a los datos de las ciencias exactas que, siendo de una extensión mucho más pequeña, no daban indicaciones convincentes de un desarrollo como lo conocemos desde finales del siglo XVIII.

Incluso un sabio tan eminente como Sinistrari no podía negar la existencia de los demonios y sus acciones en la sociedad humana. Por consiguiente, los demonios se convirtieron en uno de los puntos de partida esenciales de su estudio y de su libro sobre la «demonialidad», una palabra que no era totalmente nueva en los estudios y las obras sobre Satán, sus demonios y sus operaciones entre los seres humanos y los animales. Fue utilizado por primera vez por Juan Caramuel y Lobkowitz, el célebre teólogo español (1602-1682), a fin de establecer una distinción entre el comercio carnal por parte del hombre o la mujer con súcubos o íncubos, de un lado, y, de otro, el comercio carnal del hombre y la mujer con animales, ya que antes de Caramuel, todos los teólogos moralistas habían puesto todo esto bajo el mismo denominador común: sodomía.

En la argumentación de Sinistrari sobre el tema de la fecundación de la mujer por íncubos, se nos dice que todos los médicos están de acuerdo en afirmar que el tamaño y las cualidades vitales del feto no dependen de la cantidad del semen, sino de la cualidad de los espíritus vitales que contiene.

Cita también a Michael Ettmüller (1644-1683), famoso médico alemán, profesor de Botánica, Cirugía y Anatomía de la Universidad de Leipzig y autor de *Institutiones Medicae Physiologae*, en donde escribió:

«La generación depende totalmente del espíritu vital, que está contenido en un envoltorio de materia más espesa; esta

materia espesa no permanece en la matriz ni toma parte en la formación del feto, sino que es el espíritu vital del hombre, combinado con el espíritu vital genital de la mujer, que pasa por los poros o, menos frecuentemente, por los tubos de la matriz, a la cual fecunda.»

Sinistrari prosigue así su razonamiento:

«¿Cuál puede ser, en tal caso, la influencia de la cantidad de semen sobre las medidas del feto? Por lo demás, no siempre sucede que hombres engendrados por un íncubo sean de estatura elevada y robusta complexión. Alejandro Magno, por ejemplo, de quien se afirma fue engendrado por un demonio, era más bien bajo. Asimismo, y por más que sea cierto que los engendrados de esta manera superan a los demás hombres, dicha superioridad no siempre se expresa por sus vicios, sino, a veces, por su valor e incluso por sus virtudes. Escipión el Africano, por ejemplo, César Augusto y Platón, el filósofo —como mencionan, respectivamente Tito Livio, Suetonio y Diógenes Laercio—, eran hombres de la más elevada moralidad. Por tanto, podemos llegar a la conclusión de que, si otros individuos engendrados de la misma manera eran seres malvados, ello no se debía a ese engendramiento, sino más bien a que, por su libre albedrío, habían elegido ser malos.

»Leemos también en la Biblia (Génesis, VI, 4), que "existían entonces los gigantes en la tierra y también después, cuando los hijos de dios se unieron con las hijas de los hombres". Esto dice exactamente el texto. Ahora bien, esos gigantes eran hombres "de alta estatura", dice Baruc (III, 26), y muy superiores a los demás hombres. No sólo se distinguían por eso, sino también por su fuerza física, sus saqueos y su tiranía. Por sus crímenes —como dice Cornelio de Lapide—, en su *Comentario sobre el Génesis*, fueron la causa primera y principal del Diluvio. Algunos son de la opinión de que los hijos de Dios son los hijos de Set, y que las hijas de los hombres son las hijas de Caín, porque los primeros eran virtuosos, mientras que los descendientes de Caín eran lo contrario; pero, con todo el respeto por San Juan Crisóstomo, San Cirilo, San Teodoro, el abate Rupert de Deutz, San Hilario y otros que comparten esta opinión, debo decir que eso no se ajusta al texto y su significado, pues las Escrituras dicen que los hijos de Dios engendraron gigantes en las hijas de los hombres; por tanto, esos gigantes no existían anteriormente, y si su nacimiento fue el resultado de este engendramiento, no puede atribuirse al engendramiento de las hijas de Caín por los hijos de Set —todos ellos de estatura normal—, sólo podían procrear hijos de talla normal. De esta forma, si el engendramiento originó hijos de elevada estatura, la razón es que no se debía a una relación entre hombres y mujeres, sino que era la operación de íncubos que, por su naturaleza, pueden ser llamados hijos de Dios. Ésta es la opinión de los filósofos platónicos y de Francesco di Giorgio el Veneciano.

»Tampoco esta opinión es contraria a la de Flavio Josefo, el historiador, Filón el Judío, San Justino Mártir, Clemente de Alejandría, Tertuliano y Hugo de San Víctor, quienes consideran a los íncubos como ángeles corporales caídos por el pecado de voluptuosidad hacia las mujeres.

»En consecuencia, si tales íncubos hubieran engendrado unos gigantes, por medio de semen tomado del hombre, habría sido imposible que de dicho semen nacieran hijos que no fueran de talla normal, pues el demonio, actuando como súcubo, reuniría en vano gran cantidad de semen, a fin de engendrar gigantes, porque todo depende únicamente, como hemos visto, de la cualidad vital del semen. Por tanto, hemos de llegar a la conclusión de que los gigantes nacieron de semen no humano y de que, por consiguiente, los íncubos usaron un semen distinto del de los hombres para engendrar, en las hijas de éstos, a los gigantes del Génesis, VI. Pero, ¿qué podemos decir sobre esto?

»A reservas de corrección por parte de nuestra Santa Madre Iglesia, y tan sólo como expresión de mi opinión privada, digo que el Íncubo, cuando tiene comercio carnal con una mujer,

engendra el feto de su propio semen.

»De esta manera, queda totalmente explicado el engendramiento de las hijas de los hombres por los hijos de Dios. Pues de esas uniones nacieron los gigantes, que, aunque semejantes al hombre, eran de una talla mucho más elevada, aunque ni en sus medidas ni en su fuerza, igualaban a sus padres. Lo mismo ocurre con las mulas, que son intermediarias, por así decirlo, de los animales cuya promiscuidad ha dado lugar a esta forma intermedia, más perfecta, sí, que el menos perfecto de los padres, pero no tanto como el más perfecto de los padres. Así, pues, la mula es más perfecta que el asno, pero no alcanza la perfección de la yegua, su madre. Y observamos que los animales nacidos de semejante engendramiento no pueden procrear, sino que son estériles, como ocurre con las mulas. Y nada hemos leído de gigantes engendrados por otros gigantes. Por ello, al ser engendrados por el semen de un íncubo, y siendo, por tanto, intermediarios entre los demonios y los seres humanos, no tenían el poder de procrear.»

También existían otras opiniones en lo que concierne a la descendencia de demonios engendrados con una mujer. Una serie de demonólogos sostenía que el niño engendrado por un demonio tenía otra esencia, aunque llegado al mundo aparentemente normal, en comparación con otros niños. Pero después de algunas horas, días o semanas, desaparecían, reclamados por sus padres. Y sólo sus madres, sabiendo que se trataba del hijo de un demonio, podían comprender lo que había sucedido.

Jean Wier comprueba, en su *De la impostura y el engaño de los diablos*, que «los niños engendrados por íncubos dan, tras un corto período de crecimiento normal, la impresión de ser débiles, pero cuando se los pesa, resultan pesar más que los niños normales de la misma edad. En el período de lactancia exigen más leche de la que pueden producir tres nodrizas,

pero su glotonería se muestra sólo en su peso. Y durante la noche impiden, con sus agudos gritos, el sueño de todos en la casa. Más tarde muestran rasgos de mal carácter, mofándose de todo y de todos. Pero mueren a temprana edad, en la mayor parte de los casos a los seis o siete años».

Después del año 1000 renació y logró mantenerse hasta finales del siglo XVIII otra superstición muy antigua, concerniente a la descendencia monstruosa del comercio carnal de un íncubo con una mujer. Los recién nacidos con malformaciones como la hidrocefalia (acumulación de líquido en el cerebro, o hidropesía de la cabeza que provoca deformaciones del cráneo, el cual se vuelve enorme y perturba el desarrollo intelectual), los niños mongólicos (caracterizados por una deformación congénita del rostro, con los ojos rasgados, acompañado de deficiencia intelectual, que hoy sabemos se debe a una anomalía cromosómica, o sea, que la célula tiene 47 cromosomas, en lugar de los 46 normales), los niños llamados siameses y otras malformaciones, que hacían pensar en una causa no humana. Durante la época de la caza de brujas, el nacimiento de uno de estos monstruos solía despertar sospechas acerca del posible comercio carnal de la madre con un demonio. Y teniendo en cuenta el modo en que llevaban a cabo los interrogatorios de esas pobres madres, no es de extrañar que en la mayor parte de los casos, se «demostrara» que la sospecha había sido fundada.

Fácilmente se comprenderá que eran consideradas con sospecha, no sólo unas cualidades físicas anormales, sino que también ciertas cualidades espirituales extraordinarias podían ser vistas como indicación de descendencia demoníaca.

Para los cristianos de los dos primeros siglos, los emperadores Nerón y Domiciano eran la personificación misma de Satán. En la Edad Media, uno de los más famosos «endiablados» fue Roberto, duque de Normandía (1027-1035), que llevó

el sobrenombre de *el Magnífico* y también *el Liberal.* Pero antes de haber ganado estos calificativos por su reinado, era Roberto *el Diablo.* Existen diferentes versiones de su vida, pero todas comienzan con el hecho de que su padre, habiendo esperado durante muchos años un heredero, reprochó, al fin, a su mujer que no pudiera darle un sucesor. Profundamente afectada por la forma del reproche, le respondió que si alguna vez llegaba a tener un hijo de él, lo entregaría al Diablo. Y éste le procuró un hijo, Roberto, que en su juventud debió de ser realmente una criatura infernal, hasta el momento —dice la tradición—, en que su madre le reveló que su padre era un demonio. Marchó entonces a Roma para pedir perdón por todos sus crímenes, lo obtuvo y se convirtió en uno de los grandes paladines de la Cristiandad; organizó una expedición a Tierra Santa, en donde murió.

En Alemania, Martín Lutero era para los católicos el fruto de la seducción de su madre por el propio Satán, que se había disfrazado de mercader ambulante y pedido al abuelo de Lutero que le permitiera pasar la noche bajo su techo. Y para bien de los católicos, Lutero era el Anticristo, por esa descendencia.

Se atribuye a San Jerónimo la tesis de que el Anticristo —que, según el Apocalipsis, reinaría en la Tierra antes del fin del mundo— no sería el propio Satán, sino un hombre engendrado por Satán con una mujer.

Probablemente, este punto de vista halló una mayor aceptación en la mente popular que la visión de Juan en el Apocalipsis. Pues si Satán engendraba un hijo varón con una virgen, la comparación del Anticristo con Cristo era más perfecta.

El Anticristo había sido esperado para el año 1000. Pero como dicho reino no se materializaba, fue preciso buscar otras posibilidades. Según una profecía, basada en un horóscopo, el anticristo aparecería en 1520. Y en 1520, Lutero fue excomulgado, colocándole un año más tarde la Dieta de Worms al margen del Imperio. Súbitamente, el mundo cristiano quedó desgarrado en dos campos, y de una manera distinta que con las herejías, las cuales, si bien provocaron varias guerras, nunca habían sido una amenaza política para la Iglesia. La Reforma estaba considerada por todos, adversarios y protagonistas, como un momento de la mayor importancia para el porvenir de toda la Europa Occidental. Por eso, no resulta sorprendente que para tantas personas se hubiera realizado, al fin, la venida del Anticristo.

Otro problema, concerniente a la descendencia demoníaca, experimentó también una especie de renacimiento: la multiplicación de los demonios entre sí. Ya hacia el año 370, San Gregorio Nacianceno, uno de los Padres de la Iglesia Griega, hermano de San Basilio, postuló que no sólo los íncubos pueden acoplarse con mujeres, y los súcubos con hombres, sino que los demonios pueden acoplarse también entre sí y, de esta manera, procrear. Se basaba aquí en el Talmud, que atribuye un sexo definido a los demonios. Aparece incluso en el Talmud la interpretación de que los demonios femeninos son fieles a sus «maridos». Si, a pesar de todo, los demonios femeninos tienen comercio carnal con los hombres, eso no se les imputa como adulterio.

Rémy y Boguet se oponían a la idea de que los demonios pueden procrear entre sí. El primero razonaba que los demonios no tienen necesidad de semejante procreación, porque, según él, son creados en número fijo. Boguet negaba la necesidad de la procreación de los demonios entre sí, porque, como los ángeles, son inmortales.

El problema del número de los demonios era ya muy antiguo, aunque en esta fase de la Historia se trataba sólo de estimaciones a menudo muy vagas, como la de San Macario (300-392), quien dijo que eran tan numerosos como las abejas. San Anastasio, patriarca de Antioquía (559-599), escribe que el aire está repleto de ellos.

Miguel Psellos —que había efectuado una de las primeras clasificaciones de demonios—, aportó sólo un par de cifras para dos de tales categorías: cinco demonios terrestres que tientan a los hombres, y cinco demonios infernales que huyen de la luz.

Alfonso de Spina (1430-1491), judío converso, que se hizo franciscano, profesor de la Universidad de Salamanca, confesor del rey Juan de Castilla y, durante la última fase de su vida, obispo de Termópolis, distinguía diez especies de demonios en su libro *Fortalicium Fidel* (Fortaleza de la Fe). Fue el primero en hacer un cálculo de su número: un tercio del de los ángeles, de los que, según él, había 400.000.000. Por tanto, el número de demonios sería algo superior a los 133.000.000.

Jean Wier dio otras cifras. En su opinión había, bajo el mando directo de Satán, 66 príncipes infernales, cada uno de los cuales era el jefe de 6.666 legiones de 6.666 demonios; así, pues, un total de 44.435.556.

Un problema más era el de la voluptuosidad sexual de los demonios. Miguel Psellos les atribuyó una intensa voluptuosidad; en cambio, Santo Tomás de Aquino afirmó lo contrario: que los demonios no son capaces de tener deseos sexuales voluptuosos y eróticos, sino que su motivo para las cópulas es sólo el de que los hombres y las mujeres cometan pecados abominables.

Sin embargo, la mayor parte de los demonólogos seguía a Psellos. Johannes Tauler (1300-1361), un sacerdote místico de Estrasburgo, célebre por sus sermones, sostenía que los demonios son muy voluptuosos, hasta el grado de frenesí, como son, según él, igualmente frenéticos en su furor, su malicia y su tozudez, sin que ello debilite de ninguna manera sus facultades espirituales ni su fuerza física.

Otros afirmaban que los demonios preferían a las brujas viejas y feas, porque éstas apreciaban más a sus amantes que otras mujeres, y hacían todo lo que se deseaba de ellas.

Otros demonólogos postulaban lo contrario: los demonios prefieren a las mujeres y a las jóvenes hermosas, mas no por su sentimiento erótico, sino porque éstas, una vez bajo la influencia demoníaca, tenían muchas más posibilidades de atraer a los hombres al mal. Para ellos eran una especie de señuelo.

Existía también el problema de los demonios celosos, el primero de los cuales, Asmodeo, aparece, en el libro de Tobías, como un demonio lleno de sed de matanza. En el siglo XI, un demonio celoso y vindicativo no fue ya tan lejos. Consideraba como suya a una muchacha con la que había tenido comercio carnal, pero ella se casó. En venganza, el demonio hizo impotente al marido.

Hay otra historia, relatada por Erasmo (1469-1536), el célebre humanista y uno de los cerebros más preclaros del mundo: La amante de un íncubo, que residía en Schiltach, cerca de Friburgo, inició una relación con el hijo del posadero del pueblo. Cuando el demonio lo descubrió se disgustó tanto, que provocó un incendió y arrasó todo el pueblo.

La causa de los celos era también tema de discusión entre los demonólogos. Para unos existía un lazo erótico y de voluptuosidad entre la mujer y el íncubo. Para otros, el demonio podía tener razones de un orden muy distinto, incluso sólo el abuso de poder.

Rémy y Boguet eran contrarios a la idea de la voluptuosidad de íncubos y súcubos. El primero basaba su razonamiento en su tesis de que la Naturaleza concede belleza física a las mujeres como estimulante para la procreación. Y relacionó esta tesis con otra: que los demonios no tienen necesidad de procreación. Se refería aquí al célebre historiador griego Plutarco (50-125), quien, en su obra sobre el rey Numa, de Roma, habla de la creencia, entre los egipcios, de que los demonios

se sentían atraídos por la belleza de las mujeres y de los hombres, lo cual califica de absurda creencia. Según él, no tienen comercio carnal con seres humanos por el placer de la carne. Sin embargo, Plutarco no aporta razones para su afirmación. Lo que no impidió que Rémy lo utilizara como referencia. Boguet ligó su negación de la voluptuosidad sexual de los íncubos a su tesis, citada anteriormente, de que no tienen necesidad de procreación, porque son inmortales, ya que —razonaba— el deseo carnal sólo es necesario a los que precisan de la procreación. Por ello, los espíritus son inmunes a la llama de la voluptuosidad. Por consiguiente, no poseen los órganos necesarios para la procreación.

«El íncubo busca el contacto sexual con las mujeres, porque sabe que éstas aman los placeres carnales, y su objetivo es atarlas a él con tan agradables provocaciones. Por lo demás, nada hay que convierta a una mujer en más sumisa y leal a un hombre que el abuso de su cuerpo por éste.

»Hay también otra razón para el comercio carnal de un demonio con una bruja o un brujo. Y es que el pecado se torna aún más grave por esta unión. Pues si Dios aborrece el acoplamiento de una infiel con un cristiano, ¿cuánto más detestará el de un ser humano con un diablo? Por añadidura, con semejante acción, el semen natural del hombre es derrochado, dando como resultado que el amor entre un hombre y una mujer se cambie a menudo en odio, y peor desgracia no podría ocurrirle a un matrimonio.»

Para muchos otros demonólogos, que no estaban de acuerdo con Rémy y Boguet, quedaba también la cuestión de que si un íncubo puede hacer concebir a una mujer con su propio semen, ¿tendrá un alma ese niño?

También este problema tenía sus detractores y sus partidarios. Entre los primeros estaban Paul Grilland, doctor en Derecho, juez papal por la diócesis de Roma, cuyo libro *Tractatus de Hereticis et Sortilegia*, publicado en 1536, tuvo una influencia muy grande, y Giovanni Lorenzo Anania, autor de una *De Natura daemonum*, publicada en 1581, que lo negaban. El primero, porque lo que es engendrado en pecado tan grande, no podía ser aceptado por Dios. Por su parte, Anania esgrimía la razón de que en tales casos el niño producto del deseo del íncubo no podía más que parecerse a su padre.

Los partidarios de la posibilidad de semejante engendramiento sostenían que ese niño recibía también un alma de Dios, porque el padre era un ser inmortal.

Sinistrari atribuía voluptuosidad a los íncubos y súcubos, pero, según él, esa voluptuosidad no era el único motivo para el comercio carnal con seres humanos, brujos o brujas. Estipuló dos condiciones para tales cópulas. El íncubo y el súcubo intentaban copular con seres humanos por los que se sentían atraídos sexualmente, y entonces usaban la cópula para atar dichas personas a ellos. Con los brujos y las brujas, todo dependía de la firma del pacto con Satán y de los rituales que formaban parte de él.

Pero todos los demonólogos llegaron a la unánime conclusión de que, no importa lo que los demonios hagan con un hombre o una mujer, su fin último era la condenación de sus víctimas. Debían perseguir este objetivo, porque ellos mismos estaban condenados.

Según algunos demonólogos, ese objetivo los llevaba a prácticas que hacían el pecado aún más grave para el hombre que la cópula con un demonio. Entre tales prácticas estaba el adoptar, por parte del íncubo, la forma de un animal macho, y por parte del súcubo, de un animal hembra, de suerte que la cópula con ellos hacía al hombre y la mujer culpables también del pecado de bestialidad. O inducían a sus amantes a la *fellatio* o al *cunnilingus* con ellos. Y ello, sobre todo, en los días santos.

«Los demonios —dijo Santo Tomás de Aquino— alientan tales pecados, porque apagan lo que es bueno en el ser humano.»

Y los demonios confirmaron estas palabras.

Los íncubos y los súcubos, especialmente los primeros, tenían aún mucho más sobre su conciencia. No sólo desarrollaron excesivamente la bestialidad durante los siglos XV, XVI y XVII, sino que incitaron también a prácticas homosexuales e incestuosas, a la prostitución y a todas las formas imaginables de excesos, en tanto que también tenían en su lista de crímenes el rapto, la violación y, el peor de todos, la seducción y el abuso sexual de menores.

El número de formas animales que los demonios pueden adoptar es muy grande, de manera que casi cada animal podía resultar un íncubo o un súcubo disfrazados. Abundantes son las historias que se refieren a tales experiencias, contadas no sólo por brujos y brujas —que, cuando habían firmado un pacto con Satán, podían, a su vez, transformarse en animales y copular con demonios disfrazados de animal—, sino también por parte de otras personas. Como la relatada por el burgomaestre de la ciudad de Zurich, el cual, atravesando en una ocasión un prado, vio, con asombro y horror, que uno de los más prominentes y estimados habitantes de su ciudad estaba copulando con una cabra. Por fortuna, el burgomaestre era un hombre erudito, que sabía mucho de los tortuosos medios que empleaba Satán con los hombres y las mujeres, y se apresuró a dirigirse a la casa del ciudadano, al que encontró en su gabinete de trabajo acompañado de su ayudante y entregado a su quehacer. Esto constituyó para el burgomaestre la prueba de que había visto una falsa imagen en el prado, una obra de Satán que, por medio de una efigie del ciudadano, había querido incriminar a un hombre al que nunca habría podido corromper.

Por otra parte, los demonios utilizaban —dice la tradición— el arte de construir la efigie de una persona para mantener oculto algún rapto de una mujer, de una muchacha o de un joven, al que no habrían podido inducir a una colaboración voluntaria, y que llevaban a algún país lejano, en donde los degradaban, convirtiéndolos en esclavos para sus orgías sexuales.

En estos casos empleaban a menudo una imagen de las personas raptadas, las cuales fueron encontradas como simples cuerpos sin vida, y que eran lloradas y enterradas. Nunca se habría tenido conocimiento de esos hechos de no haber logrado algunas víctimas escapar de sus raptores y ser vistas por algún viajero en ese país lejano, viajero que, al regresar a su tierra, contaba su experiencia.

Había incluso historias en las que, para llevar a cabo el rapto, el demonio se transformaba en un asno, un caballo o un mulo, táctica que debieron de aprender de Zeus, quien disfrazado de toro, raptó a Europa, hija del rey Agenor, de Fenicia.

Pero la transformación de íncubos en machos cabríos y de súcubos en cabras siguió siendo su metamorfosis favorita en la Europa Occidental. De Lancre, Boguet y Rémy dedican muchas páginas de sus libros a ese fenómeno fisiológico diabólico.

Boguet —quien planteó la cuestión de qué cosa podría impedir al Diablo, cuando toma la forma de un animal, el tener comercio carnal con un brujo o una bruja— comprueba también que, sea cual fuere la forma animal, el órgano sexual del mismo muestra siempre, en figura y dimensiones, una gran adaptación con el órgano sexual del hombre y la mujer.

Rémy desarrolló toda una teoría sobre la preferencia de íncubos y súcubos por transformarse en machos cabríos y cabras:

«No resulta fácil imaginarse por qué prefieren esta forma,

a no ser que, como en la teoría pitagórica de la metempsícosis, el demonio sea impulsado de alguna manera a tomar la forma animal que mejor se ajusta a su naturaleza y su carácter. Pues los machos cabríos son notables por su olor insoportable, que es la indicación más segura de su presencia, como también la del íncubo, transformado en macho cabrío.

»Está también el hecho que el macho cabrío posee una lascivia proverbial, y sabemos que una de las tareas más importantes de los demonios es estimular a sus adeptos a las orgías sexuales más desenfrenadas.

»Por eso, para impedir que carezcan de suficiente estímulo, el demonio adopta esta forma cuando se reúne con ellos, ya que es la más apropiada para tal fin, y no deja de seducirlos a cometer todas las obscenidades, hasta las más repulsivas.

»Los machos cabríos muestran asimismo un violento humor belicoso hacia aquellos que se cruzan en su camino, y lo mismo ocurre con los demonios, que atacan siempre a los que encuentran, sea donde sea.

»Los machos cabríos tienen también un aspecto feroz y provocativo, de frente con cuernos, larga y mal cuidada barba, pelo áspero y desordenado y patas cortas; todo su cuerpo está tan adaptado a la deformación y a la obscenidad, que no podría elegirse una forma más adecuada, exterior e interiormente, a aquella, llena de vergüenza, horrores y monstruosidades, del que ha elegido la forma de un macho cabrío.»

Para sus manifestaciones de bestialidad, los íncubos mostraban gran predilección por las yeguas. Y, según Guazzo, su furor era terrible cuando la yegua resistía sus intentos. Era apaleada e incluso muerta o privada de comida, pues el demonio podía robar su alimento o provocar una sequía en los pastos. Pero si la yegua era dócil, y sobre todo si mostraba un gran ardor durante la cópula, recibía abundancia de alimento. De forma que una yegua muy gorda despertaba la sospecha

de que había tenido contactos voluptuosos con un demonio.

Sinistrari dijo de esto:

«Leemos acerca de numerosas mujeres incitadas a la cópula por un demonio, y que, aunque poco dispuestas al principio, pronto fueron influidas por sus súplicas, sus lágrimas y sus caricias, pues es un amante que nada respeta ni se concede reposo. Y aunque a veces se trata del ardid de un brujo, que utiliza la mediación de un íncubo, a menudo es el propio íncubo el que actúa, y no sólo con mujeres, sino también con yeguas. Si éstas se muestran dóciles a sus deseos, las cuida bien y trenza sus crines de forma inextricable. Pero cuando se le resisten, las maltrata, las toca con el morbo y, finalmente, las mata, como se demuestra a diario.»

El vínculo entre la prostitución y la brujería es muy antiguo. Lo encontramos ya entre los sumerios, en el III milenio antes de nuestra Era. Y como quiera que los brujos y brujas colaboraban con los espíritus malignos, no hay nada sorprendente en el hecho de que Satán y sus demonios continuaran esta tradición en la Era cristiana. Como hemos visto, los demonios que perturbaban la calma de las ermitas desempeñaban muchas veces el papel de proxenetas, prometiéndoles bellas muchachas, que probablemente serían súcubos, pues éstos hacían también el papel de prostitutas. En su *Fornicarius*, Johannes Nider cuenta el caso de un súcubo, al cual conoció personalmente, que tenía tanto éxito como prostituta, que se volvió extraordinariamente vanidosa y se divertía jactándose de la gran riqueza que había amasado con su profesión.

En 1468, en Bolonia, un hombre fue condenado a muerte porque mantenía un burdel cuyas prostitutas eran súcubos, y que desaparecieron en el mismo momento en que dicho hombre fue arrestado.

Los íncubos no visitaban sólo los burdeles, sino que algunos de ellos tenían burdeles propios. Asimismo, había súcubos

que tenían una o varias prostitutas como amantes. Arnaldo de Lieja, a principios del siglo XIV, habla en una de sus obras acerca de un íncubo lascivo que regaló muchas joyas hermosas. Pero una prostituta que se vendiera a un íncubo por dinero corría el peligro de ver volatilizarse dicho dinero antes de haber podido gastarlo.

También, con frecuencia, los hombres y las mujeres invocaban —bien directamente, bien por mediación de un brujo o una bruja— la ayuda de un demonio, sobre todo en los casos en que un hombre, mujer o muchacha, resistía a sus esfuerzos por seducirles, al objeto de despertar en ellos la voluptuosidad. Y aquel o aquella que habían evocado a un íncubo o un súcubo para un trabajo semejante, no corría peligro de ser acusado de herejía, pues en tales casos se pedía al demonio que hiciera simplemente lo que estaba de acuerdo con su naturaleza y competencia.

Bernardo da Como, inquisidor, lo formula de la siguiente manera: «Sin cometer herejía, se podía pedir al demonio que sedujera a una mujer, porque la tentación es una función que pertenece a la naturaleza de los demonios; no obstante, en estos casos se podía cometer herejía si se establecía contacto con el demonio de una manera equivocada. Si se ordenaba al demonio que tentara a una persona, no había herejía, pero si se imploraba su ayuda, considerándolo de esta manera más poderoso que uno mismo y, en virtud de dicha demanda, se lo adoraba, entonces era claramente una herejía y, por tanto, castigable con la muerte.»

Tampoco resulta sorprendente que los íncubos y súcubos fueran también paidófilos, ya que existe gran número de documentos de condenación de niños a la hoguera por haber tenido comercio carnal con íncubos y súcubos.

Había algunos demonólogos y perseguidores de brujas, como De Lancre y Bodin, que sostenían que los demonios no podían abusar de la inocencia de los niños. De Lancre añadió que los íncubos prefieren la fornicación con mujeres casadas, de forma que el acto constituyera también un adulterio, o sea, un pecado adicional. Bodin creía que los demonios no seducen a los niños que no tienen aún la edad de la razón, pues saben muy bien que tales niños no pueden firmar un pacto.

Sin embargo, prosiguió la condena de niños. Sólo en Wurzburgo, casi trescientos niños, de edades comprendidas entre los tres y los seis años de edad, confesaron haber tenido comercio carnal con demonios. Aquellos que tenían siete años eran considerados ya tan corrompidos e incorregibles, que podían ser condenados a muerte. Los más jóvenes podían ser torturados o apaleados. Los hijos de brujos y brujas constituían la mayor fuente de niños para los íncubos y súcubos, ya que éstos podían contar con la colaboración de los padres.

Pero estaban también los íncubos que, simplemente, violaban a chiquillas. Rémy cuenta el caso de Catharine Latomia, de Marches, la cual, en 1587, le contó que había sido violada por un íncubo cuando aún no tenía edad para el comercio carnal con un hombre. El íncubo la violó dos veces, y ella casi se murió a causa de las heridas que le produjo el demonio durante el coito.

El médico alemán Michael Ettmüller nos dice, en su *Opera omnia*, que en 1674 una mujer confesó que había empezado ya sus fornicaciones con íncubos en la matriz de su madre, y que, asimismo, después de su nacimiento nunca las había rechazado. Se casó tres veces, y no tuvo hijos de sus maridos, pero pretendía haber tenido descendientes de sus íncubos. Ettmüller, que la examinó, comprobó que tales descendientes no eran más que descargas fecales, penosa y dolorosamente expulsadas a causa de una grave indisposición.

En su *Compendium Maleficarum*, Guazzo narra la historia de una tal Dominique Falvet, una muchacha que no tenía aún

doce años, la cual estaba recogiendo rosas con su madre cuando un íncubo, disfrazado de hombre, las abordó. Copuló primero con la muchacha, mientras la madre los contemplaba —por lo que cabe suponer que era una bruja—, y luego con la madre.

El *voyerismo* aparece en muchos testimonios de brujos y brujas, a menudo junto con el exhibicionismo, que parecen haber sido características de los *sabbats*, incluso en presencia de niños. Y hubo, según los testimonios de las actas de los tribunales, muchos *sabbats* en los que participaban varios niños, llegando en algún caso a rebasar el número de doscientos. Y teólogos y demonólogos decidieron que un niño que había asistido a un *sabbat* estaba corrompido para siempre y, para gran número de tales jueces, excluido de la Redención. La base de su razonamiento era que Dios permite la muerte de los recién nacidos antes de que puedan ser bautizados, de forma que esos seres humanos inocentes no pueden ser admitidos en el Paraíso. Añadían que no corresponde al hombre buscar la solución de este misterio. La bondad de Dios es perfecta, pero hay momentos en que trasciende toda comprensión humana.

En lo que atañe a esta otra aberración sexual, que tanta expansión ha tenido en nuestra época, esa aberración que tiene siempre rasgos más o menos misteriosos, la homosexualidad, no encontramos muchos casos de la misma en las actas de los tribunales ni en las obras de los demonólogos. Guazzo aporta algunos casos, pero su descripción queda vaga, de manera que no se puede llegar con seguridad a la conclusión de que el brujo en cuestión tuviera relación sexual con un íncubo o con otro brujo. Se conocen sólo dos casos seguros, uno de ellos juzgado por Rémy, y el otro, por Benedicto Carpzov (1595-1666), profesor de Derecho en la Universidad de Leipzig y miembro del Tribunal Supremo de esta ciudad, uno de los más célebres juristas de su tiempo, apodado *el Legislador de Sajonia*. En su *Definiciones forenses* y en algunas otras obras, trata también de la práctica de la inquisición de los brujos y las brujas, así como de la tortura, y expresa en ellas una dureza, sin la menor piedad, contra tales brujos, a los que considera responsables de los desastres de la Guerra de los Treinta Años. Protestante devoto —que se jactaba de haber leído la Biblia cincuenta y tres veces—, actuó con rigor contra las brujas, a las que agrupó en cinco clases. Recomendaba diecisiete tipos de tortura. Y él mismo firmó la sentencia de muerte de más de mil personas. El número de veinte mil que encontramos en algunas publicaciones recientes es exagerado, pues se le imputan muchos de los casos que fueron condenados por los ejecutores de las leyes despiadadas, adoptadas en 1679 por el príncipe elector Augusto de Sajonia, leyes que, en su mayor parte, fueron inspiradas por las treinta y seis *decisiones* tomadas por Carpzov entre 1630 y 1658.

Una de las más antiguas indicaciones sobre la homosexualidad de los demonios —por tanto, de íncubos con hombres (no hay ningún caso conocido de lesbianismo entre un súcubo y una mujer)— se encuentra en una escritura rabínica del siglo v de nuestra Era, en que se trata de esta mala conducta de los demonios en Sodoma. El autor dice que esos demonios cambiaron su naturaleza, y por ello no se sentían atraídos por las hijas de los hombres, sino por sus hijos. Sostenía también que Dios destruyó a Sodoma y a las demás ciudades de la llanura (Gomorra, Admah, Zeboiim y Bela) para castigar los actos homosexuales de sus habitantes con los demonios.

Hay también una historia, de origen italiano, sobre un *sabbat* que se desarrollaba en la cima de una montaña en los Apeninos, y en el que participaban sólo hombres. Íncubos, en forma de hermosos jóvenes, ayudaban a satisfacer las voluptuosidades de los demás participantes.

En lo que concierne al papel de los demonios en los casos de incesto, el tema será tratado en el capítulo siguiente, pues más bien contribuye a aclarar un rasgo del psiquismo de íncubos y súcubos.

III. PROBLEMAS DE LA PSICOLOGÍA SEXUAL DE ÍNCUBOS Y SÚCUBOS

El deseo de conocer la esencia de todas las cosas que ocupan su pensamiento, sus sentimientos y su voluntad —los tres aspectos del espíritu—, ha llevado al hombre a la penetración de los secretos con los que la naturaleza y la materia lo han rodeado y le han hecho formar parte de su organismo, por su corporalidad y las funciones autónomas y voluntarias. Pero, en el transcurso de su desarrollo intelectual, pronto el mismo impulso dirigió su atención hacia lo que permanecía, para su razón, intangible, inexplicable, misterioso.

Al no poseer los medios concretos para explicarlos de alguna manera, su imaginación buscó un modo de darles una cierta cualidad, captable por la razón. Inconsciente, siguió el método —aplicado más tarde con frecuencia de una manera consciente— de explicar lo incomprensible por lo inexplicable. Pobló su medio con toda clase de seres sobrenaturales, invisibles, pero más poderosos que él mismo, y a los que se sentía sometido, pero, al mismo tiempo, les imputaba la responsabilidad de todo lo que escapa a su poder, tanto lo bueno como lo malo.

Durante el desarrollo de las relaciones humanas con esos seres sobrenaturales, nació un reino de potencias divinas, arbi-

trarias, eternas, ora benévolas, ora malintencionadas, que deciden desde la altura de los cielos —inaccesibles para el hombre— sobre todo lo que pasa en la Tierra, mientras que aquí abajo el hombre debía contender con otras fuerzas sobrenaturales, entre las cuales, las malas ganaban la batalla a las que podían ser benévolas.

Esta situación fue aceptada durante milenios, hasta que cambió a finales del siglo VII antes de nuestra Era, cuando la búsqueda de la sabiduría (la Filosofía) empezó a desarrollarse en Grecia y en la India. En Grecia, en dos direcciones: la Filosofía racional, materialista, en el sentido de que todos los fenómenos, incluyendo el pensamiento humano, eran funciones de la materia; la otra, la Filosofía idealista, que atribuye todos los fenómenos —incluso la materia— a ideas divinas. Esta última —fundada por el pensamiento de Sócrates, Platón y Aristóteles— fue, desde comienzos del Cristianismo, incorporada al dogma cristiano por los Padres de la Iglesia, constituyendo la base sobre la que los grandes pensadores de la Iglesia se han ocupado del misterio del Mal, incluyendo lo que se refiere a las manifestaciones de íncubos y súcubos y planteando, en primer lugar, la cuestión de por qué se dan esos esfuerzos de los demonios por entrar en relación sexual con hombres y mujeres.

Esta cuestión no sólo provocó varias respuestas directas, sino que determinó gran número de otras preguntas, todas ellas relativas a aspectos psicológicos de este aparente deseo sexual.

En los capítulos precedentes hemos tratado ya de una serie de respuestas a la primera cuestión, sin tocar los problemas psicológicos que implican. Las respuestas dadas por los eremitas y los Padres de la Iglesia —que por experiencia conocían los métodos de seducción sexual de los demonios— y las de aquèllos que no dudaban de la realidad descrita por sus iguales teológicos, atribuían la apetencia sexual a los íncubos y súcubos.

Todos, incluso San Agustín, participaban —aunque claramente divididos en dos direcciones— de esta creencia: una, por las palabras del Génesis (VI, 2 y 4) y la tentación de Jesús en el desierto por Satán, tras el bautizo por San Juan, dos hechos que acentúan también la descendencia divina de esos ángeles y de Satán y, por tanto, una espiritualidad mucho más elevada y sutil que la del ser humano y que les da un poder mucho mayor, bien sea en el sentido del bien o en el del mal, que posee la criatura corporal que es el hombre. La segunda dirección era la de la mitología grecorromana, tan viva aún en esa época que precedió a la Edad Media, con tantas divinidades cuyo deseo sexual no tenía límite, y a las que siempre se adoraba en medio de orgías sexuales.

Todo esto convertía para ellos la apetencia sexual de los demonios en algo totalmente claro, sobre lo que no era preciso discutir, como tampoco sobre su inteligencia, ya que se trataba de espíritus, o sea, de seres de un nivel espiritual más elevado que el humano.

Tampoco tenían dudas acerca de su voluptuosidad sexual Hincmar, arzobispo de Reims, en el siglo IX; ni Miguel Psellos, en el XI; ni Guillermo de Auvernia, obispo de París de 1220 a 1249, que fue uno de los sabios más grandes de su época y autor de una obra sobre los demonios.

Tampoco tenían la menor duda acerca de que su inteligencia era superior a la de los seres humanos, y mucho más rápida, y su percepción, más viva e intensa. En cuanto a su odio por la raza humana, formaba también parte de su esencia. Desde la acción de la serpiente, al seducir a Eva, hasta los últimos combates escatológicos del Apocalipsis, todo estaba en la Biblia, como pruebas indiscutibles.

Y pese a que la mayoría de demonólogos —después de la afirmación de Santo Tomás de Aquino en el sentido de que los demonios eran motivados, en todas sus acciones, por este odio y por sus deseos, inherentes a este profundo sentimiento, de llevar a hombres y mujeres a los pecados más abominables— aceptó este punto de vista del célebre teólogo, gran número

de ellos no coincidieron con él en que, por este motivo, eran incapaces de tener deseos eróticos.

Tauler escribe que toda la esencia de los demonios expresa la maldad, sin ninguna excepción, y que lo que es expresado por un ser inteligente, constituye también la expresión de los sentimientos de dicho ser. ¿Y cómo —pregunta— los súcubos habrían podido seducir a los hombres transformándose en bellas jóvenes, utilizando todas las formas posibles de seducción sexual, si no hubieran tenido sentimientos eróticos? Y en los sueños pueden arrastrar al hombre y a la mujer a desenfrenos indescriptibles, lo cual constituye una prueba de que conocen a la perfección todo lo que es erótico. Pues, ¿cómo hacer participar a otra persona de algo que no se ha experimentado en sí mismo?

Johannes Heidenberg, abad de Trittheim (1462-1516), estaba de acuerdo con él. A la edad de veintidós años se hizo benedictino, llegando a abad del convento de Sponsheim, donde se dedicó al estudio de las ciencias desconocidas, sobre todo la astrología y la magia. Dividió esta última en tres ramas: la natural, la cabalística y la satánica. En uno de sus escritos trata de los espíritus, de los que afirma que sus sentimientos son más intensos que los del ser humano, pero lo que ellos no conocen es el amor, ya que eso es contrario a su esencia, porque ellos mismos se excluyeron del amor divino.

Figuran en este escrito algunos rasgos de una historia que tiene probablemente su origen entre los albigenses: Satán intentó en una ocasión convencer a los ángeles para que siguieran su ejemplo y se aliaran con él. Y, así, les describe a las hijas de los hombres y los éxtasis de sus caricias sexuales. Pero como ellos no reaccionaban a esta tentación, hizo un agujero en la pared del cielo y, cogiendo de la Tierra a una hermosa joven desnuda, la colocó ante el agujero. Los ángeles, que la veían, sintieron cómo el deseo se despertaba en ellos, y algunos se introdujeron por el agujero. Cuando Dios lo vio, cerró al instante èl agujero, de forma que los que habían abandonado el

cielo, no pudieron regresar a él nunca más y no tuvieron más elección que convertirse en adeptos de Satán.

La obra de Trittheim —escribió utilizando este seudónimo— influyó sensiblemente en Agripa de Nettesheim y Paracelso, quienes coincidieron con su punto de vista sobre el atractivo que las mujeres tenían para los íncubos, y los hombres, para los súcubos.

Cornelio Agripa de Nettesheim (1486-1533) llevó una vida muy agitada después de sus estudios en Colonia y París. Al principio enseñó Teología en la Universidad de Dôle; fue profesor de la Universidad de Pavía; participó en el Concilio de Pisa; tomó parte en las luchas de la Liga; perdió, tras la victoria de los franceses en Marignac, todos sus libros y manuscritos, y se hizo entonces abogado en Metz, y luego médico de la familia ducal de Saboya; marchó a Flandes, en donde, desde 1528, trabajó como médico; en 1530 fue nombrado archivero e historiógrafo imperial en Malinas, en donde recibió la patente —una especie de *copyright*— por sus libros *De occulta philosophia* y *De incertitudine vanitate*, en los que intentó dar una síntesis de la fe cristiana y la magia, fundada en la mística neoplatónica. Puso el énfasis en su convicción de que, mediante la magia, se podía alcanzar, como él mismo había hecho, un gran conocimiento si no se dejaba uno llevar por móviles amorales y no se subordinaba a los demonios, que, merced a su mayor inteligencia y conocimiento de todas las cosas malas, podían destruir el espíritu de los que se comprometían a servirlos, pues, con sus sentimientos voluptuosos y eróticos, sabían manipular, de una manera tal, que los hombres y las mujeres que habían entrado a su servicio se convertían al poco tiempo en sus esclavos sexuales.

La tradición pretende que se acostaba con un gran perro negro, que sería un demonio.

Felipe Aureliano Teofrasto Bombast von Hohenheim (1493-1541), llamado Paracelso, era uno de los grandes no-conformistas, un reformador genial de la ciencia médica, pero también una especie de mago iluminado, atormentado por el ocultismo y la teosofía, que forman parte de casi todas sus obras.

Nacido en Maria-Einsiedlen (Suiza), el joven Teofrasto fue iniciado por su padre, médico, en el estudio de la Medicina, en un ambiente de pobreza rústica y de orgullo popular, característico de los primeros cantones helvéticos en su lucha por la independencia, y ese sentimiento inspiró sin duda su célebre principio: «Como puede uno ser su propio maestro, no es sometido a todos.»

La vida de Paracelso fue agitada: una sucesión de viajes y aventuras, a menudo penosas. Y en sus horas de desánimo gritó varias veces, según dice la tradición: «Si Dios no me ayuda, que lo haga el Diablo.» Las inconsecuencias de su carácter y su humor debidas probablemente, en gran parte, a que en su infancia fue emasculado por un militar merodeador, se muestran también en su obra, única en su género. En sus viajes se encontró pronto con Trittheim, el cual le inició en la magia y el ocultismo. Luego volvió a Italia, en donde estudió Medicina en la Universidad de Ferrara; pasó luego por las universidades de Salerno, Lisboa, Montpellier, París y Estrasburgo, y de aquí, a Basilea, donde, con la ayuda de Erasmo y del editor Jean Frobenius, al que había curado, se le concedió el puesto de médico municipal, con licencia para enseñar Medicina; pero la actitud no-conformista que puso de manifiesto en su lección inaugural, provocó un escándalo, y antes de acabar el año se vio obligado a abandonar la ciudad. Dejó sucesivamente huella de sus ideas —algunas de las cuales eran de la mayor importancia— en Colonia, Nuremberg, Augsburgo, Venecia, Oxford, Estocolmo, Leipzig, Viena, Ulm y Salzburgo, en donde murió.

Los demonios eran para él una realidad innegable. Sostenía que poseían su propio sexo, por lo que hablaba de súcubas. Su origen era para él el semen de aquellos que «cometen el pecado antinatura de Onán». Los demonios voluptuosos visitaban a los hombres y las mujeres durante su sueño y les incitaban a la masturbación, a fin de procrear su descendencia con este semen. Pues —dice—, «los demonios deben ser considerados como la prole de la intensa y lasciva imaginación de hombres y mujeres».

Y, según él, todos sus pensamientos y su voluntad estaban dirigidos a este fin, siendo, al mismo tiempo, el método más eficaz para conseguir que hombres y mujeres cometan los pecados.

En el *Compendium Maleficarum*, de Guazzo, encontramos diversos pasajes, la mayor parte de los cuales son citas de otros demonólogos —de muchos no ha quedado ni la menor huella de su existencia— sobre estas cuestiones; como, por ejemplo, si los demonios sienten placer sexual durante sus fornicaciones; si uno de los objetivos esenciales de su fornicación con las mujeres era el de engendrar al Anticristo; si sus sentimientos sexuales eran estimulados por algunos hombres, o si toda persona —independientemente de su edad y de su belleza o su falta de belleza— podría estimularlos sexualmente; si sabían por anticipado si una persona podía ser seducida por ellos, y, en tal caso, por qué habían tentado a tantas personas santas; si les causaba más placer la seducción de una muchacha o una mujer hermosa, que la cópula con una bruja; si eran capaces de conocer los deseos voluptuosos de los hombres y las mujeres; si no tenían miedo, al tentar a los inocentes, de ser castigados por ángeles, mensajeros de Dios, que, sin duda, protege a los que piden su ayuda; si los demonios poseen también sabiduría, siendo como son ángeles o descendientes de éstos; si poseen alma pasiva o alma racional; si simulaban las pasiones sexuales que mostraban, o acaso eran arrastrados por

su voluptuosidad... y muchos otros problemas sobre los cuales las opiniones diferían mucho, y respecto a las cuales una gran parte de los comentaristas muestra a veces gran ingenuidad, que no cabría esperar de tan grandes sabios y pensadores.

Guazzo planteó incluso la cuestión de cuál era la causa de que los demonios trataran a aquellos —seres humanos o animales— que aceptan la relación sexual con ellos, de una manera que no podía ser considerada como signo de reconocimiento, en comparación con el mal trato que recibían los que rechazaban esta relación. Pues cuando están agradecidos deben conocer también un sentimiento positivo, contrario al odio, que pertenece a su ser. Refiriéndose a Peltanus —un sapientísimo teólogo de principios del siglo XVI, traductor de gran número de comentarios del griego al latín, y a Petrus Thyraeus, S.J. (1540-1604) autor de un libro sobre las pesadillas, que él imputa a espíritus y a apariciones que también hacen, durante la noche, todo tipo de ruidos terroríficos—, construye así su razonamiento sobre el miedo de los demonios:

«Pronunciando sólo los nombres sagrados de Jesús y de la Santa Virgen María, o haciendo la señal de la cruz, o teniendo algún objeto consagrado, o por inducción de un sacerdote, el demonio retrocede y huye, o se agita y lanza gritos.»

Guazzo aporta en esta construcción —la cual debe demostrar que los demonios conocían el miedo y, por tanto, debían tener también todos los demás sentimientos (sin que ello implique que hayan de manifestar todos)— una serie de historias, algunas de las cuales tratan de *sabbats* en donde la pronunciación del nombre de Jesús o el signo de la cruz por parte de uno de los participantes, hacía desaparecer al instante a todos los demonios y brujas.

Una de estas historias está tomada de una obra de Pico della Mirandola, y trata de un acontecimiento de este tipo durante un *sabbat*, celebrado en la cima de una montaña, a un centenar de kilómetros al este de Roma y presidido por una mujer, la *Signora*, pues Satán se transformaba para tales circunstancias, con mucha frecuencia, en una mujer, como en los Países Bajos, donde presidía muchas veces en calidad de Reina de los *sabbats*. La *Signora* era tan bella y se parecía tanto a la Virgen, que un gentilhombre, que por casualidad tenía una hostia en su bolsillo, tomándola por la Virgen María, le ofreció esa hostia. Esto hizo desaparecer a todos los participantes, dejando solo al caballero en el lugar del *sabbat*.

Guazzo —refiriéndose a Dioscórides, Plinio el Viejo, Aristóteles y Apuleyo— dice que no sólo un objeto sagrado despertaba el temor en los demonios, sino también ciertas hierbas, ciertas piedras y ciertas sustancias animales que, por su naturaleza, poseen esta cualidad. Estipula que a todos aquellos que sean amenazados o atacados por demonios, les está permitido emplear tales hierbas y piedras, aunque sin recurrir a sortilegios.

Entre las plantas —que enumera—, las mejores son la ruda de los jardines, el corazoncillo, la verbena, la germandrina, el ricino y la centaura; entre las piedras, el diamante, el coral, el jade y el jaspe; entre las sustancias animales, la piel de la cabeza de un lobo y la menstruación de una mujer.

Narra también una historia veneciana —que debió de tener una tradición muy antigua— de una galera llena de demonios que atraviesa, rápida como una flecha, la laguna, agitada por la tempestad, para ir a destruir la ciudad; pero tres santos que habían penetrado, sin ser reconocidos, en la barca de un pobre marinero, conjuran a los demonios gritando el nombre de Jesús, y su galera se sumerge en el abismo.

Ofrece, como una prueba más de su tesis, el texto de Tobías (VI, 7): «Sirven para que [el corazón y el hígado con la hiel del pez], si un demonio o espíritu le atormenta a uno, quemándolos ante él, ya no vuelve a molestarle.»

Y cita la historia que figura en una de las obras de Marcellus Palingenius, de Ferrara, y que ofrece una visión importan-

te sobre muchas costumbres de su tiempo (la primera mitad del siglo XVI). Este autor sostenía que había espíritus benévolos y que los demonios —cuya atención está dirigida constantemente hacia la naturaleza y la vida de los hombres para hacer estragos en ella— están organizados en una verdadera jerarquía y sienten una especie de compasión por la suerte de sus congéneres.

Cuenta que estuvo personalmente en contacto con algunos demonios maléficos. Primero se instruyó junto a un piadoso ermitaño de San Silvestre, en el monte Sacrate, acerca del poco valor de las cosas de la Tierra y de la vida humana. Al caer la noche, se puso en camino para Roma. Al claro de luna vio en la carretera a tres hombres, que se unieron a él y le preguntaron de dónde venía. Palingenius respondió: «De casa del Sabio, en esa montaña.» Uno de los hombres le dijo: «Insensato, ¿crees realmente que hay sabios en esta Tierra? Sólo los seres superiores poseen la sabiduría; nosotros somos esos seres, aunque nos hayamos revestido de forma humana. Yo me llamo Saracil, y éstos, Sathiel y Jana. Nuestro imperio está situado en el aire, cerca de la Luna, pues allá mora, en general, la multitud de seres intermediarios que reinan sobre la tierra y el mar.»

No sin sentir un gran terror secreto, Palingenius preguntó al otro qué iban a hacer a Roma. Y recibió esta respuesta: «Uno de nuestros compañeros, Ammón, está retenido por el poder mágico de un joven de Narni, que forma parte del séquito del cardenal Orsini; pues, entérate bien, hijo de la Tierra: una de las pruebas de la inmortalidad de los hijos de la Tierra es que pueden esclavizar a seres de nuestra especie; yo mismo tuve que servir a los deseos de un alemán encerrado en un cristal, hasta el momento en que fui liberado por uno de nuestros hermanos, que tomó la forma de un pequeño monje barbudo. Vamos a Roma para prestar el mismo servicio a nuestro hermano, y aprovecharemos la ocasión para despachar esta noche a algunos grandes señores hasta el reino de las sombras.»

En esto se levantó una ligera brisa, y Sathiel dijo: «Escuchad, he aquí ya a nuestro prisionero, que vuelve de Roma; esta brisa lo anuncia.»

Y, en efecto, llegó un nuevo demonio. Los demás lo saludaron alegremente, y lo interrogaron sobre la Ciudad Eterna. Las noticias que contó eran antipapales en grado sumo: Clemente VII se había aliado de nuevo con los españoles, ya que, como no podía extirpar la doctrina de Lutero por medio del razonamiento, esperaba hacerlo merced a las armas españolas; de suerte que jugaría a favor de ellos, los demonios, que, en una guerra, siempre pueden arrastrar a un gran número de almas al infierno. Tras ese discurso, los demonios desaparecieron, dejando al autor continuar, solo y triste, su viaje.

Esta contribución de Guazzo y otros a los problemas de la psicología de íncubos y súcubos —que, según algunos demonólogos, podían mostrarse celosos de sus compañeros humanos cuando éstos se enamoraban de ciertas mujeres, e incluso de sujetos de su propia especie, de forma que en los *sabbats* prohibían a sus amantes todo contacto carnal con participantes humanos y con demonios, tal como muchas brujas habían contado, en sus interrogatorios, a De Lancre y Bodin— fue utilizada en gran parte por Sinistrari para despertar otras controversias en este terreno, sobre todo por sus esfuerzos —demasiado complicados para seguirlos en el marco de este libro, en todos sus detalles— para demostrar que los íncubos y los súcubos son una especie distinta de espíritus malignos, estableciendo una diferenciación entre espíritus totalmente espirituales —es decir, aquellos que buscan el contacto sexual con brujos y brujas que han firmado un pacto con Satán— y espíritus que tienen una corporalidad, aunque sea muy sutil, compuesta solamente por uno de los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, y que moran sólo en la tierra, o en el agua, o en el aire, o en el fuego, y poseen sentidos y un alma racional:

los íncubos y los súcubos.

Aporta algunos ejemplos en favor de esta tesis. El primero le fue contado por un confesor de monjas, hombre de excelente reputación e integridad perfecta: «En cierto convento de santas monjas había una novicia, una muchacha de noble familia, que fue tentada por un íncubo, el cual se le apareció tanto durante el día como durante la noche, y que, sin cesar, le imploró que hiciera el amor con él. Pero ella, sostenida por la gracia de Dios y frecuentando los sacramentos, resistió valerosamente tales tentaciones. Pese a toda su devoción, ayunos, oraciones, exorcismos, bendiciones y órdenes de los exorcistas pronunciadas sobre el íncubo, prohibiéndole molestarla; pese al gran número de reliquias y otros objetos santos que se habían puesto en la celda de la novicia, y pese a las velas que ardían toda la noche, el íncubo siguió visitándola en forma de un hermoso joven, y las tentaciones no disminuyeron.

Finalmente, el teólogo, cuya opinión se había pedido, comprobó que el temperamento de la novicia era muy flemático. Por ello, llegó a la conclusión de que el tentador debía de ser un demonio acuático. Prescribió fumigaciones continuas de la celda. Un gran recipiente de terracota fue llenado con *Calamus aromaticus*, semilla de cubeba, raíces de aristoloquia, cardamomo y una serie de otras plantas y semillas, cierta cantidad de madera de sándalo, tres litros de una mixtura de agua y alcohol, puesta sobre cenizas calientes, y la celda fue cerrada. Pero apenas hubo terminado la fumigación, el íncubo regresó, aunque ya no tenía valor para entrar en la celda. Pero cuando la novicia estaba en el jardín o en el claustro, apareció —invisible para los demás—, la acarició y la cubrió de besos, con gran angustia de la muchacha. Consultado de nuevo, el teólogo prescribió que llevara encima píldoras y pomadas hechas de los mejores perfumes. Provista de esta protección, se paseó por el jardín. El íncubo apareció súbitamente, con el rostro retorcido por la rabia. No se acercó a ella, sino que, tras haberse mordido los dedos, desapareció y no se lo volvió a ver.»

La segunda historia es casi análoga a la primera, pero aquí se trata de un joven monje que —de naturaleza colérica y sanguínea— fue elegido por un súcubo ígneo, pues esos demonios se acercan sólo a personas —dice Sinistrari— cuyo temperamento concuerda con el suyo. Por eso, en este caso el demonio fue ahuyentado con hierbas cuya naturaleza es fría, como el nenúfar, la mandrágora, el euforbio, la jusbarba, el beleño y otras plantas de la misma familia, atadas en dos manojos, uno de los cuales fue colgado ante la puerta, y el otro, ante la ventana de la celda. El súcubo llegó, permaneció algunos momentos frente a la puerta y desapareció para siempre.

La conclusión de Sinistrari fue ésta: «Las dos historias que he contado demuestran con claridad que sólo merced a sus virtudes naturales, los perfumes y las hierbas causaban miedo a los demonios, sin intervención de ninguna fuerza sobrenatural. Así, pues, los íncubos y súcubos están sometidos a condiciones materiales, lo cual significa que participan de la materia de los objetos naturales que tienen el poder de hacerles huir, y, por tanto, poseen un cuerpo material, lo cual es lo que yo he querido demostrar.»

En lo que atañe al incesto, es muy posible que los demonios, si existen entre ellos lazos de familia, cometan de muy buena gana ese pecado, pero en ninguna parte de la literatura hallamos indicación de tales casos. Sin embargo, los escritos de los demonólogos —como, por ejemplo, Boguet, Guazzo y De Lancre— no dejan ninguna duda acerca de que alentaron, y a veces forzaron, a los brujos y las brujas, a cometer uniones incestuosas. Los cátaros y otros grupos de herejes fueron acusados de esta práctica, que forma parte también de los *sabbats*.

Un escrito anónimo, *Errores Gazariorum* (Inmoralidades de brujos y brujas), aporta una descripción detallada de *sabbats* en los que el objetivo esencial era el incesto: hijos con madres, hijas con padres, hermanos con hermanas. Los demo-

nios que estaban presentes no se mezclaban en tales actos, pero el *sabbat* estaba presidido por Satán, que, en una ceremonia de introducción, debía recibir de cada uno de los participantes un beso en la cola. Y los participantes debían jurar hacer todo lo posible para impedir matrimonios.

Por otra parte, De Lancre comprobó que durante casi todos los *sabbats*, uno de los puntos culminantes era el incesto de un hijo con su madre, a fin de dejarla encinta. También Guazzo y Boguet hablan de ello. Boguet da incluso una interpretación:

«Tras la comida y las danzas, los brujos y brujas empiezan el comercio carnal entre ellos, y en esta fase, el hijo no evita a su madre, ni el hermano a su hermana, ni el padre a su hija, ya que el incesto era practicado generalmente. Los persas creían que para llegar a ser un mago o una bruja competente y completo, una persona debía ser engendrada de una madre por su hijo.»

Esta creencia era muy antigua. La encontramos ya mencionada en el poeta latino Catulo (87-54 a. de J. C.), el cual dice que si se puede prestar crédito a la sucia creencia de los persas, las brujas son engendradas por un hijo con su madre. Y este texto constituía para diversos demonólogos la base de su opinión de que si de semejante unión nacía un varón, éste no poseía esos dones infernales. Cuál debía ser la predisposición para convertirse en brujo o en mago, siguió siendo oscuro para ellos. Guazzo, que buscaba también una respuesta a esta cuestión, citó a un tal Nepos, quien afirmó que los demonios elegían entre los recién nacidos a aquellos que más les convenían y, en secreto, los bautizaban, en el nombre de Satán, con su propia sangre, que obtenían por medio de una herida pequeña hecha en alguna parte de la piel de los niños, y cuya cicatriz, de un color oscuro, era indeleble.

Según otros, el brujo nacía como tal y poseía en alguna parte de su cuerpo una anomalía, que era reconocida inmediatamente por los demonios.

Otros sostenían también que el brujo nacía con la misma inclinación a hacer el mal a otras personas, que caracterizaba a los demonios. Pero no penetraban en el porqué de esta predisposición maléfica psicológica. La existencia de semejantes personas fue aparentemente aceptada de la misma manera que la existencia de los demonios.

UNA RETROSPECTIVA SEXOLÓGICA

Conocí a un hombre que era muy tentado por el Diablo con mujeres desnudas, mujeres muy bellas que iban a compartir su lecho con él, y también damas conocidas, que le ofrecían sus favores, y todo ello durante el sueño, de forma que raras veces dormía sin tal diversión; los detalles son demasiado groseros para mi historia, pero él me dio cuenta detallada de sus amores nocturnos; y, siendo un hombre virtuoso y de buena moral, todo ello constituía para él la mayor sorpresa que imaginarse pueda; pues no cabe duda de que el astuto Diablo hacía que todas estas cosas le parecieran realidad, y ello de una manera muy desagradable. Me confesó con pena que el primer ataque del Diablo contra él consistió en traerle a una hermosa mujer, conocida suya, con la que se había mostrado más libre en la conversación que normalmente; el Diablo le había llevado a esta dama en una postura de depravación, y estimuló su deseo tan fuertemente durante su sueño, que en realidad —pensaba él— estaba teniendo una orgía con ella, sin que la mujer se defendiera, pero que se despertó en ese momento, para gran satisfacción suya.

El pobre hombre estaba muy preocupado con esta experiencia, y se preguntaba continuamente si había en verdad dado su consentimiento al hecho, y quería saber si había cometido adulterio, y si había tenido en realidad esta relación con ella. Y, en efecto, decidió en esta cuestión que no lo había cometido, y eso con una convicción tan grande que yo, que había llegado ya a esta conclusión, nada podía

decir contra su convicción. Por el contrario, se la confirmé, planteándole las siguientes preguntas:

1.ª ¿Creía él que era el Diablo quien había tenido la responsabilidad principal en aquellos sueños? Él respondió que, como no podía ser ninguna otra persona, debía de ser el Diablo.

2.ª Entonces le pregunté qué motivos podía tener el Diablo para ello, y si su consentimiento durante el sueño no había sido quizá criminal. Me respondió que era verdad y que él había hallado, pues, la respuesta justa. Pero entonces me hizo otra pregunta que, debo reconocerlo, no resulta fácil responder. ¿Cómo podría impedir el ser sojuzgado nuevamente de esta manera?

Pues ni todas mis creencias, ni las suyas, podían impedir que el Diablo atacara de nuevo; pero, por otro lado, como he dicho, el Diablo lo atormentaba tanto, que su salud se resintió, llevando siempre nuevas mujeres desnudas a su cama, ya en una cierta postura de voluptuosidad, ya en otra postura, en ocasiones, en sus propios brazos, y en otras, con cosas secundarias que no quiero hacer entrar en vuestras cabezas; no era culpa del hombre en cuestión, de suerte que el Diablo era más culpable que él. Pero le di mi opinión de que debía poner a su espíritu en un estado de virtud tal, que incluso durante el sueño evitara todo posible desliz, y que ésa sería la forma de terminar con la tentación; y aceptó este aviso, y lo practicó, creo, con éxito.

DANIEL DEFOE (1660-1731), *La historia política del Diablo.*

Por malo que sea, el Diablo puede ser engañado,
puede ser acusado sin razón y verdadera causa,
cuando los hombres, que no gustan de ser acusados solitos,
lanzan sus propios crímenes sobre él.

Poema sobre el frontispicio del libro citado anteriormente.

Las investigaciones sobre la naturaleza de los sueños en los últimos veinte años han revelado una serie de hechos totalmente inesperados, como, por ejemplo, que cada persona sueña al menos cuatro veces cada noche, o durante cada período de sueño de duración normal; que la duración de un sueño es de diez a quince minutos; que, sumados, los sueños ocupan la cuarta parte del tiempo de un sueño normal; que las partes de los sueños son fases de un sueño ligero, mientras que los períodos entre los sueños son los de un sueño más profundo. Igualmente, aquellos que no recuerdan nunca haber soñado, sueñan. Las investigaciones neurofisiológicas han aportado pruebas indiscutibles. Partiendo del principio de que el sueño tiene un carácter principalmente visual, se han registrado los movimientos oculares de los individuos dormidos. Ello ha dado como resultado que durante los sueños se producen rápidos movimientos de los ojos. Y si en ese momento se despierta a los sujetos, éstos son siempre conscientes de haber soñado. Si se los despierta diez minutos después de haber finalizado esos

movimientos rápidos de los ojos, no se acuerdan de haber soñado. Esto indica que los sueños de los que uno se acuerda bien son los acaecidos inmediatamente, o sólo unos pocos minutos antes de despertar.

Se ha demostrado también que los sueños son necesarios para el equilibrio psicológico de todo individuo normal. Si se priva a una persona de soñar, despertándolo cada vez que comienzan los movimientos rápidos de los ojos, aunque concediéndole una duración normal para dormir, después de dos noches sin sueño aparecen síntomas de ansiedad e irritabilidad. Por tanto, los sueños se pueden considerar como un mecanismo psíquico protector del ego, que probablemente tiene la función de proteger de la sobrecarga a la memoria. Lo superfluo es extraído del almacén provisional donde son guardadas las impresiones del día que han tenido fuerza suficiente para penetrar, y que está situado en alguna parte dentro de la esfera del subconsciente. Esas impresiones superfluas desaparecen durante los sueños y tienen probablemente una cierta influencia sobre las imágenes del mismo, que son análogas a las imágenes eidéticas, proyecciones que tienen como pantalla la pared interior de los párpados.

El paralelismo con las imágenes eidéticas ocurridas durante el estado de vigilia se demuestra también por el hecho de que, para los niños, los sueños pueden tener una semejanza tal con la realidad, que están convencidos de haber experimentado lo que han visto.

El paralelismo llega aún más lejos, pues si el adulto normal tiene consciencia de la forma incoherente, caótica e irreal de la mayor parte de sus sueños, no sólo el niño no lo es, sino tampoco el psicótico, que, huyendo de la realidad, se crea un mundo privado.

Esto se intensifica aún más en lo que concierne a los sueños sexuales, que no son, como se creía, las causas de que se llenen los cuerpos cavernosos de los órganos sexuales, tanto del hombre como de la mujer, sino los efectos de llenado, que, por su

parte, es el resultado de un proceso nervioso que normalmente es accionado por la presión de la vejiga, llena durante la noche, sobre ciertos nervios del órgano sexual, pero que también puede ser accionado mediante estimulantes afrodisíacos, y, en personas más o menos psicóticas, por alucinaciones que se han fijado, más o menos, durante el estado de vigilia.

Ahora bien, entre las enfermedades que atacaron particularmente a las gentes de la Edad Media, como la peste negra, la lepra, el ergotismo y el escorbuto, los trastornos psíquicos, individuales y colectivos, ocupan un lugar importante. En aquella época había preparado un terreno fértil para los trastornos mentales, sobre todo para dos fuertes tendencias, el misticismo elemental —que, sobre todo después del año 1000, tomó posesión de la mayoría de las mentes— y la incertidumbre y las desgracias de los tiempos. Éstas son las que constituyen el origen del pánico provocado por la gran peste que, a partir de 1374, mató, en unos cinco años, a más de veinte millones de personas en la Europa Occidental, y que durante los siguientes cincuenta años, continuó matando aún a millones, de forma que, en el 1374, Bernabo Visconti, alcalde de Reggio de Emilia, hizo colgar en los muros de la ciudad una ordenanza draconiana: *Toda persona atacada por la peste será conducida fuera de la ciudad, a los campos, para morir allí o curar. Los que los hayan cuidado, deberán quedar encerrados durante diez días antes de volver a tomar contacto con sus semejantes. El clero deberá examinar a los enfermos y denunciarlos a las autoridades, bajo pena de condenación a la hoguera y confiscación de sus bienes.*

En 1377, la República de Ragusa llegó hasta imponer a las tripulaciones de las naves sospechosas una inmovilización de treinta, y, posteriormente, cuarenta días, fuera del puerto, al aire libre y a la luz: la eficacia de esta «cuarentena» se convirtió en ejemplo para tomar las mismas medidas en Marsella y Venecia.

La lepra era en la Edad Media un azote aún más temible

que la peste, porque era endémica, permanente. Esta antigua enfermedad, el *Morbus phoenicus*, el *zaraath* del Antiguo Testamento, había experimentado un notable recrudecimiento en tiempo de las Cruzadas. Los leprosos eran severamente confinados fuera de las ciudades, bien individualmente, en cabañas situadas en pleno campo, bien en grupos en las leproserías, cuyo número, sólo en Francia en el siglo XIII, era superior a dos mil, y en toda la Europa Occidental, a diecinueve mil. En 1320, en Francia, fueron incluso víctimas de una persecución, durante el reinado de Felipe *el Largo*, que terminó con una matanza.

Una vez debidamente reconocida por los médicos su enfermedad, el desgraciado enfermo era simbólicamente excluido de la comunidad de los vivos, en el curso de una siniestra ceremonia de funerales civiles y religiosos:

«¡Recuerda que has muerto para el mundo, pero revivirás en Dios, y por esto, ten paciencia! —le decía el sacerdote bendiciéndole y haciéndole conocer el rigor de la exclusión que caía sobre él—. Te prohíbo entrar en las iglesias, en los mercados, en los molinos, hornos y otros lugares en los que haya afluencia de personas. Te prohíbo lavar tus manos y las cosas necesarias para tu uso en las fuentes y arroyos, y si has de beber, debes tomar el agua con un vaso adecuado. Si quieres tener vino o carne, que te sean llevados a la calle. Te ordeno, si algunos tienen conversación contigo, o tú con ellos, que te pongas del lado contrario del viento, y que no pases por caminos estrechos, por los inconvenientes que de ello se derivan. Te prohíbo que toques a ningún niño, sea cual sea, ni le des lo que hayas tocado. Te prohíbo comer y beber en otra compañía que no sea la de leprosos, y has de saber que cuando mueras y se produzca la separación de tu alma y tu cuerpo, serás enterrado en tu casa, a menos que te sea otorgada la gracia por el prelado o los vicarios.»

Revestido con una larga túnica negra o roja, marcada con un *pied de guide* en forma de pata de oca o dos manos blancas

cosidas sobre la pechera de la túnica, tocado con un gorro de amplios bordes con una cinta blanca, y puesto bajo la protección de San Lázaro, el desgraciado no tenía en lo sucesivo más recursos, para vivir, que los de la caridad pública. Obligado a tomar los caminos anchos y a anunciar a distancia su paso agitando una carraca o unas tablillas, sus desplazamientos quedaban singularmente reducidos a las cercanías de ciudades y pueblos. Todo contacto humano le era estrictamente prohibido. Y sólo podía tocar los objetos desde lejos, con ayuda de un largo bastón. Se había convertido en un muerto viviente.

El ergotismo y el escorbuto —dos enfermedades que ya no existen hoy—, eran en la Edad Media grandes males, ambos de origen alimentario, y cuya causa principal eran las grandes hambres. El primero era causado por una intoxicación debida a las harinas de centeno de mala calidad. El escorbuto era provocado por una carencia de alimentos vegetales frescos. Estos dos azotes hacían, sobre todo, sus víctimas en los medios rurales y en las clases pobres. El ergotismo causaba gangrenas dolorosas de las extremidades y crisis convulsivas, y era conocido con el nombre de *fuego de San Antonio*. En el siglo XII, esta enfermedad había adquirido en Francia la forma de una verdadera epidemia, sobre todo en el Norte y en París.

No puede extrañar que, en semejante ambiente, los trastornos mentales hallaran condiciones propicias para su desarrollo. En el siglo XIV no sólo había el pánico causado por la peste, sino que lo peor eran los actos de desatino colectivo, sobre todo en 1312, cuando se organizó la cruzada de los niños, en la que se alistaron más de 30.000 mozalbetes, excitados por la quimérica idea de conquistar los Santos Lugares, y que desembocó en una terrible mortandad.

En este escenario deben contemplarse las convulsiones his-

téricas tan frecuentes en la Edad Media, las parálisis pitiáticas —el pitiatismo es el conjunto de trastornos nerviosos, curables por la sugestión—, los contactos sexuales con íncubos y súcubos, y otras manifestaciones de demonomanía, brujería y encantamiento.

«Juez único en la materia —dicen Bariety y Courty en su *Historia de la Medicina*, de la que he citado ya algunos pasajes—, la Iglesia, según los casos, sólo podía oponerle el exorcismo ritual o la condenación canónica.»

Juez único, pero desprovista del conocimiento que habría sido necesario para juzgar la naturaleza de los trastornos mentales y las alucinaciones, y sus efectos en la demonomanía; carente de un conocimiento de la Psicología que habría podido cambiar su actitud, era arrastrada también a una carrera de crueldad, a menudo con rasgos del Antiguo Testamento, arrasando a sangre y fuego lo que era considerado un peligro para el bien del hombre.

La transición de la Edad Media a la Era Moderna no cambió casi nada, en lo que atañe a esos aspectos. La sífilis y la *suette* inglesa habían sustituido a la peste, dos pandemias que hasta mediados del siglo XVI no fueron menos explosivas que la epidemia de la peste negra y que, sobre todo la sífilis, desencadenaron en todos los países verdaderos pánicos.

Al igual que la peste, la sífilis no perdonaba a ninguna clase social. Francisco I de Francia y su amante, la *Belle Ferronière*; el emperador Carlos V, el rey de Dinamarca, el Papa Alejandro VI Borgia, el cardenal de Segovia y gran número de otros personajes célebres sufrieron la enfermedad, *el puntapié de la señora Sífilis*. Y durante los primeros años del reinado de esta plaga, la extensión de la enfermedad se vio favorecida aún más por la creencia popular de que el sifilítico podía liberarse de su mal descargándolo sobre un compañero sano.

En aquel período había otras epidemias, como las de la fiebre tifoidea, el sarampión, la escarlatina y el cólera asiático, mientras que también la tuberculosis hacía muchas víctimas.

Esta imagen, en tan gran contraste con el florecimiento del Renacimiento —imagen que incluye también las guerras entre la Casa de Francia y la de Austria; las guerras de religión en Francia; las luchas y fuertes tensiones políticas y morales a causa de la Reforma y la Contrarreforma; la terrible guerra de los Treinta Años, que devastó a Alemania, dejándola en ruinas—, y, por tanto, la imagen de incertidumbres y de períodos de hambre para las gentes sin recursos, la gran mayoría de los pueblos de la Europa Occidental, hace comprensible el que el número de desequilibrados fuera tan grande, no sólo entre los pobres, sino también en los círculos burgueses. Y hemos visto en toda la Historia, durante esos períodos de grandes tensiones, de dureza de la vida, un aumento de los crímenes, de los trastornos mentales, individuales y colectivos; un aumento de las perturbaciones en el desarrollo psíquico, que llevan a un elevado número de casos de inmadurez psíquica, que tan a menudo conduce a una represión de los sentimientos y deseos sexuales y a alucinaciones, sobre todo de carácter sexual. Y esto era debido también a que, para los pobres, la satisfacción sexual era la más simple y la menos costosa. Y ello aún más porque el proceso de individuación del hombre medieval, comenzado a fines del siglo XIII, no sólo recibió un fuerte impulso en la primera fase del Renacimiento, sino que no encontró un contrapeso social que le pudiera dar un nuevo sentimiento de responsabilidad, que pudiera impedir la intemperancia sexual y la influencia de la superstición, tan grande, sobre todo, en lo relativo a la creencia en los poderes infernales y la brujería.

Las clases altas de esa sociedad no hicieron nada por desviar este curso. También contribuyó el ejemplo de la vida —inmoral tan a menudo—, de muchos grandes señores. Y si bien el Renacimiento implicó una verdadera revolución liberadora en las Artes y las Ciencias, sobre todo en la Medicina, los efectos de esta última no se dejaban sentir en la vida de la gran masa, que seguía siendo vulnerable a todas las epidemias y

enfermedades endémicas, pues aunque habían sido descubiertas las distintas formas de contagio, no existía aún una verdadera higiene. Ni existía una noción de los trastornos mentales.

Cito aquí esta maravillosa síntesis de Bariety y Courty, en su *Historia de la Medicina:*

«Es costumbre situar el origen de la moderna Psiquiatría en el siglo XVI. Desde tiempos remotos se halla fuertemente grabada en los hombres la convicción de que los trastornos mentales, e incluso muchas manifestaciones nerviosas, son de origen sobrenatural. Las observaciones, más bien confusas, de Hipócrates de Aretea, de Soranos, de Rufo de Éfeso, de Galeno y muchos otros, relativo a que el problema de la vesania (1) no ha dejado de intrigar, no pesaron mucho sobre las concepciones metafísicas astrales o filosóficas que se hacían de las enfermedades del espíritu. Menos inclinados a las consideraciones teóricas que a las disposiciones prácticas, los árabes concibieron las primicias de un sistema de asistencia a los alienados, conciliando el mantenimiento del orden público con el de las reglas elementales de humanidad. Bajo su influencia, España adoptó en época temprana el principio, pero éste quedó enteramente desconocido para los demás países de Europa durante la Edad Media.

En el siglo XV, la demonomanía conoció una temible difusión. Los tribunales eclesiásticos la mantenían bajo su jurisdicción exclusiva y severa; los casos de «posesión» pasiva eran competencia del exorcista, y los de «brujería» activa exigían la ejecución del auto de fe. Hasta finales del siglo XVII, las hogueras purificadoras conocieron a veces tantos muertos como las guerras o las enfermedades.

La reacción, al comienzo tímida y matizada, y posteriormente más osada, empieza a perfilarse efectivamente en pleno siglo XVI. De esta época proceden los esfuerzos de un Cornelio

(1) Nombre genérico de los diferentes trastornos de las facultades intelectuales.

Agripa y un Jean Wier por conseguir que se aceptara una distinción entre las manifestaciones satánicas y las psicosis naturales, así como para evitar a estas últimas la sanción del *sans benito* y de la camisa azufrada. Las diferentes formas de melancolía y de manía son descritas detenidamente por Juan Bautista Montanus (1498-1552), por Jerónimo Mercurial (1530-1606), y por Próspero Alpino (1553-1617), en tanto que una dolorosa tragedia familiar inspira a Jerónimo Cardano (1501-1576), de Pavía, una concepción psiquiátrica de la criminalidad y lo lleva a oponer los «perversos» a los «pérfidos».

Sin embargo, el Renacimiento no merecería un lugar especial en la historia de la Medicina mental, de no haber existido el suizo Felix Platter (1536-1614), cuyo trabajo ha de ser el primero en figurar entre las obras de la moderna Psiquiatría. En su célebre ensayo de clasificación de las psicopatías, distingue entre la melancolía, la debilidad mental, la «consternación del espíritu», o suspensión epiléptica, la alienación propiamente dicha y los estados de excitación. Pero la etapa que se había franqueado quedaba aún muy lejos de los objetivos por alcanzar.

Durante este período se levantaron otras voces además de las de Cornelio Agripa y Jean Wier, voces que, sobre todo, se oponían también con especial énfasis a las crueldades contra los brujos y los participantes en los *sabbats*, pero que tampoco fueron escuchadas. La multitud de problemas relacionados con todo esto, se tratan en mis obras *El fondo sexual de los procesos contra los brujos* e *Historia de la lucha contra Satán*, como aquel del debilitamiento de la creencia en un Dios árbitro del mundo y en la inmortalidad del alma, dos tendencias que reforzaban el sentimiento de fatalismo, del cual encontramos también muchas huellas en los expedientes de los procesos llevados a cabo contra los brujos.

INDICE ONOMÁSTICO

15 — 3454

A

N

O

P

R

S

T